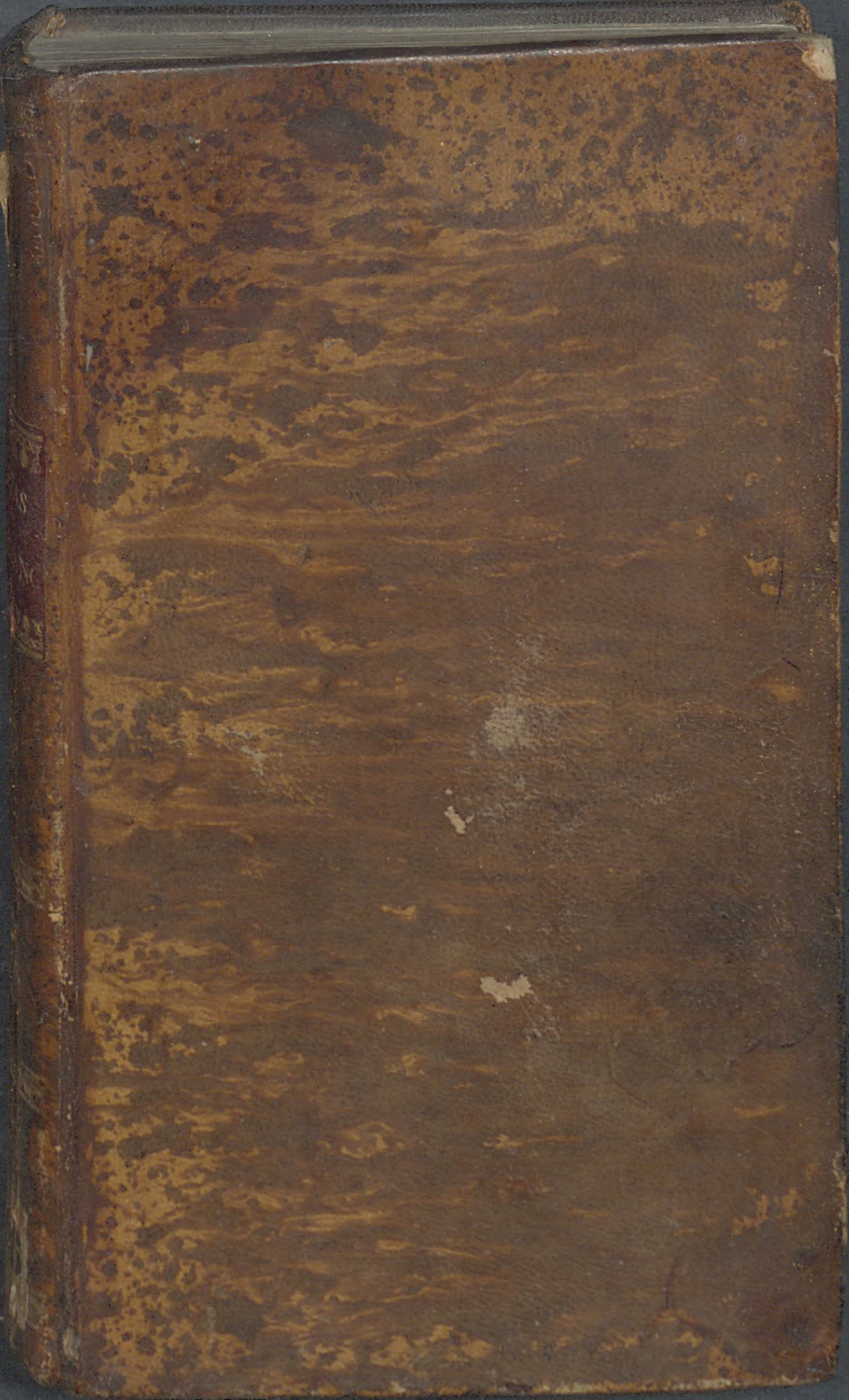
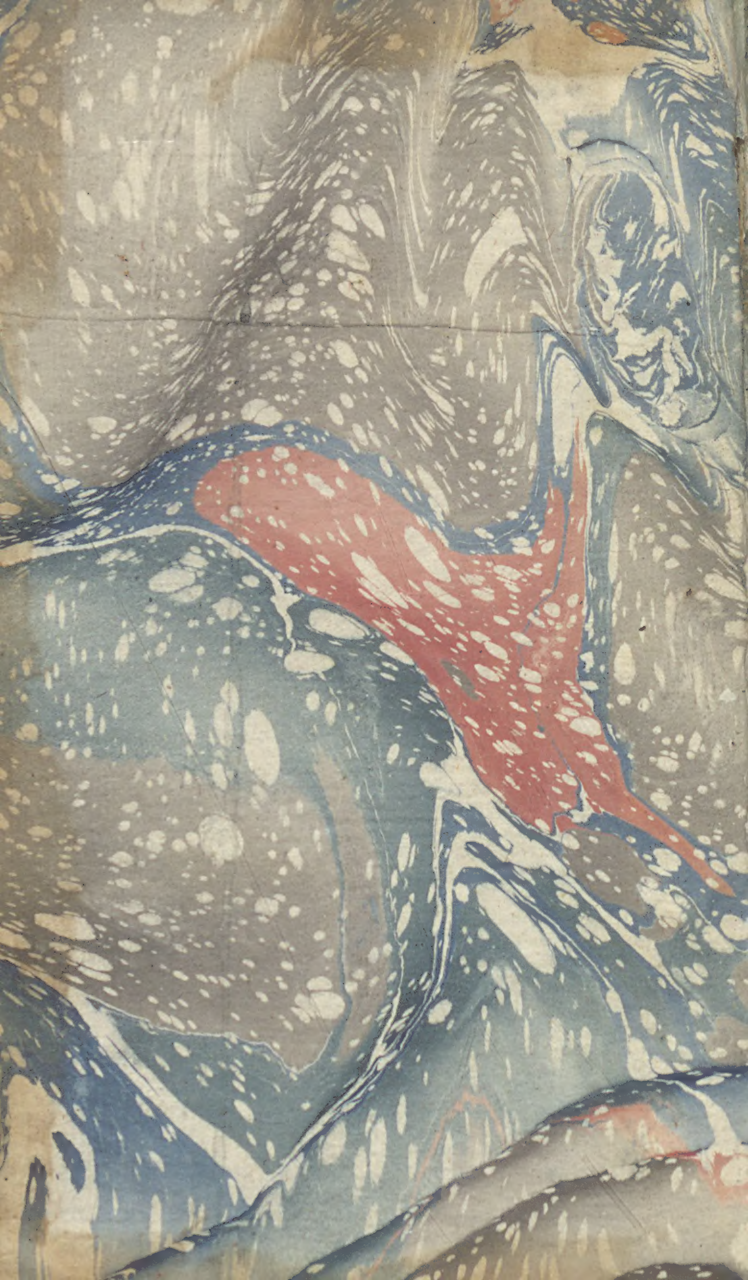
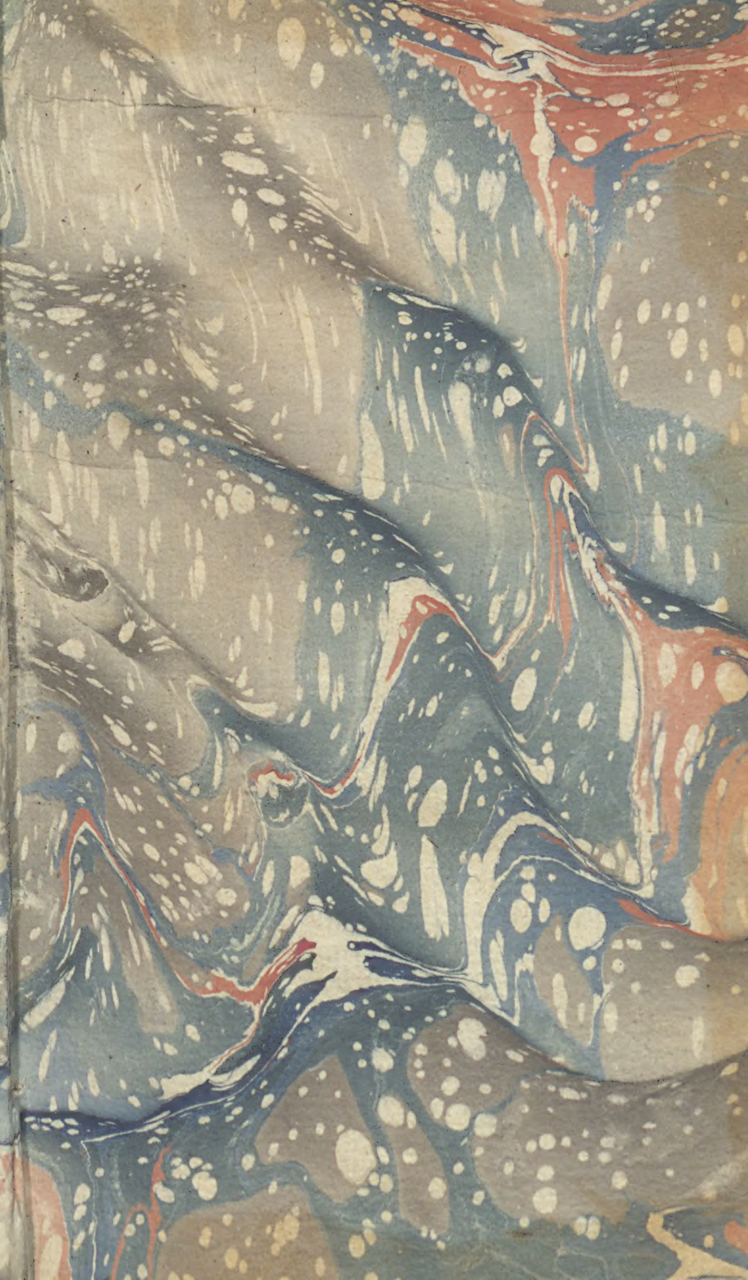
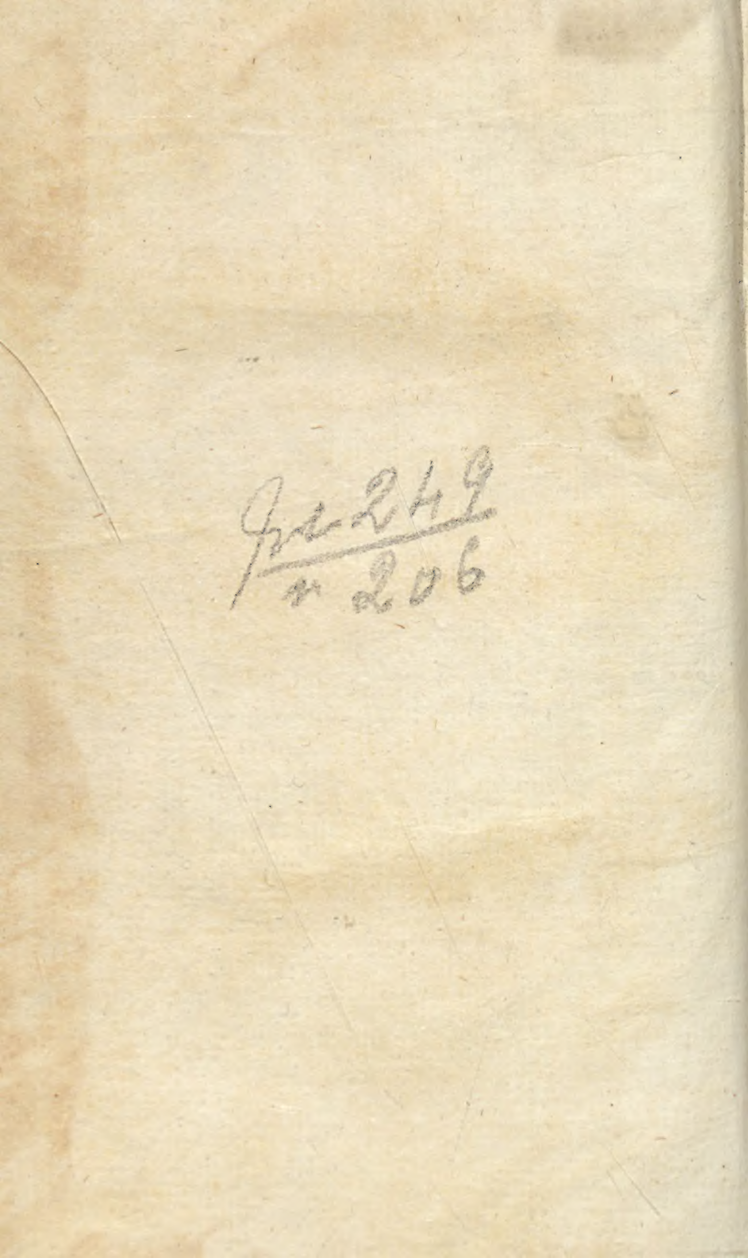







249
206

COLECCION
DE
TROZOS ESCOJIDOS
DE LOS MEJORES
HABLISTAS CASTELLANOS,
EN VERSO Y PROSA,

HECHA PARA EL USO DE LA CASA

DE EDUCACION

SITA EN LA CALLE DE SAN MATEO DE ESTA CORTE.

TOMO II.

ESTRACTOS EN VERSO.

MADRID:
Imprenta de Don Leon Amarita, Carrera
de San Francisco. -- 1821.

COLECCION
DE POESIAS ESCOJIDAS CASTELLANAS.

FABULAS.

El asno y el cochino.

O jóvenes amables,
que en vuestros tiernos años
al templo de Minerva
dirijis vuestros pasos;
seguid, seguid la senda,
en que marchais, guiados
á la luz de las ciencias
por profesores sabios.
Aunque el camino sea
ya dificil, ya largo,
lo allana y facilita
el tiempo y el trabajo.
Rompiendo el duro suelo
con la esteva agoviado
el labrador sus bueyes

guia con paso tardo;
mas al fin llega á verse
enmedio del verano
de doradas espigas,
como Ceres, rodeado.
A mayores taréas,
á mas graves cuidados
es mayor y mas dulce
el premio y el descanso.
Tras penosas fatigas
la labradora mano
¡con qué gusto recoje
los racimos de Baco!
Ea, jóvenes, ea,
seguid, seguid marchando
al templo de Minerva
á recibir el lauro.
Mas yo sé, caballeros,
que un joven entre tantos
responderá á mis voces:
no puedo, que me canso.
Descansa enorabuena:
¿digo yo lo contrario?
Tan lejos estoy de eso,
que en estos versos trato
de daros un asunto,
que instruya deleitando.
Los perros y los lobos,

los ratones y gatos,
las zorras y las monas,
los ciervos y caballos
os han de hablar en verso;
pero con juicio tanto,
que sus máximas sean
los consejos mas sanos.
Deleitáos en ello,
y con este descanso
á las serias taréas
volved mas alentados.
Ea, jóvenes, ea,
seguid, seguid marchando
al templo de Minerva
á recibir el lauro.
Pero ¿qué, os detiene
el ocio y el regalo?
Pues escuchad á Esopo,
mis jóvenes amados:
Envidiando la suerte del cochino
un asno maldecia su destino.
Yo, decia, trabajo y como paja:
él come harina y berza y no trabaja.
A mí me dan de palos cada dia:
á él le rascan y alagan á porfia.
Asi se lamentaba de su suerte:
pero luego que advierte,
que á la pocilga alguna gente avanza,

en guisa de matanza,
armada de cuchillo y de caldera,
y que con mano fiera
dan al gordo cochino fin sangriento,
dijo entre sí el jumento:
Si en esto para el ocio y los regalos,
al trabajo me atengo y á los palos.

D. Felix María Samaniego.

El muchacho y la fortuna.

A la orilla de un pozo
sobre la fresca yerba
un incauto mancebo
dormía á pierna suelta.
Gritóle la fortuna:
insensato, despierta:
¿no ves que aogarte puedes
á poco que te muevas?
Por tí y otros canallas
á veces me motejan
los unos de inconstante
y los otros de adversa.
Reveses de fortuna
llamais á las miserias:
¿por qué, si son reveses
de la conducta necia?

El mismo.

La codorniz.

Presa en estrecho lazo
la codorniz sencilla,
daba quejas al aire
ya tarde arrepentida.
¡Ay de mí miserable!
infeliz avecilla,
que antes cantaba libre
y ya lloro cautiva.
Perdí mi nido amado,
perdí en él mis delicias:
al fin perdílo todo,
pues que perdí la vida.
¿Por qué desgracia tanta?
¿por qué tanta desdicha?
por un grano de trigo:
¡ó cara golosina!
El apetito ciego
¡á cuántos precipita,
que por lograr un nada,
un todo sacrifican!

El mismo.

El águila y el escarabajo.

Que me matan, favor: asi clamaba
una liebre infeliz, que se miraba

en las garras de un águila sangrienta.
A las voces, segun Esopo cuenta,
acudió un compasivo escarabajo;
y viendo á la cuitada en tal trabajo,
por libertarla de tan cruda muerte,
lleno de horror esclama de esta suerte:
¡ó reina de las aves escojida!
¿por qué quitas la vida
á este pobre animal manso y cobarde?
¿No seria mejor hacer alarde
de devorar á dañadoras fieras,
ó ya que resistencia hallar no quieras,
cebar tus uñas y tu corvo pico
en el frio cadaver de un borrico?
Cuando el escarabajo así decia,
la águila con desprecio se reia;
y sin usar de mas atenta frase,
mata, trincha, devora, pilla y vase.
El pequeño animal asi burlado,
quiere verse vengado.
En la ocasion primera
vuela al nido del águila altanera:
halla solos los huevos: y arrastrando,
uno por uno fuélos despeñando.
Mas como nada alcanza
á dejar satisfecha una venganza,
cuantos huevos ponia en adelante,
se los hizo tortilla en el instante.

La reina de las aves sin consuelo,
remontando su vuelo,
á Júpiter escelso humilde llega,
espone su dolor, pídele, ruega
remedie tanto mal. El Dios propicio,
por un incomparable beneficio,
en su regazo hizo que pusiese
el águila sus huevos y se fuese;
que á la vuelta, colmada de consuelos,
encontraria hermosos sus polluelos.
Supo el escarabajo el caso todo;
astuto é injenioso, hace de modo,
que una bola fabrica diestramente
de la materia, en que contínuamente
trabajando se halla,
cuyo nombre se sabe, aunque se calla,
y que segun yo pienso,
para los dioses no es muy buen incienso.
Carga con ella, vuela y atrevido
pone su bola en el sagrado nido.
Jupiter, que se vió con tal basura,
al punto sacudió su vestidura,
haciendo, al arrojar la albondiguilla,
con la bola y los huevos su tortilla.
Del trájico suceso noticiosa,
arrepentida el águila y llorosa,
aprendió esta leccion á mucho precio:
A nadie se le trate con desprecio,

como al escarabajo;
porque al mas miserable, vil y bajo
para tomar venganza, si se irrita,
le faltará siquiera una bolita?

El mismo.

La zorra y el busto.

Dijo la zorra al busto,
despues de olerlo:
tu cabeza es hermosa,
pero sin seso.
Como este hay muchos,
que aunque parecen hombres,
solo son bustos. *El mismo.*

El raton de la corte y el del campo.

Un raton cortesano
convidó con un modo muy urbano
á un raton campesino:
dióle gordo tocino,
queso fresco de Holanda,
y una despensa llena de vianda
era su alojamiento:
pues no pudiera haber un aposento
tan magnificamente preparado,
aunque fuese en *Ratópolis* buscado

con el mayor esmero
para alojar á *Roepan* primero.
Sus sentidos alli se recreaban:
las paredes y techos adornaban,
entre mil ratonescas golosinas,
salchichones, perniles y cecinas:
saltaban de placer, ¡ó qué embeleso!
de pernil en pernil, de queso en queso.
En esta situacion tan lisonjera
llega la despensera:
oyen el ruido, corren, se agazapan,
pierden el tino: mas al fin se escapan
atropelladamente
por cierto pasadizo, abierto á diente.
¿Esto tenemos? dijo el campesino:
reniego yo del queso y del tocino,
y de quien busca gustos
entre los sobresaltos y los sustos.
Volvióse á su campaña en el instante:
y estimó mucho mas de allí adelante,
sin zozobra, temor ni pesadumbres,
su casita de tierra y sus legumbres.

El mismo.

El herrero y el perro.

Un herrero tenia
un perro, que no hacia

mas que comer, dormir y estarse echado
de la casa jamas tuvo cuidado:
levantabase solo á mesa puesta:
entonces con gran fiesta
al dueño se acercaba,
con perrunas caricias lo alagaba,
mostrando de cariños mil escesos
por pillar las piltrafas y los huesos.
He llegado á notar, le dijo el amo,
que aunque nunca te llamo
á la mesa, te llegas prontamente:
en la fragua jamas te vi presente:
y yo me maravillo
de que no despertandote el martillo,
te desveles al rüido de mis dientes.
Anda, anda, poltron: no es bien que cuentes,
que el amo, hecho un gañan y sin reposo
te mantiene á lo conde muy ocioso.
El perro le responde:
¿qué mas tiene que yo cualquiera conde?
Para no trabajar debo al destino
haber nacido perro y no pollino.
Pues, señor conde, fuera de mi casa,
verás en las demas lo que te pasa.
En efecto, salió á probar fortuna,
y las casas anduvo de una en una.
Alli le hacen servir de centinela,
y que pase la noche toda en vela:

acá de lazarillo y de danzante,
allá dentro de un torno á cada instante
asa la carne que comer no espera;
al cabo conoció de esta manera,
que el destino, y no es cuento,
á todos nos cargó como al jumento.

El mismo.

El ciervo en la fuente.

Un ciervo se miraba
en una hermosa cristalina fuente;
placentero admiraba
los enramados cuernos de su frente;
pero al ver sus delgadas largas piernas,
al alto cielo daba quejas tiernas:
¡O dioses! ¿á qué intento
á esta fábrica hermosa de cabeza
construis su cimiento
sin guardar proporcion en la belleza?
¡O qué pesar, ó qué dolor profundo,
no haber gloria cumplida en este mundo!
Hablando de esta suerte
el ciervo vió venir á un lebrel fiero.
Por evitar su muerte
parte al espeso bosque muy lijero:
pero el cuerno retarda su salida
con una y otra rama entretejida.

Mas libre del apuro
á duras penas, dijo con espanto,
si me veo seguro,
pese á mis cuernos, fue por correr tanto.
Lleve el diablo lo hermoso de mis cuernos:
haga mis feos pies el cielo eternos.

Así frecuentemente
el hombre se deslumbra con lo hermoso:
elije lo aparente,
abrazando tal vez lo mas dañoso:
pero escarmiente aora en tal cabeza:
el útil bien es la mayor belleza.

El mismo.

El labrador y la cigüeña.

Un labrador miraba
con duelo su sembrado,
porque gansos y grullas
de su trigo solian hacer pasto.
Armó sin mas tardanza
diestramente sus lazos,
y cayeron en ellos
la cigüeña, las grullas y los gansos.
Señor rústico, dijo
la cigüeña temblando,
quiteme las prisiones;
pues no merezco pena de culpados.

La diosa Ceres sabe,
que lejos de hacer daño,
limpio de sabandijas,
de culebras y víboras los campos.
Nada me satisface,
respondió el hombre airado:
te hallé con delincuentes:
con ellos morirás entre mis manos.
La inocente cigüeña
tuvo el fin desgraciado,
que pueden prometerse
los buenos que se juntan con los malos.
El mismo.

La serpiente y la lima.

En casa de un cerrajero
entró la serpiente un dia,
y la insensata mordia
en una lima de acero.
Díjole la lima: el mal,
necia, será para tí.
¿Cómo has de hacer mella en mí,
que hago polvos el metal?
Quien pretende sin razon
al mas fuerte derribar,
no consigue sino dar
coces contra el aguijon. *El mismo.*

Los dos amigos y el oso.

A dos amigos se aparece un oso:
el uno muy medroso
en las ramas de un arbol se asegura:
el otro abandonado á la ventura,
se finje muerto repentinamente.
El oso se le acerca lentamente:
mas como este animal, segun se cuenta,
de cadáveres nunca se alimenta,
sin ofenderlo lo rejistra y toca:
huélele las narices y la boca:
no le siente el aliento,
ni el menor movimiento,
y asi se fue diciendo sin recelo:
este tan muerto está como mi abuelo.
Entonces el cobarde,
de su grande amistad haciendo alarde,
del arbol se desprende muy ligero,
corre, llega y abraza al compañero:
pondera la fortuna
de haberlo hallado sin lesion alguna:
y al fin le dice: sepas, que he notado
que el oso te decia algun recado.
¿Qué pudo ser? --- Diréte lo que ha sido:
estas dos palabritas al oido:

aparta tu amistad de la persona,
que si te ve en el riesgo, te abandona.

El mismo.

La lechera.

Llevaba en la cabeza
una lechera el cántaro al mercado,
con aquella presteza,
aquel aire sencillo, aquel agrado,
que va diciendo á todo el que la advierte:
¡yo si que estoy contenta con mi suerte!
Porque no apetecia
mas compañía que su pensamiento,
que alegre la ofrecia
inocentes ideas de contento;
marchaba sola la feliz lechera,
y decia entre sí de esta manera:
Esta leche vendida
en limpio me dará tanto dinero;
y con esta partida
un canasto de huevos comprar quiero
para sacar cien pollos, que al estío
me rodeen cantando el *pio, pio.*
Del importe logrado
de tanto pollo, compraré un cochino:
con bellota, salvado,
berza, castaña, engordará sin tino;

tanto, que puede ser que yo consiga
ver como se le arrastra la barriga.

Llevarélo al mercado,
sacaré de él sin duda buen dinero;
compraré de contado
una robusta vaca y un ternero,
que salte y corra toda la campaña,
hasta el monte cercano á la cabaña.

Con este pensamiento,
enajenada brinca de manera,
que á su salto violento
el cántaro cayó: ¡pobre lechera!
¡Qué compasion! A Dios leche, dinero,
huevos, pollos, lechon, vaca y ternero.

¡O loca fantasía!
¡qué palacios fabricas en el viento!
Modera tu alegría:
no sea que saltando de contento,
al contemplar dichosa tu mudanza,
quiebre su cantarillo la esperanza.

No seas ambiciosa
de mejor ó mas próspera fortuna:
que vivirás ansiosa,
sin que pueda saciarte cosa alguna.
No aneles impaciente el bien futuro:
mira que ni el presente está seguro.

El mismo.

El pescador y el pez.

Recoje un pescador su red tendida,
y saca un pececillo. Por tu vida,
esclamó el inocente prisionero,
dame la libertad: solo la quiero,
mira que no te engaño,
porque aora soy ruin: dentro de un año
sin duda lograrás el gran consuelo
de pescarme mas grande que mi abuelo.
¿Qué, te burlas? ¿te ries de mi llanto?
solo por otro tanto
á un hermanito mio
un señor pescador lo tiró al rio.
¿Por otro tanto al rio? ¡qué manía!
replicó el pescador: ¿pues no sabia,
que el refran castellano
dice: *mas vale pájaro en la mano...*?
A sarten te condeno: que mi panza
no se llena jamas con la esperanza.

Del mismo.

El milano y las palomas.

A las tristes palomas un milano,
sin poderlas pillar, seguia en vano;
mas él á todas horas
servia de lacayo á estas señoras.

Un dia en fin, hambriento é injenioso,
asi las dice: ¿amais vuestro reposo,
vuestra seguridad y conveniencia?
Pues creedme en mi conciencia:
en lugar de ser yo vuestro enemigo,
desde ahora me obligo,
si la banda por rey me aclama luego,
á tenerla en sosiego,
sin que de garra ó pico tema agravio:
pues tocante á la paz, seré un Octavio.
Las sencillas palomas consintieron:
aclamanlo por rey: *viva*, dijeron,
nuestro rey el milano.
Sin esperar á mas este tirano,
sobre un vasallo mísero se planta:
déjalo con el *viva* en la garganta:
y continuando asi sus tiranías,
acabó con el reino en cuatro dias.
Quien al poder se acoje de un malvado,
será en vez de feliz un desdichado.

El mismo.

Las dos ranas.

Tenian dos ranas
sus pastos vecinos,
una en un estanque,
otra en un camino.

Cierto dia á esta
aquella le dijo:
Es creible, amiga,
de tu mucho juicio,
que vivas contenta
entre los peligros,
donde te amenazan
al paso preciso
los pies y las ruedas
riesgos infinitos?
Deja tal vivienda;
muda de destino;
sigue mi dictamen,
y vente conmigo.
En tono de mofa,
haciendo mil mimos,
respondió á su amiga:
¡escelente aviso!
¿á mí novedades?
Vaya, ¡qué delirio!
Eso sí que fuera
darme el diablo ruido.
¿Yo dejar la casa,
que fue domicilio
de padres, abuelos
y todos los mios,
sin que haya memoria
de haber sucedido

la menor desgracia
desde luengos siglos?
Allá te compongas:
mas ten entendido,
que tal vez sucede
lo que no se ha visto.
Llegó una carreta
á este tiempo mismo
y á la triste rana
tortilla la hizo.
Por hombres de seso
muchos hay tenidos,
que á nuevas razones
cierran los oidos.
Recibir consejos
es un desvarío:
la rancia costumbre
suele ser su libro.

El mismo.

El parto de los montes.

Con varios ademanes horrorosos
los montes de parir dieron señales:
consintieron los hombres temerosos
ver nacer los abortos mas fatales.
Despues que con bramidos espantosos
infundieron pavor á los mortales,

estos montes que al mundo estremecieron,
un ratoncillo fue lo que parieron.

Hay autores, que en voces misteriosas,
estilo fanfarron y campanudo
nos anuncian ideas portentosas;
pero suele á menudo
ser el gran parto de su pensamiento,
despues de tanto ruido, solo viento.

El mismo.

El asno y el caballo.

¡Ah, quién fuese caballo!
un asno melancólico decia:
entonces sí que nadie me veria
flaco, triste y fatal como me hallo.
Tal vez un caballero
me mantendria ocioso y bien comido,
dándose su merced por muy servido
con corbetas y saltos de carnero.
Trátanme aora como vil y bajo:
de risa sirve mi contraria suerte:
quien me apalea mas, mas se divierte,
y menos como, cuando mas trabajo.
No es posible encontrar sobre la tierra
infeliz como yo. Tál se juzgaba,
cuando al caballo vé como pasaba
con su jinete y armas á la guerra.

Entonces conoció su desatino:
rióse de corbetas y regalos,
y dijo: que trabaje y lluevan palos:
no me saquen los dioses de pollino.
El mismo.

El cordero y el lobo.

Uno de los corderos mamantones,
que para los glotones
se crian sin salir jamas al prado,
estando en la cabaña muy cerrado,
vió por una rendija de la puerta
que el caballero lobo estaba alerta,
en silencio esperando astutamente
una calva ocasion de echarle el diente.
Mas él, que bien seguro se miraba,
asi lo provocaba:
sepa usted, seor lobo, que estoy preso
porque sabe el pastor, que soy travieso
mas si él no fuera bobo,
no habria ya en el mundo ningun lobo:
pues yo corriendo libre por los cerros,
sin pastores ni perros,
con sola mi pujanza y valentía,
contigo y con tu raza acabaría.
Adios, esclamó el lobo, mi esperanza
de regalar á mi vacía panza.

Cuando este miserable me provoca,
es señal de que se halla de mi boca
tan libre como el cielo de ladrones.
Asison los cobardes fanfarrones,
que se hacen en los puestos ventajosos
mas valentones cuanto mas medrosos.

El mismo.

Las cabras y los chibos.

Desde antaño en el mundo
reina el vano deseo
de parecer iguales
á los grandes señores los plebeyos.
Las cabras alcanzaron
que Júpiter escelso
les diese barba larga
para su autoridad y su respeto.
Indignados los chibos
de que su privilegio
se estendiese á las cabras,
lampiñas con razon en aquel tiempo:
Sucedió la discordia
y los amargos celos
á la paz octaviana,
con que fue gobernado el barbon pueblo.
Júpiter dijo entonces,
acudiendo al remedio

¿qué importa que las cabras
disfruten un adorno propio vuestro,
Si es mayor ignominia
de su vano deseo,
siempre que no igualaren
en fuerzas y valor á vuestro cuerpo?
El mérito aparente
es digno de desprecio:
la virtud solamente
es del hombre el ornato verdadero.

El mismo.

El caballo y el ciervo.

Perseguia un caballo vengativo
á un ciervo, que le hizo leve ofensa:
mas hallaba segura la defensa
en su veloz carrera el fujitivo.
El vengador, perdida la esperanza
de alcanzarlo y lograr asi su intento,
al hombre le pidió su valimiento
para tomar del ofensor venganza.
Consiente el hombre, y el caballo airado
sale con su jinete á la campaña,
corre con direccion, sigue con maña,
y queda al fin del ofensor vengado.
Muéstrase al bienechor agradecido:
quiere marcharse libre de su peso:

mas desde entonces mismo quedó preso,
y eternamente al hombre sometido.
El caballo, que suelto y rozagante
en el frondoso bosque y prado ameno
su libertad gozaba tan de lleno,
padece sujecion desde ese instante.
Oprimido del yugo ara la tierra,
pasa tal vez la vida mas amarga:
sufre la silla, freno, espuela, carga:
y aguanta los horrores de la guerra.
En fin, perdió la libertad amable
por vengar una ofensa solamente:
tales los frutos son, que ciertamente
produce la venganza detestable.

El mismo.

El lobo y la oveja.

Cruzando montes y trepando cerros,
aqui mato, alli robo,
andaba cierto lobo,
hasta que dió en las manos de los perros.
Mordido y arrastrado
fue de sus enemigos cruelmente:
quedó con vida milagrosamente;
mas inválido al fin y derrotado.
Iba el tiempo curando su dolencia;
el hambre al mismo tiempo le afligia:

pero como cazar aun no podia
con las yerbas hacia penitencia.
Una oveja pasaba, y él la dice:
amiga, ven acá, llega al momento:
enfermo estoy y muero de sediento:
socorre con el agua á este infelice.
¿Agua quieres que yo vaya á llevarte?
le responde la oveja recelosa:
Dime, pues, una cosa:
¿sin duda que será para enjuagarte,
Limpiar bien el garguero,
abrir el apetito,
y tragarme despues como á un pollito?
Anda, que te conozco, marrullero.
Asi dijo y se fue: si no, la mata:
¡cuánto importa saber con quién se trata!

El mismo.

El hombre y la pulga.

"Oye, Júpiter sumo, mis querellas,
y haz, disparando rayos y centellas,
que muera este animal vil y tirano,
plaga fatal para el linaje humano:
y si vos no lo haceis, Hércules sea
quien acabe con él y su ralea."
Este es un hombre que á los dioses clama
porque una pulga le picó en la cama;

y es justo, ya que el pobre se fatiga,
que de Júpiter y Hércules consiga,
de este, que viva despulgando sayos:
de aquel, matando pulgas con sus rayos.
Tenemos en el cielo los mortales
recurso en las desdichas y los males:
mas se suele abusar frecuentemente
por lograr un antojo impertinente.

El mismo.

El asno y el perro.

Un perro y un jumento caminaban
sirviendo á un mismo dueño:
rendido este del sueño
se tendió sobre el prado que pasaban.
El borrico entretanto aprovechado
descansa y pace: mas el perro hambriento,
bájate, le decia, buen jumento;
pillaré de la alforja algun bocado.
El asno se le aparta como en chanza:
el perro sigue al lado del borrico,
levantando las manos y el hocico,
como perro de ciego cuando danza.
No seas bobo, el asno le decia,
espera á que nuestro amo se despierte:
y será de esa suerte
el hambre mas, mejor la compañía.

Desde el bosque entretanto sale un lobo:
pide el asno favor al compañero:
en lugar de ladrar el marrullero,
con fisga respondió : *no seas bobo.*

Espera que nuestro amo se despierte:
que pues me aconsejaste la paciencia,
yo la sabré tener en mi conciencia,
al ver al lobo que te da la muerte.

El pollino murió : no hay que dudarlo:
mas si resucitara,
corriendo el mundo, á todos predicara:
prestad auxilio, si quereis hallarlo.

El mismo.

El asno y Júpiter.

No sé como hay jumento,
que teniendo un adarme de talento,
quiera meterse á burro de hortelano.
Llevo á la plaza desde muy temprano
cada dia cien cargas de verdura:
vuelvo con otras tantas de basura,
y para minorar mi pesadumbre,
un criado me azota por costumbre.
Mi vida es esta : ¿qué será mi muerte,
como no mude Júpiter mi suerte?
Un asno de este modo se quejaba.
El Dios que sus lamentos escuchaba,

al dominio lo entrega de un tejero.
Esta vida, decia, no la quiero
del peso de las tejas oprimido,
bien azotado, pero mal comido.
A Júpiter me voy con el empeño
de lograr nuevo dueño.
Envióle á un curtidor: entonces dice:
aun con este amo soy mas infelice,
cargado de pellejos de difunto,
me hace correr sin sosegar un punto,
para matarme sin llegar á viejo,
y curtir al instante mi pellejo.
Júpiter, por no oir tan largas quejas,
se tapó lindamente las orejas,
y á nadie escucha desde el tal pollino,
si le habla de mudanza de destino.
Solo en verso se encuentran los dichosos,
que viven ni envidiados ni envidiosos.
La espada por feliz tiene al arado,
como el remo á la pluma y al cayado:
mas se tienen por míseros en suma
remo, espada, cayado, esteva y pluma.
¿Pues á qué estado el hombre llama bueno?
Al propio nunca, pero sí al ajeno.

El mismo.

La cierva y la viña.

Huyendo de enemigos cazadores
una cierva lijera,
siente, ya fatigada en la carrera,
mas cercanos los perros y ojeadores.
No viendo la infeliz algun seguro
y vecino paraje
de gruta ó de ramaje,
crece su timidez, crece su apuro.
Al fin sacando fuerzas de flaqueza
continúa la fuga presurosa:
halla al paso una viña muy frondosa,
y en lo espeso se oculta con presteza.
Cambia el susto y pesar en alegría,
viéndose á paz y a salvo en tan buen hora,
olvida el bien, y de su defensora
los frescos verdes pámpanos comia.
¡Mas ay! que de esta suerte
quitando ella las ojas de delante,
abrió puerta a la flecha penetrante,
y el listo cazador la dió la muerte.
Castigó con la pena merecida
el justo cielo á la cierva ingrata:
mas *¿qué puede esperar el que maltrata*
al mismo que le está dando la vida?

El mismo.

Los navegantes.

Lloraban unos tristes pasajeros,
viendo su pobre nave combatida
de recias olas y de vientos fieros,
ya casi sumerjida:
Cuando subitamente
el viento calma, el cielo se serena,
y la aflijida jente
convierte en risa la pasada pena.
Mas el piloto estuvo muy sereno
tanto en la tempestad, como en bonanza:
pues sabe que lo malo y que lo bueno
está sujeto á súbita mudanza.

El mismo.

Los ratones y el gato.

Marramaquiz, gran gato,
de nariz roma, pero largo olfato,
se metió en una casa de ratones.
En uno de sus lóbregos rincones
puso su alojamiento:
por delante de sí de ciento en ciento
les dejaba por gusto libre el paso,
como hace el bebedor que mira al vaso;
y ensanchando asi mas sus tragaderas,
al fin los elejia como peras.

Este fue su ejercicio cuotidiano;
pero tarde ó temprano
al fin ya los ratones conocian,
que por instantes se disminuian.
Don Roepan, cacique el mas prudente
de la ratona jente,
con los suyos formó pleno consejo,
y dijo asi con natural despejo:
supuesto, hermanos, que el sangriento bruto,
que metidos nos tiene en llanto y luto,
habita el cuarto bajo,
sin que pueda subir ni aun con trabajo
hasta nuestra vivienda, es evidente
que se atajará el daño solamente
con no bajar allá de modo alguno.
El medio pareció muy opórtuno:
y fue tan observado,
que ya Marramaquiz el muy taimado,
metido por el hambre en calzas prietas,
discurrió entre mil tretas,
la de colgarse por los pies de un palo
haciendo el muerto: no era el ardid malo.
Pero don Roepan luego que advierte,
que su enemigo estaba de tal suerte,
asomando el hocico á su agujero:
ola, dice, ¿qué es eso caballero?
¿estás muerto de burlas ó de veras?
Si es lo que yo recelo, en vano esperas:

pues no nos contarémos ya seguros,
aun sabiendo de cierto,
que eras á mas á mas de gato muerto,
gato relleno ya de pesos duros.
Si alguno llega con astuta maña,
y una vez nos engaña,
es cosa muy sabida,
que puede algunas veces
el huir de sus trazas y dobleces
valernos nada menos que la vida.

El mismo.

El cojo y el picaron.

A un buen cojo un descortés
insultó atrevidamemte:
oyólo pacientemente,
continuando su carrera,
cuando al son de la cojera
dijo el otro; *una, dos, tres,*
cojo es.
Oyólo el cojo: aquì fue
donde el buen hombre perdió
los estribos: pues le dió
tanta cólera y tal ira,
que la muleta le tira,
quedándose, ya se ve,
sobre un pie.

Solo el no poder correr
para darte el escarmiento,
dijo el cojo, es lo que siento:
que este mal no me atormenta:
porque al hombre solo afrenta
lo que supo merecer,
padecer.

El mismo.

La zorra y el chivo.

Una zorra cazaba,
y al seguir á un gazapo,
entre aqui se escabulle, alli lo atrapo,
en un pozo cayó, que al paso estaba.
Cuando mas la aflijia su tristeza,
por no hallar la infeliz, salida alguna,
vió asomarse al brocal por su fortuna
del chivo padre la jentil cabeza.
¿Qué tal? dijo el barbon, ¿la agua es salada?
Es tan dulce, tan fresca y deliciosa,
respondió la raposa,
que en el tal pozo estoy como encantada.
Al agua el chivo se arrojó sediento:
monta sobre él la zorra, de manera,
que haciendo de sus cuernos escalera,
pilla el brocal, y sale en el momento.

Quedó el pobre atollado: cosa dura:
¿mas quién podrá á la zorra dar castigo,
cuando el hombre aun á costa de su amigo,
del preligro menor salir procura?

El mismo.

El lobo y el perro flaco.

Distante de la aldeá
iba cazando un perro
flaco, que parecia
un andante esqueleto.
Cuando menos lo piensa,
un lobo lo hizo preso:
aquí de sus clamores,
de sus llantos y ruegos.
Decidme, señor lobo,
¿qué quereis de mi cuerpo,
si no tiene otra cosa,
que huesos y pellejos?
Dentro de quince dias
casa á su hija mi dueño,
y ha de haber para todos
arroz y gallo muerto.
Dejadme aora libre;
que pasado este tiempo
podrás comerme á gusto;
lucio, gordo y relleno.

Quedaron convenidos,
y apenas se cumplieron
los dias señalados,
el lobo buscó al perro.
Estabase en su casa
con otro compañero
llamado Matalobos,
mastin de los mas fieros.
Salen á recibirlo
al punto que lo vieron:
Matalobos bajaba
con corbatin de hierro;
no era el lobo persona
de tantos cumplimientos,
y asi por no gastarlos,
cedió de su derecho.
Huia y lo llamaban;
mas él iba diciendo
con el rabo entre piernas:
pies, ¿para que os quiero?
Hasta los niños saben
que es de mayor aprecio
un pájaro en la mano
que por el aire ciento.

El mismo.

El perro y el cocodrilo.

Bebiendo un perro en el Nilo,
al mismo tiempo corria:
bebe quieto, le decia
un taimado cocodrilo.
Díjole el perro prudente:
dañoso es beber y andar:
pero ¿es sano el aguardar
á que me claves el diente?
¡O qué docto perro viejo!
Yo venero tu sentir
en esto de no seguir
del enemigo el consejo.

El mismo.

El lobo y el perro.

En busca de alimento
iba un lobo muy flaco y muy hambriento.
Encontró con un perro tan relleno,
tan lucio, sano y bueno,
que le dijo: yo estraño,
que estés de tan buen año,
como se deja ver por tu semblante;
cuando á mí mas pujante,
mas osado y sagaz, mi triste suerte
me tiene hecho retrato de la muerte.

El perro respondió: sin duda alguna
lograrás si tú quieres mi fortuna.
Deja el bosque y el prado:
retirate á poblado:
servirás de portero
á un rico caballero
sin otro afan, ni mas ocupaciones,
que defender la casa de ladrones.
Acepto desde luego tu partido,
que para mucho mas estoy curtido.
Asi me libraré de la fatiga,
á que el hambre me obliga,
de andar por montes senderceando peñas,
trepando riscos y rompiendo breñas,
sufriendo de los tiempos los rigores,
lluvias, nieves, escarchas y calores.
A paso dilijente
marchaban juntos amigablemente,
varios puntos tratando en confianza
pertenecientes á llenar la panza.
En esto el lobo por algun recelo,
que comenzó á turbarle su consuelo,
mirando al perro dijo: he reparado,
que tienes el pescuezo algo pelado:
dime ¿qué es eso? Nada.
Dímelo por tu vida, camarada.
No es mas que la señal de la cadena:
pero no me da pena,

pues aunque por inquieto
á ella estoy sujeto,
me sueltan cuando comen mis señores:
recibenme á sus pies de mil amores,
ya me tiran el pan, ya la tajada;
y todo aquello, que les desagrada:
este lo mal asado,
aquel un hueso poco descarnado:
y aun el gloton, que todo se lo traga,
á lo menos me alaga,
pasandome la mano por el lomo:
yo meneo la cola, callo y como.
Todo eso es bueno, yo te lo confieso;
pero por fin y postre tu estás preso:
jamas sáles de casa:
no puedes ver lo que en el pueblo pasa.
Es asi. Pues; amigo,
la amada libertad, que yo consigo,
no he de trocarla de manera alguna
por tu abundante y próspera fortuna.
Marcha, marcha á vivir encarcelado:
no serás envidiado
de quien pasea el campo libremente,
aunque tú comas tan glotonamente
pan, tajadas y huesos: porque al cabo
no hay bocado en sazon para un esclavo.

El mismo.

El javalí y el carnero.

De la rama de un arbol un carnero
degollado pendia:
en él á sangre fria
cortaba el remangado carnicero.
El rebaño inocente,
que el trájico espectáculo miraba,
de miedo ni pacia ni balaba:
un javalí gritó: cobarde jente,
Que mirais la carnívora matanza,
¿cómo no os vengais del enemigo?
Tendrá, dijo un carnero, su castigo:
mas no de nuestra parte la venganza.
La piel, que arranca con sus propias manos,
sirve para los pleitos y la guerra,
las dos mayores plagas de la tierra,
que aflijen á los míseros humanos.
Apenas nos desuellan, se destina
para hacer pergaminos y tambores:
mira como *los hombres malechores*
labran en su maldad su propia ruina.

El mismo.

La pava y la hormiga.

Al salir con las yuntas
los criados de Pedro,

el corral se dejaron
de par en par abierto.
Todos los pavipollos
con su madre se fueron,
aquí y allí picando
hasta el cercano otero.
Muy contenta la pava
decia á sus polluellos:
mirad, hijos, el rastro
de un copioso hormiguero.
Ea, comed hormigas,
y no tengais recelo;
que yo tambien las como:
es un sabroso cebo.
Picad, queridos mios:
¡Oh, qué dias los nuestros,
si no hubiera en el mundo
malditos cocineros!
Los hombres nos devoran,
y todos nuestros cuerpos
humean en las mesas
de nobles y plebeyos.
A cualquier fiestecilla
ha de haber pavos muertos:
¡qué pocas navidades
contaron mis abuelos!
¡O glotones humanos,
crueles carniceros!

Mientras tanto una hormiga
se puso en salvamento
sobre un arbol vecino,
y gritó con denuedo:
ola, ¿con qué los hombres
son crueles, perversos?
¿Y qué sereis los pavos?
¡Ay de mí¡ ya lo veo.
A mis tristes parientes,
¿qué digo? á todo el pueblo
solo por desayuno
os le vais engullendo.
No respondió la pava,
por no saber un cuento,
que era entonces del caso,
y aora viene á pelo.
Un gusano roia
un grano de centeno:
vieronlo las hormigas:
¡qué gritos, qué aspavientos!
Aquí fue Troya, dicen,
muere, picaro perro.
Y ellas ¿qué hacian? Nada:
robar todo el granero.
Hombres, pavos, hormigas,
segun estos ejemplos,
cada cual en su libro
esta moral tenemos:

la falta leve en otro
es un pecado horrendo;
pero el delito propio
no mas que pasatiempo.

El mismo.

El raposo enfermo.

El tiempo, que consume de hora en hora
los fuertes murallones elevados,
y lo mismo devora
montes ajigantados,
A un raposo quitó de dia en dia
dientes, fuerza, valor, salud, de súerte,
que él mismo conocia,
que se hallaba en las garras de la muerte.
Cercado de parientes y de amigos
dijo en trémula voz y lastimera:
¡O vosotros, testigos
de mi hora postrera,
Atentos escuchad un desengaño:
mis ya pasadas culpas me atormentan:
aora conjuradas en mi daño
¿no veis como á mi lado se presentan?
Mirad, mirad los gansos inocentes
con su sangre teñidos,
y los pavos en partes diferentes
al furor de mis garras divididos.

Apartad esas aves, que aqui veo,
y me piden sus pollos devorados:
su infernal cacareo
me tiene los oidos penetrados.
Los raposos le afirman con tristeza,
no sin lamerse labios y narices:
tienes debilitada la cabeza:
ni una pluma se ve de cuanto dices.
Y bien lo puedes creer, que si se viese...
¡O glotones! callad, que ya os entiendo,
el enfermo esclamó: ¡si yo pudiese
correjir las costumbres cual pretendo!
¿No sentís, que los gustos,
si son contra la paz de la conciencia,
se cambian en disgustos?
tengo de esta verdad gran esperiencia.
Espuestos á las trampas y á los perros,
matais y perseguís á todo trapo
en la aldea gallinas y en los cerros
los inocentes lomos del gazapo.
Moderad, hijos mios, las pasiones:
observad vida quieta y arreglada:
y con buenas acciones
ganaréis opinion muy estimada.
Aunque nos convirtamos en corderos,
le respondió un oyente sentencioso,
otros han de robar los gallineros
á costa de la fama del raposo.

Jamas se cobra la opinion perdida:
esto es lo uno; á mas ¿usted pretende
que mudemos de vida?
quien malas mañas há.. ya usted me entiende.

Sin embargo, hermanito, crea, crea..
el enfermo le dijo: mas ¿qué siento?
¿No ois, que una gallina cacarea?
Esto sí que no es cuento.

Adios, sermon: escapase la jente:
el enfermo orador esfuerza el grito:
¿Os vais, hermanos? Pues tened presente,
que no me haria daño algun pollito.

El mismo.

La mona.

Subió una mona á un nogal;
y cojiendo una nuez verde,
en la cáscara la muerde,
con que la supo muy mal.

Arrojóla el animal,
y se quedó sin comer.

Asi suele suceder
á quien su empresa abandona,
porque halla, como la mona,
al principio que vencer.

El mismo.

Los gatos escrupulosos.

A las once y aun mas de la mañana
la cocinera Juana,
con pretesto de hablar á la vecina,
se sále, cierra y deja en la cocina
á Micifuf y Zapiron hambrientos.
Al punto, pues no gastan cumplimientos
gatos enambrecidos,
se avanzan á probar de los cocidos.
Fu, dijo Zapiron, maldita olla,
¡cómo abrasa! veamos esa polla,
que está en el asador lejos del fuego.
Ya tambien escaldado, desde luego
se arrima Micifuf, y en un instante
muestra cada trinchante,
que en el arte scisoria sin gran pena
pudiera dar lecciones á Villena.
Concluido el asunto,
el señor Micifuf tocó este punto:
utrum si se podia ó no en conciencia
comer el asador. ¡O qué demencia,
esclamó Zapiron en altos gritos,
cometer el mayor de los delitos!
¿No sabes, que el herrero
ha llevado por él mucho dinero,
y que si bien la cosa se examina,
entre la batería de cocina

no hay un mueble mas serio y respetable?
Tu pasion te ha engañado, miserable.
Micifuf en efecto
abandonó el proyecto:
pues eran los dos gatos
de suerte timoratos,
que si el diablo tentando sus pasiones,
les pusiese asadores á millones,
(no hablo yo de las pollas), ó me engaño,
ó no comieran uno en todo el año.

De otro modo.

¡Que dolor! por un descuido
Micifuf y Zapiron
se comieron un capon,
en un asador metido:
despues de haberse lamido,
trataron en conferencia,
si obrarian con prudencia
en comerse el asador.
¿Le comieron? no señor:
era caso de conciencia.

El mismo.

La mariposa y el caracol.

Aunque te haya elevado la fortuna
desde el polvo á los cuernos de la luna,
si hablas, Fabio, al humilde con desprecio,
tanto como eres grande, serás necio.
¿Qué, te irritas? ¿te ofende mi lenguaje?
No se habla de ese modo á un personaje.
Pues haz cuenta, señor, que no me oiste,
y escucha á un caracol: vaya de chiste.
En un bello jardin cierta mañana
se puso muy ufana
sobre la blanca rosa
una recien nacida mariposa.
El sol resplandeciente
desde su claro oriente
los rayos esparcia:
ella á su luz las alas estendia,
solo porque envidiasen sus colores
manchadas aves y pintadas flores.
Esta vana, preciada de belleza,
al volver la cabeza,
vió muy cerca de sí sobre una rama
á un pardo caracol. La bella dama
irritada esclamó: ¿cómo, grosero,
á mi lado te acercas? Jardinero,
¿de qué sirve que tengas con cuidado
el jardin cultivado,

y guarde tu desvelo
la rica fruta del rigor del yelo,
y los tiernos botones de las plantas,
si ensucia y come todo cuanto plantas
este vil caracol de baja esfera?
O matale al instante, ó vaya fuera.
Quien aora te oyese,
si no te conociese,
respondió el caracol, en mi conciencia,
que pudiera temblar en tu presencia.
Mas dime, miserable criatura,
que acabas de salir de la basura,
¿puedes negar, que aun no hace cuatro
dias,
que gustosa solias
como humilde reptil andar conmigo,
y yo te hacia honor en ser tu amigo?
¿No es tambien evidente,
que eres por línea recta descendiente
de las orugas, pobres hilanderos,
que mirándose en cueros,
de sus tripas hilaban y tejian
un fardo, en que el invierno se metian,
como tú te has metido,
y aun no hace cuatro dias que has salido?
Pues si este fue tu orijen y tu casa,
¿por qué tu ventolera se propasa
á despreciar á un caracol honrado?

El que tiene de vidrio su tejado
esto logra de bueno
con tirar las pedradas al ajeno.

El mismo.

El lobo y el mastin.

Trampas, redes y perros
los celosos pastores disponian
en lo oculto del bosque y de los cerros,
porque matar querian
á un lobo por el bárbaro delito
de no dejar á vida ni un cabrito.
Hallóse cara á cara
un mastin con el lobo de repente:
y cada cúal se para,
tal como en Zama estaban frente á frente
antes de la batalla muy serenos
Anibal y Escipion, ni mas ni menos.
En esta suspension treguas propone
el lobo á su enemigo:
el mastin no se opone,
antes le dice: amigo,
es cosa bien estraña, por mi vida,
meterse un señor lobo á cabricida.
Ese cuerpo brioso
y de pujanza fuerte,
que mate al jabalí, que venza al oso.

Mas ¿qué dirán al verte
que lo valiente y fiero
empleas en la sangre de un cordero?
El lobo le responde: camarada,
tienes mucha razon: en adelante
propongo no comer sino ensalada.
Se despiden, y toman el portante.
Informados del hecho
los pastores se apuran y patean:
agarran al mastin y le apalean.
Digo que fue bien hecho;
pues en vez de ensalada en aquel año
se fue comiendo el lobo su rebaño.
¿Con una reprension, con un consejo
se pretende quitar un vicio añejo?

El mismo.

Los dos cazadores.

Que en una marcial funcion,
ó cuando el caso lo pida,
arriesgue un hombre su vida,
digo que es mucha razon:
pero el que por diversion
esponer su vida quiera
á juguete de una fiera
ó peligros no menores,
sepa de dos cazadores

una historia verdadera.

Pedro Ponce el valeroso
y Juan Carranza el prudente
vieron venir frente á frente
al lobo mas horroroso.
El prudente, temeroso,
á una encina se abalanza,
y cual otro Sancho Panza
en las ramas se salvó.
Pedro Ponce allí murió.
Imitemos á Carranza.

El mismo.

El gato y el cazador.

Cierto gato en poblado descontento,
por mejorar sin duda de destino
(que no seria gato de convento),
pasó de ciudadano á campesino.
Metióse santamente
dentro de una covacha, mas no lejos
de un gran soto poblado de conejos.
Considere el lector piadosamente,
si el novel hermitaño
probaria la yerba en todo el año.
Lo mejor de la caza devoraba,
haciendo mil escesos:
mas al fin por el rastro que dejaba

de plumas y de huesos,
un cazador lo advierte: le persigue,
arma trampas y redes con tal maña,
que al instante consigue
atrapar la carnívora alimaña.
Llégase el cazador al prisionero;
quiere darle la muerte;
el animal le dice: caballero
duelase de la suerte
de un triste pobrecito,
metido en la prision y sin delito.
¿Sin delito me dices,
cuando sé que tus uñas y tus dientes
devoran infinitos inocentes?
Señor, eran conejos y perdices:
y yo no hacia mas á fe de gato,
que lo que ustedes hacen en el plato.
Ea, picaro, muere,
que tu mala razon no satisface.
Con que sea la cosa que se fuere,
¿la podrá usted hacer, si otro la hace?

El mismo.

El joven filósofo y sus compañeros.

Un joven educado
con el mayor cuidado
por un viejo filósofo profundo

salió por fin á visitar el mundo.
Concurrió cierto dia
entre civil y alegre compañía
á una mesa abundante y primorosa.
¡Espectaculo horrendo! ¡fiera cosa!
¡La mesa de cadáveres cubierta
á la vista del hombre!... ¡Y este acierta
á comer los despojos de la muerte!
El joven declamaba de esta suerte.
Al son de filosóficas razones,
devorando perdices y pichones,
le responden algunos concurrentes:
si usted ha de vivir entre las jentes,
deberá hacerse á todo.
Con un gracioso modo,
alabando el bocado de esquisito,
le presentan un gordo pajarito.
Cuanto usted ha esclamado, será cierto:
mas en fin, le decian, ya está muerto.
Pruebelo por su vida... Considere
que otro le comerá, si no le quiere.
La ocasion, las palabras, el ejemplo,
y segun yo comtemplo,
yo no sé qué olorcillo,
que exalaba el caliente pajarillo,
al joven persuadieron de manera,
que al fin se lo comió. ¡Quién lo dijera!
¡Haber yo devorado un inocente!

Así clamaba, pero friamente.
Lo cierto es, que llevado de aquel cebo,
con mas facilidad cayó de nuevo.
La ocasion se repite:
de uno en otro convite,
y de una codorniz á una becada,
llegó el joven al fin de la jornada,
olvidando sus máximas primeras,
á ser devorador como las fieras.

De esta suerte los vicios se insinuan,
crecen, se perpetuan
dentro del corazon de los humanos,
hasta ser sus señores y tiranos.
¿Pues qué remedio? Incautos jovencitos,
cuenta con los primeros pajaritos.

El mismo.

El oso, la mona y el cerdo.

Un oso, con que la vida
ganaba un piamontés,
la no muy bien aprendida
danza ensayaba en dos pies.

Queriendo hacer de persona,
dijo á una mona: ¿qué tal?
Era perita la mona
y respondióle: muy mal.

Yo creo, replicó el oso,

que me haces poco favor.
¿Pues qué, mi aire no es garboso?
¿no hago el paso con primor?
Estaba el cerdo presente,
y dijo: bravo, ¡bien va!
Bailarin mas escelente
no se ha visto ni verá.
Echó el oso, al oir esto,
sus cuentas allá entre sí,
y con ademan modesto
hubo de esclamar así:
Cuando me desaprobaba
la mona, llegué á dudar:
mas ya que el cerdo me alaba,
muy mal debo de bailar.
Guarde para su regalo
esta sentencia un autor:
si el sabio no aprueba, malo!
si el necio aplaude, peor!

D. Tomas de Iriarte.

La campana y el esquilon.

En cierta catedral una campana habia,
que solo se tocaba algun solemne dia.
Con el mas recio son, con pausado compás
cuatro golpes ó tres solia dar no mas.
Por esto y ser mayor de la ordinaria marca,

celebrada fue siempre en toda la comarca.
Tenia la ciudad en su jurisdiccion
una aldea infeliz de corta poblacion,
siendo su parroquial una pobre iglesita
con chico campanario á modo de una hermita,
y un rajado esquilon, pendiente enmedio de él,
era allí quien hacia el principal papel.
A fin de que imitase aqueste campanario
al de la catedral, dispuso el vecindario,
que despacio y muy poco el dichoso esquilon
se hubiese de tocar solo en tal cual funcion:
y pudo tanto aquello en la jente aldeana,
que el esquilon pasó por una gran campana.
Muy verosimil es; pues que la gravedad
suple en muchos asi por la capacidad:
dignanse rara vez de despegar sus labios,
y piensan que con esto imitan á los sabios.

El mismo.

El burro flautista.

Esta fabulilla,
salga bien ó mal,
me ha ocurrido aora
por casualidad.

Cerca de unos prados,
que hay en el lugar,
pasaba un borrico
por casualidad.

Una flauta en ellos
halló que un zagal
se dejó olvidada
por casualidad.

Acercóse á olerla
el dicho animal;
y dió un resoplido
por casualidad.

En la flauta el aire
se hubo de colar
y sonó la flauta
por casualidad.

Oh! dijo el borrico,
¡qué bien sé tocar!
y dirán que es mala
la música asnal.

Sin reglas del arte
borriquitos hay,
que una vez aciertan
por casualidad.

El mismo.

Los huevos.

Mas allá de las islas Filipinas
hay una, que ni sé como se llama,
ni me importa saberlo, donde es fama,
que jamas hubo casta de gallinas,
hasta que allá un viajero,
llevó por accidente un gallinero.
Al fin tal fue la cria, que ya el plato
mas comun y barato
era de huevos frescos; pero todos
los pasaban por agua, que el viajante
no enseñó á componerlos de otros modos.
Luego de aquella tierra un habitante
introdujo el comerlos estrellados.
¡Oh, qué elojios se oyeron á porfia
de su rara y fecunda fantasía!
Otro discurre hacerlos escalfados.—
¡Pensamiento feliz!— Otro, rellenos.—
¡Aora sí que estan los huevos buenos!
Uno despues inventa la tortilla,
y todos claman ya: ¡qué maravilla!
No bien se pasó un año,
cuando otro dijo: sois unos petates:
yo los haré revueltos con tomates:
y aquel guiso de huevos tan estraño,
con que toda la isla se alborota,
hubiera estado largo tiempo en uso,

á no ser porque luego los compuso
un famoso estranjero á la hugonota.
Esto hicieron diversos cocineros:
pero ¡qué condimentos delicados
no añadieron despues los reposteros!
Moles, dobles, hilados,
en caramelo, en leche,
en sorbete, en compota, en escabeche,
al cabo todos eran inventores,
y los últimos huevos los mejores.
Mas un prudente anciano
les dijo un dia: presumis en vano
de esas composiciones peregrinas:
¡gracias al que nos trajo las gallinas!
Tantos autores nuevos
¿no se pudieran ir á guisar huevos
mas allá de las islas Filipinas?

El mismo.

La abutarda.

De sus hijos la torpe abutarda
el pesado volar conocia,
deseando sacar una cria
mas lijera aunque fuese bastarda.
A este fin muchos huevos robados
de alcotan, de jilguero y paloma,
de perdiz y de tórtola toma,

y en su nido los guarda mezclados.
Largo tiempo se estuvo sobre ellos,
y aunque hueros salieron bastantes,
produjeron por fin los restantes
varias castas de pájaros bellos.
La abutarda mil aves convida
por lucirlo con cria tan nueva:
sus polluelos cada ave se lleva:
y hete aqui la abutarda lucida.
Los que andais empollando obras de otros;
sacad pues á volar vuestra cria:
ya dirá cada autor: esta es mia;
y veremos qué os queda á vosotros.

El mismo.

El raton y el gato.

Tuvo Esopo famosas ocurrencias:
¡qué invencion tan sencilla! ¡qué sen-
tencias!
He de poner, pues que la tengo á mano,
una fábula suya en castellano.
Cierto, dijo un raton en su agujero,
no hay prenda mas amada y estupenda
que la fidelidad; por eso quiero
tan de veras al perro perdiguero.
Un gato replicó: pues esa prenda
yo la tengo tambien.— Aquí se asusta

mi buen raton, se esconde,
y torciendo el hocico, le responde:
¿cómo? ¿la tienes tú?— ya no me gusta.
La alabanza que muchos creen justa,
injusta les parece
si ven que su contrario la merece.
¿Qué tal, señor lector? La fabulilla
puede ser que le agrade y que le instruya—
Es una maravilla,
dijo Esopo una cosa como suya.—
Pues mire usted, Esopo no lo ha escrito,
salió de mi cabeza—¿Con qué es tuya?—
Sí, señor erudito:
ya que antes tan feliz le parecia,
critiquemela aora, porque es mia.

El mismo.

La lechuza.

Cobardes son y traidores
ciertos críticos que esperan
para impugnar, á que mueran
los infelices autores,
porque vivos respondieran.
Un breve caso á este intento
contaba una abuela mia:
diz que un dia en un convento
entró una lechuza..... miento,

que no debió ser un dia.

Fue sin duda estando el sol
ya muy lejos del ocaso.
Ella en fin se encontró al paso
una lámpara (ó farol,
que es lo mismo para el caso);

Y volviendo la trasera,
esclamó de esta manera:
¡lámpara, con qué deleite
te chupara yo el aceite,
si tu luz no me ofendiera!

Mas ya que aora no puedo,
porque estás bien atizada;
si otra vez te hallo apagada,
sabré, perdiendote el miedo,
darme una buena panzada.

El mismo.

El erudito y el raton.

En el cuarto de un célebre erudito
se hospedaba un raton, raton maldito,
que no se alimentaba de otra cosa,
que de roerle siempre verso y prosa.

Ni de un gatazo el vijilante celo
pudo llegarle al pelo,
ni estrañas invenciones
de varias é injeniosas ratoneras,

ó el rejalgar en dulces confecciones,
curar lograron su incesante anelo
de rejistrar las doctas papeleras
y acribillar las pájinas enteras.
Quiso luego la trampa
que el perseguido autor diese á la estampa
sus obras de elocuencia y poesía:
y aquel bicho travieso,
si antes lo manuscrito le roia,
mucho mejor roia ya lo impreso.
¡Qué desgracia la mia!
el literato esclama: ya estoy harto
de escribir para jente roedora:
y por no verme en esto desde aora
papel blanco no mas habrá en mi cuarto.
Yo haré que este desorden se corrija.
Pero si: la traidora sabandija
tan hecha á malas mañas, igualmente
en el blanco papel hincaba el diente.
El autor aburrido
echa en la tinta dosis competente
de soliman molido:
escribe, yo no sé si en prosa ó verso:
devora pues el animal perverso
y rebienta por fin... Feliz receta!
dijo entonces el crítico poeta.
Quien tanto roe mire no le escriba
con un poco de tinta corrosiva.

Bien hace quien su crítica modera;
pero usarla conviene mas severa
contra censura injusta y ofensiva,
cuando no hablar con sincero denuedo
poca razon arguye ó mucho miedo.

El mismo.

El cuervo y el pavo.

Pues, como digo, es el caso,
y vaya de cuento,
que á volar se desafiaron
un pavo y un cuervo.
Al término señalado
cual llegó primero,
considérelo quien de ambos
haya visto el vuelo.
Aguardate, dijo el pavo,
al cuervo de lejos:
¿sabes lo que estoy pensando?
que eres negro y feo.
Escucha: tambien reparo,
le gritó mas recio,
en que eres un pajarraco
de muy mal agüero.
Quita allá, que me das asco,
grandísimo puerco:
sí, que tienes por regalo

comer cuerpos muertos.
Todo eso no viene al caso,
le responde el cuervo;
porque aqui solo tratamos
de ver que tal vuelo.
Cuando en las obras del sabio
no encuentra defectos,
contra la persona cargos
suele hacer el necio.

El mismo.

La oruga y la zorra.

Si se acuerda el lector de la tertulia,
en que á presencia de animales varios
la zorra adivinó por que se daban
elojios avestruz y dromedario;
sepa que en la mismísima tertulia
un dia se trataba del gusano,
artífice injenioso de la seda,
y todos ponderaban su trabajo.
Para muestra presentan un capullo:
examinanle: crecen los aplausos:
y aun el topo, con todo que es un ciego,
confesó que el capullo era un milagro.
Desde un rincon la oruga murmuraba
en ofensivos términos, llamando
la labor admirable, friolera,

y á sus elojiadores, mentecatos.
Preguntabanse pues unos á otros:
¿por qué este miserable guzarapo
el único ha de ser que vitupere
lo que todos acordes alabamos?
Saltó la zorra y dijo: ¡pese á mi alma!
el motivo no puede estar mas claro:
¿no sabeis, compañeros, que la oruga
tambien labra capullos, aunque malos?
Laboriosos injenios perseguidos,
¿quereis un buen consejo? pues cuidado:
cuando os provoquen ciertos envidiosos,
no hagais mas que contarles este caso.

El mismo.

El retrato de golilla.

De frase estranjera el mal pegadizo
hoy á nuestro idioma gravemente aqueja:
pero habrá quien piense, que no habla castizo,
si por lo anticuado lo usado no deja.
Voy á entretenelle con una conseja;
y porque le traiga mas contentamiento,
en su mismo estilo referilla intento,
mezclando dos hablas, la nueva y la vieja.
No sin hartos celos un pintor de ogaño
via como agora gran loa y valía

alcanzan algunos retratos de antaño;
y el no remedallos á mengua tenia:
por ende, queriendo retratar un dia
á cierto rico-home, señor de gran cuenta,
juzgó que lo antiguo de la vestimenta
estima de rancio al cuadro daria.

Segundo Velazquez creyó ser con esto:
y ansí que del rostro toda la semblanza
hubo trasladado, golilla le ha puesto,
y otros atavios á la antigua usanza.
La tabla á su dueño lleva sin tardanza,
el cual espantado fincó, desque vido
con añejas galas su cuerpo vestido,
maguer que le plugo la faz abastanza.

Empero una traza le vino á las mientes,
con que al retratante dar su galardon:
guardaba heredadas de sus ascendientes
antiguas monedas en un viejo arcon.
Del quinto Fernando muchas de ellas son.
allende de algunas de Carlos primero,
de entrambos Filipos segundo y tercero:
y henchido de todas le endonó un bolson.

Con estas monedas, ó si quier medallas,
el pintor le dice, si voy al mercado,
cuando me cumpliere mercar vituallas,
tornaré á mi casa con muy buen recado.
Pardiez, dijo el otro, ¿no me habeis pintado

en traje, que un tiempo fue muy señoril,
y agora le viste solo un alguacil?
Cual me retratasteis, tal os he pagado.

Llevaos la tabla, y el mi corbatin
pintadme al proviso en vez de golilla:
cambiadme está espada en el mi espadin,
y en la mi casaca trocad la ropilla.
Ca non habrá naide en toda la villa,
que al verme en tal guisa, conozca mi jesto:
vuestra paga entonce contaros he presto
en buena moneda corriente en Castilla.

Ora pues si á risa provoca la idea,
que tuvo aquel sandio moderno pintor,
¿no hemos de reirnos siempre que chochea
con ancianas frases un novel autor?
Lo que es afectado juzga que es primor:
habla puro á costa de la claridad;
y no halla voz baja para nuestra edad,
si fue noble en tiempo del Cid Campeador.

El mismo.

El gato, el lagarto y el grillo.

Ello es, que hay animales muy científicos
en curarse con varios específicos,
y en conservar su construccion orgánica,

como hábiles que son en la botánica,
pues conocen las yerbas diuréticas,
catárticas, narcóticas, eméticas,
febrífugas, estípticas, prolíficas,
cefálicas tambien y sudoríficas.

En esto era gran práctico y teórico
un gato, pedantísimo retórico,
que hablaba en un estilo tan enfático,
como el mas estirado catedrático.
Yendo á caza de plantas salutíferas,
dijo á un lagarto: ¡qué ansias tan mortíferas!
Quiero por mis turjencias semi-hidrópicas
chupar el zumo de hojas heliotrópicas.

Atónito el lagarto con lo exótico
de todo aquel preámbulo estrambótico,
no entendió mas la frase macarrónica,
que si le hablasen lengua babilónica.
Pero notó que el charlatan ridículo
de hojas de jirasol llenó el ventrículo:
y le dijo: ya en fin, señor hidrópico,
he entendido lo que es zumo heliotrópico.
¿Y no es bueno, que un grillo, oyendo el diálogo,
aunque se fue en ayunas del catálogo
de términos tan raros y magníficos,
hizo del gato elogios honoríficos?
Si, que hay quien tiene la hinchazon por mérito,

y el hablar liso y llano por demérito.
Mas ya que esos amantes de hiperbólicas
cláusulas y metáforas diabólicas,
de retumbantes voces el depósito
apuran, aunque salga un despropósito,
caiga sobre su estilo problemático
este apólogo esdrújulo enigmático.

El mismo.

La espada y el asador.

Sirvió en muchos combates una espada,
tersa, fina, cortante, bien templada,
la mas famosa, que salió de mano
de insigne fabricante toledano.
Fue pasando á poder de varios dueños,
y airosos los sacó de mil empeños.
Vendióse en almonedas diferentes;
hasta que por estraños accidentes
vino en fin á parar ¿quién lo diria?
á un oscuro rincon de una hosteria,
donde cual mueble inutil arrimada,
se tomaba de orin. Una criada
por mandado de su amo el posadero,
que debia de ser gran majadero,
se la llevó una vez á la cocina,
atravesó con ella una gallina,

y héteme un asador hecho y derecho
la que una espada fue de honra y provecho.
Mientras esto pasaba en la posada,
en la corte comprar quiso una espada
cierto recien llegado forastero
transformado de payo en caballero.
El espadero, viendo que al presente
es la espada un adorno solamente;
y que pasa por buena cualquier hoja,
siendo de moda el puño, que se escoja,
díjole, que volviese al otro dia:
un asador, que en su cocina habia,
luego desbasta, afila y acicala,
y por espada de Tomas de Ayala
al pobre forastero, que no entiende
de semejantes compras, se la vende:
siendo tan picaron el espadero,
como fue mentecato el forastero.
¿Mas de igual ignorancia ó picardia
nuestra nacion quejarse no podria
contra los traductores de dos clases,
que infestada la tienen con sus frases?
Unos traducen obras celebradas,
y en asadores vuelven las espadas:
otros hay que traducen las peores,
y venden por espadas asadores.

El mismo.

Los cuatro lisiados.

Un mudo á nativitate,
y mas sordo que una tapia,
vino á tratar con un ciego,
cosas de poca importancia.
Hablaba el ciego por señas,
que para el mudo eran claras:
mas hízole otras el mudo,
y él á oscuras se quedaba.
En este apuro trujeron
para que los ayudara
á un camarada de entrambos,
que era manco por desgracia.
Este las señas del mudo
trasladaba con palabras,
y por aquel medio el ciego
del negocio se enteraba.
Por último resultó
de conferencia tan rara,
que era preciso escribir
sobre el asunto una carta.
Compañeros, saltó el manco,
mi auxilio á tanto no alcanza:
pero á escribirla vendrá
el domine, si le llaman.
¿Qué ha de venir, dijo el ciego,

si es cojo, que apenas anda?
Vamos, será menester
ir á buscarle á su casa.
Asi lo hicieron; y al fin
el cojo escribe la carta,
díctala el ciego y el manco,
y el mudo parte á llevarla.
Para el consabido asunto
con dos personas sobraba:
mas como eran ellas tales,
cuatro fueron necesarias.
Y á no ser porque há tan poco
que en un lugar de la Alcarria
acaeció esta aventura,
testigos mas de cien almas,
bien pudiera sospecharse
que estaba adrede inventada
por alguno, que con ella
quiso pintar lo que pasa
cuando juntándose muchos
en pandilla literaria,
tienen que trabajar todos
para una gran patarata.

El mismo.

Los dos tordos.

Persuadia un tordo abuelo,
lleno de años y prudencia,
á un tordo su nietezuelo,
mozo de poca esperiencia,
á que acelerando el vuelo
viniese con preferencia
hacia una poblada viña,
é hiciese allí su rapiña.
¿Esa viña donde está?
le pregunta el mozalbete;
¿y que fruto es el que da?
Hoy te espera un gran banquete,
dice el viejo: ven acá:
aprende á vivir, pobrete:
y no bien lo dijo, cuando
las uvas le fue enseñando.
Al verlas saltó el rapaz:
¿Y esta es la fruta alabada
de un pájaro tan sagaz?
¡Qué chica, qué desmedrada!
¡Ea vaya! es incapáz
que eso pueda valer nada.
Yo tengo fruta mayor
en una huerta, y mejor.
Veamos, dijo el anciano,

aunque sé que mas valdrá
de mis uvas solo un grano.
A la huerta llegan ya,
y el jóven esclama ufano:
¡Qué fruta! ¡Qué gorda está!
¿No tiene escelente traza?
¿Y qué era? Una calabaza.
Que un tordo en aqueste engaño
caiga, no lo dificulto:
pero es mucho mas estraño
que hombre tenido por culto
aprecie por el tamaño
los libros y por el bulto.
Grande es, si es buena una obra:
si es mala, toda ella sobra.

El mismo.

El cazador y el huron.

Cargado de conejos
y muerto de calor,
una tarde de lejos
á su casa volvia un cazador.
Encontró en el camino
muy cerca del lugar
á un amigo y vecino,
y su fortuna le empezó á contar.
Me afané todo el dia,

le dijo; pero qué?
si mejor cacería
no la he logrado ni la lograré.
Desde por la mañana
es cierto que sufrí
una buena solana;
mas mira que gazapos traigo aqui.
Te digo y te repito,
fuera de vanidad,
que en todo este distrito
no hay cazador de mas habilidad.
Con el oido atento
escuchaba un huron
este razonamiento
desde el corcho, en que tiene su mansion.
Y el puntiagudo hocico
sacando por la red,
dijo á su amo: suplico:
dos palabritas con perdon de usted.
Vaya: ¿cuál de nosotros
fue el que mas trabajó?
Esos gazapos y otros
¿quién se los ha cazado sino yo?
Patron, ¿tan poco valgo,
que me tratan asi?
Me parece que en algo
bien se pudiera hacer mencion de mí.
Cualquiera pensaria,

que este aviso moral
seguramente haria
al cazador gran fuerza: pues no hay tal.
Se quedó tan sereno,
como ingrato escritor,
que del auxilio ajeno
se aprovecha y no cita al bienechor.
El mismo.

La criada y la escoba.

Cierta criada la casa barria
con una escoba muy puerca y muy vieja:
reniego yo de la escoba, decia;
con su basura y pedazos que deja
por donde pasa,
aun mas ensucia, que limpia la casa.
Los remendones, que escritos ajenos
correjir piensan, acaso de errores
suelen dejarlos diez veces mas llenos:
mas no haya miedo, que de estos señores
diga yo nada:
que se lo diga por mí la criada.
El mismo.

El naturalista y las lagartijas.

Vió en una huerta
dos lagartijas

cierto curioso
naturalista.
Cójelas ambas,
y á toda prisa
quiere hacer de ellas
anatomía:
ya me ha pillado
la mas rolliza:
miembro por miembro
ya me la trincha.
El microscopio
luego la aplica:
patas y cola,
pellejo y tripas,
ojos y cuello,
lomo y barriga,
todo lo aparta
y lo examina.
Toma la pluma,
de nuevo mira,
escribe un poco,
recapacita,
sus mamotretos
despues rejistra:
vuelve á la propia
carnicería.
Varios curiosos
de su pandilla

entran á verle:
dales noticia
de lo que observa:
unos se admiran:
otros preguntan:
otros cavilan.
Finalizada
la anatomía,
cansóse el sabio
de lagartijas:
soltó la otra,
que estaba viva.
Ella se vuelve
á sus rendijas
en donde hablando
con sus vecinas,
todo el suceso
las participa.
No hay que dudarlo,
no, las decia:
con estos ojos
lo vi yo misma.
Se ha estado el hombre
todito un dia
mirando el cuerpo
de nuestra amiga.
¿Y hay quién nos trate
de sabandijas?

¿Como se sufre
tal injusticia,
cuando tenemos
cosas tan dignas
de contemplarse
y andar escritas?
No hay que abatirse,
noble cuadrilla:
valemos mucho,
por mas que digan.
Y ¿querrán luego
que no se engrían
ciertos autores
de obras inicuas?
Los honra mucho
quien los critica.
No seriamente:
muy por encima
deben notarse
sus fruslerías:
que hacer gran caso
de lagartijas
es dar motivo
de que repitan:
valemos mucho,
por mas que digan.

El mismo.

El sapo y el mochuelo.

Escondido en el tronco de un arbol
estaba un mochuelo;
y pasando no lejos un sapo,
le vió medio cuerpo.
¡Ah de arriba, señor solitario!
dijo el tal escuerzo:
saque usted la cabeza, y veamos
si es bonito ó feo.
No presumo de mozo gallardo,
respondió el de adentro;
y aun por eso á salir á lo claro
apenas me atrevo:
Pero usted, que de dia su garbo
nos viene luciendo,
¿no estuviera mejor agachado
en otro agujero?
¡Oh qué pocos autores tomamos
este buen consejo!
siempre damos á luz, aunque malo,
cuanto componemos.
Y tal vez fuera bien sepultarlo:
pero ¡ay compañeros!
mas queremos ser públicos sapos,
que ocultos mochuelos.

El mismo.

Los dos conejos.

Por entre unas matas
seguido de perros,
no diré corria,
volaba un conejo.
De su madriguera
salió un compañero,
y le dijo: tente,
amigo, ¿qué es esto?
¿Qué ha de ser? responde:
sin aliento llego:
dos pícaros galgos
me vienen siguiendo.
Si, replica el otro,
por allí los veo;
pero no son galgos =
¿Pues qué son? = Podencos. =
¿Qué, podencos dices?
si, como mi abuelo:
galgos y muy galgos:
bien visto lo tengo. =
Son podencos, vaya,
que no entiendes de eso. =
Son galgos, te digo. =
Digo que podencos.
En esta disputa

llegando los perros,
pillan descuidados
á mis dos conejos.
Los que por cuestiones
de poco momento
dejan lo que importa,
llevense este ejemplo.

El mismo.

Apólogo de los dos ratones.

Aquello de los dos cautos ratones,
que en Horacio con gusto habrás leido,
oye, aunque el repetirlo me perdones.
Rústico vivió el uno y conocido
del otro, al cual, si bien fue cortesano,
le convidó en su campo al pobre nido.
Y siendo escaso ó próvido el villano,
á conservar su provision atento,
á honor del huesped alargó la mano.
Derramó sus legumbres, bastimento,
de que guardaba su despensa llena,
y los trozos de lardo macilento.
De pasas, de garbanzos y de avena
ufano entresacó lo mas reciente
y con los labios lo sirvió en la cena.
Mas hecho el cortesano á diferente
gusto, de los manjares finjió agrado,

y probó algunos con soberbio diente.
En paja muelle entonces recostado,
próspero lecho, el gran raton yacia
dueño de aquel vivar afortunado:
Que royendo unos tronchos, se abstenia
de lo bueno y repuesto, porque el hijo
se acreditase con la demasia.
Al cual riendo el cortesano dijo:
¿no me dirás, amigo, por qué pasas
la vida en este mísero escondrijo?
¿Antepones las selvas á las casas,
y al sabor de los mas nobles manjares
unas legumbres débiles y escasas?
Ruégote que este yermo desampares:
vente conmigo á mejorar tu suerte,
donde venzas los últimos pesares.
Que todos somos presa de la muerte,
y cuanto ella mas lazos apercibe,
con mas cautela el sabio los divierte.
Este pues, breve espacio, que se vive,
¿quién tan sin arte sirve á su destino,
que de alimento sustancial se prive?
Persuadido con esto el campesino,
sale tras él por el boscaje oscuro,
y hácia la corte siguen el camino.
Llegados, entran por el roto muro,
y en casa de uno de los mas felices

magnates se pusieron en seguro.
En cuyos aposentos los tapices,
por la paciencia béljica tejidos,
mostraban sus figuras de matices.
Sobre los lechos de marfil bruñidos
los carmesíes adornos de la China,
á la púrpura tiria preferidos.
Aqui el raton campestre se reclina;
y sin que el caro amigo se lo evite,
la cuadra y sus adornos contramina.
Y en los platos, reliquias de un convite,
que una infiel mesa le ofreció, procura
que el vientre de su ayuno se desquite.
Muy hallado tras esto la figura
hace de alegre huesped, discurriendo
por la pieza con libre travesura.
Pero cesó el placer por el estruendo
con que cierran las puertas principales,
por no esperado entonces, mas horrendo.
Los canes luego, honor de los umbrales,
como acostumbran, con ladridos altos
de su fidelidad dieron señales.
Aquí de tino los ratones faltos,
huyen hasta subir por las paredes,
y ambos cayendo, chillan y dan saltos.

Mas luego el campesino: tú, que puedes,
le dice al cortesano, llevar esto,
podrá bien ser que en tu vivienda quedes;
Que yo á tentar la fuga estoy dispuesto,
y con celeridad tan proseguida,
que á mi quietud me restituya presto:
Donde no hay acechanza, que la impida;
por incapaz del trato ó por indigno,
volveré á la escaseza de mi vida.
Todo cuanto me ofrecès, te resigno:
con tu abundancia á tu placer te dejo,
por un hoyo sin luz, pero benigno.
Este el suceso fue, y este el consejo,
que yo venero, con haberle dado
un tímido y silvestre animalejo.

Bartolomé de Arjensola.

CUENTOS, EPIGRAMAS,

Y OTRAS POESIAS SUELTAS.

Los peligros del dinero: cuento.

En el oscuro bolsillo
de un miserable avariento
reinaba un sumo descanso,
duraba un largo silencio.
Ni sol ni luna podian
enviar sus luces dentro
para dar un corto alivio
á los tristes prisioneros.
Ya de esto habrá colejido
el lector como discreto,
ó sino, como atrevido,
que suele valer lo mesmo,
y mil veces confundirse
discrecion y atrevimiento:
ya habrá, digo, discurrido,
como digo de mi cuento,
que los tristes habitantes
de aquel castillo tremendo
no veian los teatros
las máscaras, los paseos,
los banquetes, las visitas,
las tertulias y los juegos:

ni tampoco iban á hablarles
aquellos hombres molestos,
de estos que hay que por hablar
irán á hablar con los muertos.
Solamente en él entraban,
siempre de noche y con tiento,
del dueño de la prision
los largos y frios dedos.
Contábalos uno á uno
cien veces y aun otras ciento.
Pues señor, entre los tales
tristísimos prisioneros,
los habia muy alegres,
ó filósofos, ó necios,
pues solo en estas dos clases
se ven penas con sosiego;
y por no saber que hacerse,
se estaban entreteniendo
en contar las travesuras,
que los malvados hicieron,
cuando andaban por el mundo
campando por su respeto.
Oyólos un ratoncillo,
vecino de mi aposento,
que en él suele comer libros,
porque no halla pan ni queso,
y todo me lo contó,
prometiendole el secreto;

porque el raton y yo somos
amigos y compañeros;
y pasamos nuestras hambres
él y yo contando cuentos.
Asi dice que decian:
oygalo el sabio y discreto.....
Pero no quiero decirlo;
porque se oyeran enredos,
culpas, delitos y fraudes,
osadías y portentos,
que prueban lo que es el hombre,
y lo que puede el dinero.

D. José Cadalso.

La cena: cuento.

En Jaen, donde resido,
vive don Lope de Sosa;
y direte, Inés, la cosa
mas brava de él, que has oido.
Tenia este caballero
un criado portugués;
pero cenemos, Inés,
si te parece, primero.
La mesa tenemos puesta:
lo que se ha de cenar junto:
las tazas del vino á punto:
falta comenzar la fiesta.

Comience el vinillo nuevo,
y echale la bendicion:
yo tengo por devocion
de santiguar lo que bebo.
Franco fue, Inés, este toque;
pero arrójame la bota:
vale un florin cada gota
de aqueste vinillo aloque.
¿De qué taberna se trajo?
Mas ya: de la de Castillo:
diez y seis vale el cuartillo:
no tiene vino mas bajo.
Por nuestro señor que es mina
la taberna de Alcocer:
grande consuelo es tener
la taberna por vecina.
Si es, ó no, invencion moderna,
vive Dios, que no lo sé;
pero delicada fue
la invencion de la taberna.
Porque alli llego sediento,
pido vino de lo nuevo,
mídenlo, dánmelo, bebo,
págolo y voyme contento.
Esto, Inés, ello se alaba,
no es menester alaballo:
solo una falta le hallo,
que con la priesa se acaba.

La ensalada y salpicon
hizo fin: ¿qué viene aora?
La morcilla: gran señora,
digna de veneracion.

¡Qué oronda viene y qué bella!
¡qué través y enjundia tiene!
Paréceme, Inés, que viene
para que demos en ella.

Pues sús, encójase y entre,
que es algo estrecho el camino:
no eches agua, Inés, al vino,
no se escandalice el vientre.

Echa de lo trasañejo,
porque con mas gusto comas:
Dios te guarde, que asi tomas,
como sábia, el buen consejo.

Mas di, ¿no adoras y precias
la morcilla ilustre y rica?
¡Cómo la traidora pica!
Tal debe tener especias.

¡Qué llena está de piñones!
morcilla de cortesanos,
y asada por esas manos
hechas á cebar lechones.

El corazon me rebienta
de placer, no sé de ti;
¿cómo te va? yo por mí
sospecho que estás contenta.

Alegre estoy, vive Dios;
mas oye un punto sutil:
¿no pusiste allí un candil?
¿cómo me parecen dos?
Pero son preguntas viles:
ya sé lo que puede ser:
con este negro beber
se acrecientan los candiles.
Probemos lo del pichel,
alto licor celestial:
no es el aloquillo tal,
ni tiene que ver con él.
¡Qué suavidad! ¡qué clareza!
¡qué rancio gusto y olor!
¡qué paladar! ¡qué color!
todo con tanta fineza.
Mas el queso sale á plaza:
la moradilla va entrando;
y ambos vienen preguntando
por el pichel y la taza.
Prueba el queso, que es estremo;
el de Pinto no le iguala:
pues la aceytuna no es mala,
bien puede bogar su remo.
Haz pues, Inés, lo que sueles:
daca de la bota llena
seis tragos. Hecha es la cena:
levántense los manteles.

Ya, Inés, que habemos cenado
tan bien y con tanto gusto,
parece que será justo
volver al cuento pasado.
Pues sabrás, Inés hermana,
que el portugués cayó enfermo...
Las once dan, yo me duermo,
quédese para mañana.

Baltasar de Alcazar.

Cesar Fernandez: cuento.

En Flandes
servia un soldado, á quien
llamaban Cesar Fernandez.
Este era taur, y un dia
ganó al juego de los naipes
un gran monton de oro y plata.
Uno, que estaba delante,
le pidió barato, y él
como bizarro y galante
metió todo el puño entero
en el monton para darle
barato; pero sacó
solamente dos reales.
Tomólos el otro, y dijo:
por cierto, que en este lance,

vuestro empuñar fue de Cesar;
pero el dar fue de Fernandez.

D. Juan de Matos Fragoso.

El vidriero y las monas: cuento.

De una dama era galan
un vidriero, que vivia
en Tremecen, y tenia
un grande amigo en Tetuan.
Pidióle un dia la dama,
que á su amigo le escribiera,
que una mona remitiera:
y como siempre quien ama
se desvela en conseguir
lo que su dama le ordena,
por escojer una buena,
tres ó cuatro envió á pedir.
El *tres ó cuatro*, escribió
en guarismo el majadero,
y como es allí la o cero,
el de Tetuan leyó:
amigo, para personas,
á quien tengo voluntad,
luego al punto me enviad
trescientas y cuatro monas.
Hallóse afligido el tal:

pero mucho mas se halló
el Vidriero, cuando vió
contra su frájil caudal
dentro de muy pocos dias
apearse con estruendo
trescientas monas haciendo
trescientas mil monerías.

D. Pedro Calderon.

Los dos lugares: cuento.

Hay cerca de Ratisbona
dos lugares de gran fama:
el uno *Agere* se llama,
y el otro *Macarandona.*
Un solo cura servia,
humilde siervo de Dios,
á los dos, y asi á los dos
misa las fiestas decia.
Un vecino del lugar
de Macarandona fue
á Ajere, y oyendo que
el cura empezó á cantar
el prefacio, reparó
en que á voces aquel dia
gracias á Ajere decia,
y á Macarandona no:

con lo cual muy enojado
dijo al cura: ¿gracias da
á Ajere, como si acá
no le hubieramos pagado
sus diezmos? Cuando escucharon
tan bien sentidas razones
los nobles macarandones,
los bodigos le sisaron.
Viéndose desbodigar
al sacristan preguntó
la causa: él se la contó:
y él dió desde allí en cantar
siempre que el prefacio entona,
porque la ofrenda se aplique:
nos tibi semper et ubique
gracias á Macarandona.

El mismo.

El médico cazador: cuento.

Un doctor iba á caza:
y viniendo uno á decirle:
alli está una liebre echada
en su cama: deme uced
su arcabuz para tirarla
primero que se levante;
le respondió en voces altas:
que se levante no tema;

porque estando ella en la cama,
y siendo yo quien va á verla,
¿qué va que no se levanta?

El mismo.

Los inválidos: cuento.

Un dia un comisario á unos
quintados pasaba muestra,
y dijole á su oficial,
que *ojo* á la marjen pusiera
á los viejos é impedidos,
por no llevar jente enferma.
Pasó un tuerto, y dijo: *á este*
poned ojo. Oyóle apenas
un cojo que le seguia,
cuando dijo: *pues ordenas*
que al tuerto le pongan ojo,
haz que á mi me pongan pierna.

El mismo.

El vizcaino: cuento.

Un vizcaino servia
á un cura, y er el aldea
se llamaba el carnicero
David, y un dia de fiesta,

yendo á predicar, le dijo,
que al carnicero pidiera
una asadura fiada.
Al volver con la respuesta
le halló predicando ya;
y hablando de otros profetas,
preguntó: *David ¿qué dice?*
Y él dijo desde la puerta:
que juras á Dios, señor,
que si dinero no llevas,
que aunque eches el bof, no hay bofes.

El mismo.

La coroza: cuento

Encorozada sacaron
una vez á una hechizera,
y despues para soltarla
le pusieron en la cuenta
del papel de la coroza
tanto: tanto para ella
del engrudo: de pintarla
tanto: tanto de coserla.
Viendo lo que habia costado,
denmela, dijo la vieja,
para otra vez: que no estan
los tiempos para que pueda
echar una viuda honrada

coroza cada dia nueva.

El mismo.

La descalabradura.

Descalabró á su mujer
un hombre; y mirando ella
lo que la cura costaba,
decia entre sí muy contenta:
no me descalabrará
otra vez. Viendola buena
el marido, con barbero
y boticario hizo cuenta;
y dió el dinero doblado.
Hijo, mira que lo yerras,
dijo ella: *no yerro, hija;*
que la mitad de esto es de esta
descalabradura de hoy,
y la otra mitad á cuenta
de la primera desca-
labradura, que se ofrezca:
y es dar doblado el dinero
santísima providencia.

El mismo.

El moribundo: cuento.

Al sacristan un enfermo
le dijo: *¿qué es lo que quiere*
usarced por enterrarme?
El dijo, supongo, *veinte*
reales. — *¿Quiere diez y seis?*
dijo: *mas costa me tiene*,
le replicó el sacristan:
á que respondió el doliente:
pues mire si le está bien,
y entierreme en diez y siete;
porque no me moriré
como un cuarto mas me cueste.

El mismo.

El mal pintor: cuento.

Un mal pintor compró una
mala casa, y muy contento
un mal amigo llevó
á enseñarla: lo primero
fue un mal aposento, y dijo:
¿veis este mal aposento?
Pues dejadmele blanquear,
y que yo le pinte luego
de mi mano á todo él

las paredes y los techos,
y vereis que bueno queda:
á que el amigo risueño
dijo :. bueno quedará;
mas si le pintais primero,
y le blanqueais despues,
quedará mucho mas bueno.

El mismo.

La eleccion: cuento.

Preguntabale á un hijuelo
una madre: fulanico,
¿qué quieres, huevo ó torrezno?
Y él dijo, torrezno madre;
pero échele encima el huevo:
no es malo que haya de todo.

El mismo.

La perdiz: apólogo.

La raposa y la perdiz
tuvieron una pendencia.
La raposa por su ciencia
queria ser mas feliz;
la perdiz por su hermosura;

á quien la otra decía:
bobaza, que cada dia
te caza, quien te procura;
y ella dijo: *aunque bobaza,*
con cuanto tú sabes, no
sabes tan bien como yo
á cualquiera que me caza.

El mismo.

La muela: cuento.

Dolores y penas
no se han de decir por frases.
Doliale á un hombre una muela,
vino un barbero á sacarla,
y estando la boca abierta,
¿*cuál es la que duele*? dijo:
dióle en culto la respuesta,
la penúltima diciendo.
El barbero que no era
en penúltimas muy ducho,
le echó la última fuera.
A informarse del dolor
acudió al punto la lengua,
y dijo en sangrientas voces:
la mala, maestro, no es esa.
Disculpóse con decir:
¿*no es la última de la hilera*?

Si, respondió: *mas yo dije*
penúltima: y ucé advierta
que penúltimo es el que
junto al último se asienta.
Volvió mejor informado
á dar al gatillo vuelta,
diciendo: *en efecto ¿es*
de la última la mas cerca?
Si, dijo: *pues velo aquí*,
respondió con gran presteza,
sacándole la que estaba
penultima: de manera,
que quedó, por no hablar claro,
con la mala y sin dos buenas.

El mismo.

El gangoso: cuento.

Cautivó un moro á un gangoso;
y él, bien ó mal como pudo,
se finjió en la nave mudo,
por no hacer dificultoso
su rescate, de manera,
que cuando el moro le vió
defectuoso, le dió
muy barato. Estando fuera
del bajel: *moro*, decia,
no soy mudo: hablar no ignoro

á quien oyendolo el moro,
de esta suerte respondía:
tú fuiste gran mentecato
en finjir aqui el callar:
porque si te oyera hablar
aun te diera mas barato.

El mismo.

El testamento: cuènto.

Un soldado de artos brios
muriéndose, asi decia:
item, es voluntad mia
que los camaradas mios
me lleven en mi ataud;
á quien quiero se les dé
treinta reales, para que
los beban á mi salúd.

El mismo.

El frayle y el tamborilero: cuento.

De una fiesta á su lugar
volvia un tamborilero,
y un frayle tambien volvia
de la fiesta á su convento.
El tamborilero iba
en un burro caballero

y el frayle á pie: preguntóle
el padre: ¿*de donde bueno?*
De tañer, dijo, *esta flauta*
y este tamboril. Por eso,
le preguntó, ¿*que le han dado?*
El respondió: *poco, cierto*:
cincuenta reales, comido
y bebido, que no es menos,
llevado y traido, sin otros
regalillos, que aqui tengo.
¿*Eso es poco?* dijo el padre:
pues yo de predicar vengo,
y ni aun de comer me han dado,
y como vé, á pie me vuelvo.
El tamborilero entonces
dijo enojado y soberbio:
¿*Pues tamborilero y padre*
predicador es lo mesmo?
Aprendiera buen oficio
y no se quejara de ello:
que no somos todos unos,
frayles y tamborileros.

El mismo.

El toreador nuevo: cuento.

Un toricántano un dia
entró á dar una lanzada,

de un su amigo apadrinado.
Airoso terció la capa,
galan requirió el sombrero,
y osado tomó la lanza
veinte pasos del toril.
Salió un toro, y cara á cara
hácia el caballo se vino,
aunque pareció anca á anca:
porque el caballo y el toro,
murmurando á las espaldas,
se echaron dos melecinas
con el cuerpo y con el hasta.
Cayó el caballero encima
del toro: sacó la espada
el tal padrino, y por dar
al toro una cuchillada,
al aijado se la dió:
y siendo de buena marca,
levantóse el caballero
preguntando en voces altas:
¿saben ustedes á quien
este hidalgo apadrinaba,
á mí ó al toro? y ninguno
le supo decir palabra.

El mismo.

La caida: cuento.

En un pozo un portugués
cayó: al verlo dijo un hombre:
valgate Dios! y el de abajo
le respondió: *ya non pode.*

El mismo.

La polla y la cama dura: cuento.

Con hambre y cansancio un dia
á una posada llegó
cierto frayle, y preguntó
á la huespeda, qué habia
que comer? *Si una gallina
no mato*, le dijo ella,
nada hay. ¿*Quién podrá comella*,
respondió con gran moina,
acabada de matar?
Tierna estará, replicó
la huespeda, *porque yo
sé un secreto singular
con que se ablande*; y cojiendo
la polla, que viva estaba,
vió que los pies la quemaba:
con que á nuestro reverendo
muy blanda le pareció;
y aunque el hambre pudo hacello,

atribuyéndolo á aquello
en la cama se acostó.
Estaba la cama dura,
tanto, que le tenia inquieto;
y él, cayendo en el secreto,
pegarla á los pies procura
la luz. Dijo al ver la llama
la huespeda: *padre, qué es*
eso? y él dijo: *nuestra ama,*
porque se ablande la cama,
quemo á la cama los pies.

El mismo.

Los boquituertos: cuento.

Desierta la boca y tuerta
tenia un rico mercader,
y un sastre acertó á tener
tuerta la boca y desierta.
Buscando iba vocací
el sastre, y cuando llegó
al mercader, preguntó:
¿tiene usarced boca si?
El, presumiendo que aquella
burla era, con gran rigor
dijo: *boca asi, señor,*
tengo: ¿qué quiere para ello?
El sastre, muy indignado,

creyó que le remedaba ;
y en tuertas voces le daba
quejas de su desenfado.
En tuertas voces tambien
el mercader se ofendia ;
y uno y otro presumia,
que el defecto era desden :
hasta que jente, que allí
á despartirlos llegó,
los dos igualmente vió,
que tenian boca asi.

El mismo.

Los alojados: cuento.

Llegando una compañía
de soldados á un lugar,
empezó un villano á dar
mil voces, en que decia :
dos soldados para mí.
Lo que escusar quieren todos,
dijo uno, ¿*con tales modos*
pides? Y él respondió: *si:*
que aunque molestias me dan,
cuando vienen, es muy justo
admitirlos por el gusto
que me hacen, cuando se van.

El mismo.

La mala merienda: cuento.

Convidóle á merendar
á un cortesano en el rio
un forastero, y muy frio
le dió un pollo al empezar.
Pidió de beber, y estaba
tan caliente la bebida,
como fria la comida:
viendo pues que nada hallaba
á propósito, cojió
el pollo, y con sutil traza
le echó dentro de la taza:
el amigo que tal vió,
¿qué haceis? dijo. El impaciente
respondió: *asi determino*
hacer, que al pollo enfrie el vino
ó el vino al pollo caliente.

El mismo.

La pasion al coche: cuento.

Murió una dama una noche;
y porque pobre murió,
licencia el vicario dió
para enterrarla en un coche.

Apenas en él la entraban,
cuando empezó á rebullir,
y mas, cuando oyó decir
á los que la acompañaban:
cochero, á san Sebastian;
pues dijo á voces: *no quiero;*
da vuelta al prado, cochero,
que despues me enterrarán.

El mismo.

El sordo: cuento.

Sordo un hombre amaneció;
y viendo que nada oia
de cuanto hablaban, decia:
¿qué diablos os obligó
á hablar hoy de aquesos modos?
Volvian á hablarle bien,
y él decia: *¡ay tal! qué den*
hoy en hablar quedo todos!

El mismo.

El niño bien criado: cuento.

A cuatro ó cinco chiquillos
daba de comer su padre

cada dia; y como eran
tantas porciones iguales,
un dia se olvidó de uno.
El, por no pedir, que es grave
desacato en los chicuelos,
estábase muerto de hambre.
Un gato maullaba entonces,
y dijo el chiquillo: *zape,*
¿de qué me pides los huesos,
si aun no me han dado la carne?

El mismo.

La precipitacion: cuento.

Un mozo enfermo tenia
de los ojos á su padre,
y curarlo pretendia:
que en efecto le queria,
como si fuera su madre.
El remedio procurando,
en un libro que se halló
de medicina, hojeando,
un capítulo encontró
de lo que andaba buscando.
Abrojos para los ojos
el primer renglon decia;
y sin leer mas sus arrojos,

como estrella que Dios guia,
fue al campo á buscar abrojos.
Dos almorzadas muy buenas
trajo, y que quiso ó no quiso,
al padre lleno de peñas
en los ojos al proviso
le puso un par de docenas.
Un lienzo muy apretado
encima le puso luego:
con que al padre desdichado
le saltaron de contado
los ojos, y quedó ciego.
A leer volvió con enojos
los renglones, y al mirarlos
despacio, vieron sus ojos:
para los ojos, abrojos:
son buenos para sacarlos.

D. Francisco de Leyba.

Descripcion satírica de Madrid.

Solana, donde me rasco
al sol de vanos favores,
vistoso campo de flores,
aunque todas de carrasco:
famoso ombligo de España,
á cuya circunferencia

la celestial influencia
con tanta dicha acompaña:
lugar, que sin ocupar,
trae todo el mundo en palmas,
lugar de infinitas almas,
porque no ocupan lugar:
lugar de incierta esperanza,
teatro donde importuna
representa la fortuna,
y la escucha la mudanza:
casa de pocas verdades
y dificultosas pruebas,
correo de todas nuevas
y de locas novedades:
lugar de tantos cuidados,
que se dan y se reciben:
lugar, donde tantos viven
envidiosos y envidiados:
adonde en enriquecer
aunque no quiera, es dichoso
quien trata en lo que es forzoso,
como comer y beber:
lugar, donde tanta jente
vive de pedir prestado,
donde solo es desdichado
el que no juega ni miente:
y donde los mas leales
soldados, con vituperios

comen en los monasterios,
mueren en los hospitales:
lugar, que de varias suertes
parece tela de araña,
que pesca moscas sin caña,
y deja animales fuertes:
lugar de varios efetos
y locas estimaciones,
donde se visten bufones
y se desnudan discretos:
lugar de amor y temor,
liberal y miserable;
donde con oro potable
se restituye el favor....
¿Mas cómo tan imprudente
os digo el moderno estado?
Hablemos en lo pasado,
y dejemos lo presente.
Sois mas antigua que Roma,
que Rómulo, Remo y Romo:
sentada estais sobre un lomo,
y por si es hembra, sea loma.
Fundacion fuistes de griegos,
en ganar el mundo rayos,
antes que hubiese lacayos
y esportilleros gallegos.
Y aunque un arroyo sin brio
os lava el pie diligente,

teneis una hermosa puente
con esperanza de rio.
Luz, que la vela retrata,
pareceis en vuestras cosas;
que castiga mariposas
y perdona á quien la mata.
Dejó la corte de daros
largo tiempo lustre y vida:
pues para ser conocida
fue necesario afrentaros.
Pero estais tan inumana
para el comer y el vestir,
que ya os pueden escribir:
muy cara y amada hermana.
Y aunque para ser eternas
aguas por caños traeis,
por mas fuentes que labreis,
mas teneis en las tabernas.
Porque sin los muchos daños
del medir los taberneros,
mas agua tienen los cueros,
que los bronces de los caños.
Los prados, en que pasean,
son y serán celebrados:
bien haceis en hacer prados,
pues hay bien para qué sean.

Lope de Vega.

Epitafio de Sempronio, cortesano.

Un jugador, que solia
de lengua, que no de manos,
ser taur de cuentos vanos,
y hablar sin ortografia,
muerto de hablar, no cansado,
yace en este espacio breve:
séale la tierra leve,
aunque él fue á todos pesado.

El mismo.

Epitafio de un médico.

Enseñé, no me escucharon:
escribí, no me leyeron:
curé mal, no me entendieron:
maté, no me castigaron.
Ya con morir satisfice:
oh muerte, quiero quejarme:
bien pudieras perdonarme
por servicios que te hice.

El mismo.

Epitafio de un guapo.

Hendí, rompí, derribé,
rajé, desice, rendí,
desafié, desmentí,
vencí, acuchillé, maté.
Soy tan bravo que me alabo
en la misma sepultura:
matóme una calentura:
¿cuál de los dos es mas bravo?

El mismo.

Epitafio de un astrólogo.

Yace un astrólogo aquí,
que á todos pronosticaba,
y que jamas acertaba
á pronosticarse á sí.
De una coz y mil molestias
le mató una mula un dia:
que entiende la astrolojía
al cielo, mas no á las bestias.

El mismo.

Quejase Manzanares de tener tan gran puente: soneto.

Quítenme aquesta puente, que me mata,
señores rejidores de la villa:
miren que me ha quebrado una costilla,
y aunque me viene grande, me maltrata.
De bola en bola tanto se dilata,
que no la alcanza á ver mi verde orilla:
mejor es que la lleven á Sevilla,
si cabe en el camino de la plata.
Pereciendo de sed en el estío,
es falsa la causal y el argumento
de que en las tempestades tengo brio.
Pues yo con la mitad estoy contento,
trayganle sus mercedes otro rio,
que le sirva de huesped de aposento.

El mismo.

Sentimientos de ausencia: soneto.

Señora mia, si de vos ausente
en esta vida duro y no me muero,
es porque como y duermo y nada espero,
ni pleiteante soy ni pretendiente.
Esto se entiende, en tanto que accidente
no siento de la falta de dinero:

que entonces se me acuerda lo que os quiero,
y estoy perjudicial é impertinente.
Sin ver las armas ni surcar los mares,
mis pensamientos á las musas fio:
sus liras son mis cajas militares.
Rico en invierno y pobre en el estío,
parezco en mi fortuna á Manzanares,
que con agua ó sin ella siempre es rio.

El mismo.

Conjura el autor á un poeta culto: soneto.

Conjúrote, demonio culterano,
que salgas de ese mozo miserable,
que apenas sabe hablar, caso notable,
y ya presume de Anfion Tebano.
Por la lira de Apolo soberano
te conjuro, cultero inexorable,
que le des libertad, para que hable
en su nativo idioma castellano.—
¿Por qué me *torques* barbara tan mente?
¿qué cultiborra y brindalin tabaco
caractiquizan toda intonsa frente?—
Habla cristiano, perro.—Soy polaco.—
Tenedle, que se vá.—No me ates, tente,
suéltame.—Aquí de Apolo.—Aquí de Baco.

El mismo.

El sabio ni teme ni pide la muerte: soneto.

Compuso un sabio, á quien su pobre suerte
apenas toga concedió raida,
un libro en vituperio de la vida,
y dos en alabanza de la muerte.
La muerte, que infamarse siempre advierte,
de tanta exaltacion desvanecida,
prometióle mostrarse agradecida
en darle tarde el virotazo fuerte.
Que no lo estimaré, te certifico,
el sabio respondió, ya calvo y ciego,
tan largo de nariz como de hocico:
Pues por tarde que vengas, será luego.
Promete, ó muerte, esa tardanza á un rico;
que yo ni te desprecio ni te ruego.

El mismo.

El mayor prodijio: soneto.

La rueda de los orbes circunstantes
pare el veloz primero movimiento:
déjese penetrar el pensamiento:
iguálese la arena á los diamantes.
Tengan entendimiento los amantes,
y falte á la pobreza entendimiento:

no tenga fuerza el oro, y por el viento
corran los africanos elefantes.
Blanco sea el cuervo y negros los jazmines:
rompan ciervos del mar los vidrios tersos,
y naden por la tierra los delfines.
No sufra la virtud casos adversos:
den los señores: hagan bien los ruines:
pues hay un hombre rico haciendo versos.

El mismo.

La suerte de los grandes injenios: soneto.

En esto de pedir los ricos, Fabio,
saben muy bien las enes y las oes;
porque por mas que la grandeza loes,
no topa con su altura mi astrolabio.
Con ser divino, que llegar al labio
no tuvo el fenix portugués Camoes:
y envuelven su cadaver en aloes
despues de muerto, contra tanto agravio.
Con dos laureles fue tan importuna
de espada y pluma su contraria suerte,
que no le dió favor persona alguna.
Decid, si algun filósofo lo advierte,
¿qué desatinos son de la fortuna
hambre en la vida y marmol en la muerte?

El mismo.

Lo que debe hacer el sabio con sus detractores: soneto.

Un lebrel irlandés de hermoso talle,
bayo entre negro de la frente al anca,
labrada en bronce y ante la carlanca,
pasaba por la marjen de una calle.
Salió confuso ejército á ladralle,
chusma de gozques roja, negra y blanca,
como de aldea furibunda arranca
para seguir al lobo en monte ó valle:
Y como escriben que la diosa trina,
globo de plata en el celeste raso,
los perros de los montes desatina,
Este hidalgo lebrel sin hacer caso,
alzó la pierna, remojó la esquina,
y por medio se fue su paso á paso.

El mismo.

El poder del tiempo: soneto.

Soberbias torres, altos edificios,
que ya cubristeis siete escelsos montes,
y aora en descubiertos horizontes
apenas de haber sido dais indicios:
Griegos liceos, célebres hospicios

de Plutarcos, Platones, Jenofontes,
teatro, que lidió rinocerontes,
olimpias, lustros, baños, sacrificios:
¿Qué fuerzas desicieron peregrinas
la mayor pompa de la gloria humana,
imperios, triunfos, armas y doctrinas?
¡O gran consuelo á mi esperanza vana!
que el tiempo, que os volvió breves ruinas,
no es mucho que acabase mi sotana!

El mismo.

Consuelo á Tamayo: soneto.

Aqui de Dios, señores. ¿Por ventura
fui yo Cain de mi inocente hermano?
¿Mate yo al rey don Sancho el castellano,
ó sin alma signé falsa escritura?
¿Púsome acaso en la tablilla el cura?
¿no soy hidalgo y montañés cristiano?
¿por qué razon con maldecirme en vano
no tengo vida ni ocasion segura?
De oir decir á todos me desmayo,
sin que haya lluvia ó trueno resonante,
que vaya á dar en casa de Tamayo.
Vuesa merced, rey mio, no se espante,
ni tenga pena que le mate el rayo:
que solo va á buscar su consonante.

El mismo.

Encarecimientos de amor : soneto.

Juana, el amor me tiene en tal estado,
que no os puedo mirar, cuando no os veo:
ni escribo, ni manduco, ni paseo
entretanto que duermo sin cuidado.
Por no tener dinero, no he comprado,
¡ó amor cruel! ni manta ni manteo :
tan vivo me derrenga mi deseo,
á la concha de Venus amarrado.
De Garcilaso es este verso, Juana:
todos hurtan : paciencia : yo os le ofrezco;
mas volviendo á mi amor, dulce tirana,
Tanto en morir y en esperar merezco,
que siento mas el verme sin sotana,
que cuanto fiero mal por vos padezco.

El mismo.

Haróscopo medio culto, medio burlesco : soneto.

Tan vergonzosa Venus, tan mirlada
Iris salió del sol, que parecia
que celosa de Dafnes daba al dia
escrúpulos de luz anticipada.
Ni aguardiente francés desentonada
vocal crepusculaba chirimía,
ni despertaba el alba á la poesía,
ni el pájaro marcial su prenda amada.

Tan ronco un buo del gaznate arranca
la arteria en voz, con tal agüero en ella,
que le quisiera dar con una tranca.
Dulce reynaba la amorosa estrella.
Yo finalmente amanecí sin blanca;
debió de ser que me acosté sin ella.

El mismo.

Burla de las descripciones inútiles: soneto.

Caen de un monte á un valle entre pizarras
guarnecidas de frájiles elechos
á la marjen, carámbanos desechos,
que cercan olmos y silvestres parras.
Nadan en su cristal ninfas bizarras,
compitiendo con él cándidos pechos,
dulces naves de amor en mas estrechos,
que las que salen de españolas barras.
Tiene este monte por vasallo á un prado,
que para tantas flores le importuna
sangre las venas de su pecho helado.

Y en este monte y líquida laguna,
para decir verdad, como hombre honrado,
jamas me sucedió cosa ninguna.

El mismo.

Los laureles poéticos: soneto.

Llevóme Febo á su Parnaso un dia,
y vi por el cristal de unos canceles
á Homero y á Virjilio, con doseles,
leyendo filosófica poesía.
Vi luego la importuna infantería
de poetas fantásticos noveles,
pidiendo por principios mas laureles,
que anima Dafnes y que Apolo cria.
Pedíle yo tambien por estudiante,
y dijome un bedel: Burguillos, quedo,
que no sois digno de laurel triunfante.
¿Por qué? le dije; y respondió sin miedo:
porque los lleva todos un tratante
para hacer escabeches en Laredo.

El mismo.

Al Parnaso: soneto.

Escelso monte, cuya verde cumbre
pisó dificil poca planta humana,
aunque fuera mejor, que fuera llana,
para subir con menos pesadumbre.
Tú que del sol á la celeste lumbre
derrites loco la guedeja cana,
y por la yerba de color de rana
deslizas su risueña mansedumbre.
A tu frente conducen mi persona,
poeta en pelo cuando tengo silla,
vanos deseos de inmortal corona.
Que para don Quijote de Castilla
desdichas me trujeron á Helicona,
pudiendome quedar en la Membrilla.

El mismo.

El soneto: soneto.

Un soneto me manda hacer Violante,
que en mi vida me he visto en tal aprieto:
catorce versos dicen, que es soneto;
burla burlando van los tres delante.
Yo pensé, que no hallara consonante
y estoy en la mitad de otro cuarteto:

mas si me hallo en el primer terceto,
no hay cosa en los cuartetos, que me espante.

Por el primer terceto voy entrando,
y aun presumo que entré con pie derecho:
pues fin con este verso le voy dando.

Ya estoy en el segundo, y aun sospecho,
que estoy los trece versos acabando;
contad si son catorce y está hecho.

El mismo.

El solitario: *romance.*

A mis soledades voy,
de mis soledades vengo;
porque para andar conmigo
me bastan mis pensamientos.
No sé que tiene la aldea,
donde vivo y donde muero,
que con venir de mí mismo,
no puedo venir mas lejos.
Ni estoy bien ni mal conmigo;
mas dice mi entendimiento,
que un hombre que todo es alma,
está cautivo en su cuerpo.

Entiendo lo que me basta;
y solamente no entiendo
como se sufre á sí mismo
un ignorante soberbio.
De cuantas cosas me cansan
facilmente me defiendo;
pero no puedo guardarme
de los peligros de un necio.
El dirá, que yo lo soy;
pero con falso argumento:
que humildad y necedad
no caben en un sujeto.
La diferencia conozco;
porque en él y en mí contemplo
su locura en su arrogancia,
mi humildad en mi desprecio.
O sabe naturaleza
mas, que supo en este tiempo,
ó tantos que nacen sabios
es porque lo dicen ellos.
Solo sé que no sé nada,
dijo un filósofo, haciendo
la cuenta con su humildad,
adonde lo mas es menos.
No me precio de entendido,
de desdichado me precio;
que los que no son dichosos,
¿cómo pueden ser discretos?

No puede durar el mundo:
porque dicen, y lo creo,
que suena á vidrio quebrado,
y que ha de romperse presto.
Señales son del juicio
ver, que todos le perdemos,
unos por carta demas,
y otros por carta de menos.
Dijeron que antiguamente
se fue la verdad al cielo:
tal la pusieron los hombres,
que desde entonces no ha vuelto.
En dos edades vivimos
los propios y los ajenos,
la de plata los estraños,
y la de cobre los nuestros.
¿A quién no dará cuidado,
si es español verdadero,
ver los hombres á lo antiguo,
y el valor á lo moderno?
Todos andan bien vestidos,
y quéjanse de los precios,
de medio arriba romanos,
de medio abajo romeros.
Dijo Dios, que comeria
su pan el hombre primero
en el sudor de su cara,
por quebrar su mandamiento.

Y algunos inobedientes
á la vergüenza y al miedo,
con las prendas de su honor
han trocado los efectos.
Virtud y filosofía
peregrinan como ciegos:
el uno se lleva al otro,
llorando van y pidiendo.
Dos polos tiene la tierra,
universal movimiento:
la mejor vida el favor,
la mejor sangre el dinero.
Oygo tañer las campanas,
y no me espanto, aunque puedo,
que en lugar de tantas cruces
haya tantos hombres muertos.
Mirando estoy los sepulcros,
cuyos mármoles eternos
están diciendo sin lengua,
que no lo fueron sus dueños.
¡O bien haya quien los hizo!
porque solamente en ellos
de los poderosos grandes
se vengaron los pequeños.
Fea pintan á la envidia;
yo confieso que la tengo
de unos hombres, que no saben
quien vive pared enmedio.

Sin libros y sin pāpeles,
sin tratos, cuentas ni cuentos,
cuando quieren escribir,
piden prestado el tintero.
Sin ser pobres, ni ser ricos,
tienen chimenea y huerto:
no los despiertan cuidados,
ni pretensiones, ni pleytos.
Ni murmuraron del grande,
ni ofendieron al pequeño;
nunca, como yo, firmaron
parabien, ni pascuas dieron.
Con esta envidia, que digo,
y lo que paso en silencio,
á mis soledades voy,
de mis soledades vengo.

El mismo.

Retrato que un criado hace
de su amo.

Mi señor, para que empiece
con verdad, señora mia,
se levanta cada dia
si amanece ó no amanece.
Hace versos arrogantes
de vapor, de rayo y nube;

y á una azotea se sube
para alcanzar consonantes.
Porque de laurel le enramen
tiene escrita una gaveta:
ser puede, por mal poeta,
secretario de un certamen.
Sale fuera mi señor,
luego que ha poetizado,
y oye misa de soldado,
como otros de cazador.
Como en tantas ocasiones
sirvió en la mar y en la tierra,
se va al consejo de guerra
á seguir sus pretensiones.
Pero viendo el desengaño
del prolijo pretender,
va á san Felipe á cojer
mentiras para su año.
Como es capitan de honor,
le escuchan mas aplaudido;
luego que bien ha mentido,
se viene á comer mejor.
A las doce en punto trata
de comer con gran sosiego;
entra en casa y dice luego:
ama, sacad la piñata.
Come con dos mil placeres,
muy llano y desenfadado,

y habla con cada bocado
de Mastric, Namur y Amberes:
aunque me tiene avisado,
si la guerra le provoca,
que al tiempo que se desboca,
le tire yo por un lado.
Que le desbalije llama:
hágolo yo sin respuesta,
y para dormir la siesta
pide el catre, que es su cama.
Vuelve luego á despertar:
y sale á ver á porfia
que pendencias aquel dia
ha habido en todo el lugar.
Va del duelo prevenido,
componedor muy severo;
y comprará con dinero
el saber quien ha reñido.
Si el duelo en dos llega á oir,
que satisfecho no está,
aunque esté acabado ya,
los hace otra vez reñir.
Viene á cenar, y empezamos
á hablar del señor infante:
que le vió en Flandes triunfante:
rompemos, desbaratamos.
Al contrario retiramos
las lagunas de Holanda

á Bolduque y á Celanda,
y luego á dormir nos vamos.

D. Francisco de Rojas.

Diálogo entre un amo duelista
y un criado suyo.

D. Lope. Moscon.

D. Lope.

Ya estamos solos, Moscon:
¿á qué á solas me has llamado,
todo el semblante turbado,
y confusa la razon?
¿qué traes? ¿qué te ha sucedido?
¿qué quieres con tus pasiones?

Moscon.

Que me escuches dos razones
cuatro dedos del oido.

D. Lope.

Di.

Moscon.

Preguntarle es forzoso (*aparte.*)
si es duelo mi bofetada.
Señor, el caso no es nada;
mas yo soy escrupuloso.
No es nada.

D. Lope.

¿Pues qué te paras?
Dilo y olvida esos miedos.

Moscon.

Con no mas de cinco dedos
me han dado en toda la cara.

D. Lope.

¡Eso sufriste! oye, espera:
mas es que lo escuche yo:
¿quién te dió y como te dió?

Moscon.

Señor, de aquesta manera. (*vá á darle*).

D. Lope.

Quita, pícaro, bufon;
y tan desonrado, estar,
cuando me ves enojar,
de chanza en esta ocasion!
?no te corres de decirlo?

Moscon.

Tiempo hay; yo me correré.

D. Lope.

Pues dime ¿sobre qué fue?

Moscon.

?Sobre qué? sobre un carrillo.

D. Lope.

Oye: ¿qué es lo que te dió,
fue puñada ó bofetada?

Moscon.

O! si me diera puñada,
no se lo sufriera yo.

D. Lope.

Eso era menos.

Moscon,

No sé
cual de los dos es mejor.

D. Lope.

A mano abierta es peor.

Moscon.

Pues de esa manera fue.

D. Lope.

¿Qué aqueso un hombre consiente?
pues aqui ¿qué hay que dudar?
¿Sonó al llegartela á dar?

Moscon.

Lo que es sonar, bravamente.

D. Lope.

Pues si tú tu agravio infieres,
y ya tu desonra ves,
estando á solas, ¿qué es
lo que preguntarme quieres?

Moscon.

Señor, el golpe supuesto
y supuesto el bofeton,
saber quiero en conclusion . . .

D. Lope.

Dilo.

Moscon.

Si quedé bien puesto.

D. Lope.

¡Qué esta razon llegue á oirle!
¿quién tal ignorancia vió?
cuando el bofeton te dió,
¿qué hiciste tú?

Moscon.

Recibirle.

D. Lope.

En fin no te satisfizo:
¿cuándo el bofeton te dió,
te hizo cara?

Moscon.

Cara no,
porque antes me la desizo.

D. Lope.

¡Qué esa ofensa en ti no labre
indignar la espada airada!

Moscon.

Dice el miedo: *á esotra espada,*
que esta vaina no se abre.

D. Lope.

Buscar quiero otro criado,
supuesto lo que te pasa:

que no ha de estar en mi casa
hombre, que está desonrado.

Moscon.

¿Qué medio hay entre los dos?

D. Lope.

Morir noble y temerario.

Moscon.

Pues, págueme mi salario,
y quedese usted con Dios.

D. Lope.

¿De suerte, Moscon, de suerte,
que cuando agraviado estás,
aun valor no mostrarás
de vengarte con su muerte?

Moscon.

¿Luego con su muerte gana
lo que perdió mi opinion?

D. Lope.

Asi habrá satisfaccion.

Moscon.

Hablarais para mañana:
lo que me habeis advertido
llega á mi honor á importarle:
¿hay mas que decir, matarle,
y hubiéralo yo entendido?
Aora, don Lope, pues
coraje y valor me sobra;

á él, manos á la obra:
buen corazon.

D. Lope.

Eso es,
ya el agravio te despierta.

Moscon.

A matarle voy derecho.

D. Lope.

Hasta volver satisfecho,
no me entres por esa puerta.

Moscon.

Vos vereis lo que yo hiciere.

D. Lope.

Que has de darle muerte, espera.

Moscon.

No está mas que en que él se muera
del golpe, que yo le diere.
Pregunto, pues sabeis de esto,
si por valor ó por suerte
él me diere á mí la muerte,
¿cuál quedará mejor puesto?

D. Lope.

Tú, Moscon, vete con Dios,
y de tu venganza trata.

Moscon.

Pues por Dios que si me mata
que me he de quejar de vos.
Aora decidme, señor:

¿será bueno en este aprieto
llevar un famoso peto
hecho á prueba de doctor?

D. Lope.

Corazon y manos, loco,
son las que dan opinion.

Moscon.

No la dará el corazon,
pero las manos tampoco.

D. Lope.

Vete.

Moscon.

Voime: mi dolor
á darle muerte me inclina.
¡Quién supiera medicina
para matarle mejor!

Del mismo.

Desafio entre Moscon y Fernando.

Moscon (solo con un rosario.)

No es nada: el señor Moscon,
porque sepan lo que pasa,
está ya en campaña rasa
á cumplir su obligacion.
Envióle un bravo papel

á Fernandillo esta tarde,
para que en san Blas me aguarde,
y un reto tendido en él.
Rezar por él es forzoso,
pues su muerte es evidente:
un hombre ha de ser valiente;
pero ha de ser muy piadoso.
El morirá malogrado;
y perdonarle quisiera,
porque esta fue la primera
bofetada que habia dado.
Pero segun la asentaba
en la parte que caía,
me pareció á mí que habia
mil años que abofeteaba.
Mas dejenme que me espante
de un disparate profundo:
¡qué haya quien riña en el mundo
sin una tabla delante!
Demos, que á las hojas llego:
demos tambien, que me dan:
¿por qué parte me darán
que no haya responso luego?
Ello hay heridas mortales
en todas las ocasiones:
el higado, los riñones,
los muslos, los atabales,
un corazon, dos tetillas,

sienes, ojos, paladar,
y en el arca del cenar
treinta varas de morcillas:
una garganta vacía,
todo un estómago abierto:
y con ser esto tan cierto,
¿hay quien riña cada dia?
¿Mas qué hago de discurrir,
cuando es mejor animarme?
Aora bien, quiero ensayarme
cómo tengo de reñir.
La espada quiero sacar,
hé aqui que estoy esperando:
hé aqui que llega Fernando,
y yo le veo llegar.
De esta manera traidor,
pagaré la bofetada.—
No se la dí yo prestada.—
¿Pues cómo?—Dada, señor.—
A satisfacer me arrojo
el duelo, que en mí se halla.—
Bravo valor!—riñe y calla:
toma, villano.—¡Ay mi ojo!
pídote, que me perdones.—
El otro ojo has de perder.—
Sin dos ojos ¿qué he de hacer?—
Irte á rezar oraciones.
Digo, que no hay que pedir,

ni que estarte arrodillando:
muere, cobarde Fernando.

Fernando (que llega).

Fernando.
¿Quién es el que ha de morir?
Moscon.
¡A qué mal tiempo ha llegado!
Fernando.
¿Qué era aquesto?
Moscon.
Señor, nada.
Fernando.
¿Pues por qué envaina la espada?
Moscon.
Porque esto ya está acabado.
Fernando.
¿Con quién la pendencia fué?
¿con quién riñó el mentecato?
Moscon.
Si no llegas tú, le mato.
Fernando.
¿Quién era el hombre?
Moscon.
No sé.
Fernando.
Ea pues ya yo he llegado

á reñir por su papel.

Moscon.

¿A quién dice usted?

Fernando.

A él

Moscon.

Mire usted que viene errado.

Fernando.

Saque pues la espada ahora,
y en sangre su acero tiña.

Moscon.

¿Dos veces quiere que riña
en un solo cuarto de hora?

Fernando.

El un papel me escribió:
bien claro está: véle aqui.

Moscon.

¿Pues qué me faltára á mi,
si hiciera esta letra yo?

Fernando.

¿Qué, no es suyo?

Moscon.

Señor, no.

Fernando.

Pues cuyo sea no sé.

Moscon.

Verdad es que le noté,
pero no le escribí yo.

Fernando.

Sin duda que está borracho:
¿no le toca á él reñir?

Moscon

No:
un muchacho le escribió:
riña usted con el muchacho.

Fernando.

¡Qué tenga tanto sosiego!
estos le da mi impaciencia. (*pegale*)

Moscon.

No me tiente de paciencia,
mire usted que se lo ruego.

Fernando.

Yo me voy.

Moscon.

No sino no.

Fernando.

¿Qué dice?

Moscon.

No sino si.

Fernando.

En fin es gallina aquí.

Moscon.

Y en principio lo fuí yo.
Hoy eternizo mi nombre
con esta primera hazaña:
si no saliera á campaña

¿que dijera de mí este hombre?
Ya estais con honra, Moscon:
ya podeis decir y hacer:
aora he echado de ver
lo que importa el corazon.

El mismo.

La fortuna: letrilla satírica.

Da bienes fortuna,
que no estan escritos:
cuando pitos, flautas:
cuando flautas, pitos.
¡Cuán diversas sendas
se suelen seguir
en el repartir
las honras y haciendas!
A unos da encomiendas,
á otros sambenitos:
cuando pitos, flautas:
cuando flautas, pitos.
A veces despoja
de choza y apero
al mayor cabrero,
y á quien se le antoja,
la cabra mas coja,
parió dos cabritos:

cuando pitos, flautas:
cuando flautas, pitos.
Porque en una aldea
un pobre mancebo
hurtó solo un huevo,
al sol bambolea:
y otro se pasea
con cien mil delitos:
cuando pitos, flautas:
cuando flautas, pitos.

D. Luis de Góngora.

La buena vida: letrilla satírica.

Ande yo caliente,
y riase la jente.
Traten otros del gobierno,
del mundo y sus monarquías,
mientras gobiernan mis dias
mantequillas y pan tierno,
y las mañanas de invierno
naranjada y aguardiente:
y riase la jente.
Coma en dorada bajilla
el príncipe mil cuidados,
como píldoras dorados:
que yo en mi pobre mesilla

quiero mas una morcilla,
que en el asador rebiente;
y riase la jente.
  Cuando cubra las montañas
de plata y nieve el enero,
tenga yo lleno el brasero
de bellotas y castañas,
y quien las dulces patrañas
del rey, que rabió, me cuente:
y riase la jente.
  Busque muy enorabuena
el mercader nuevos soles;
yo conchas y caracoles
entre la menuda arena,
escuchando á Filomena
sobre el chopo de la fuente:
y riase la jente.
  Pase á media noche el mar
y arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama;
que yo mas quiero pasar
de Yepes y Madrigal
la regalada corriente
y riase la jente.

El mismo.

La vida del muchacho: letrilla.

Hermana Marica,
mañana que es fiesta,
no irás tú á la amiga
ni yo iré á la escuela.
Pondráste el corpiño
y la saya buena,
cabezon labrado,
toca y albanega:
y á mí me pondrán
mi camisa nueva,
sayo de palmilla,
medias de estameña.
Y si hace bueno,
traeré la montera,
que me dió la pascua
mi señora abuela,
y el estadal rojo,
con lo que le cuelga,
que trujo el vecino
cuando fue á la feria.
Iremos á misa;
veremos la iglesia:
darános un cuarto
mi tia la ollera.
Compraremos dél,
que nadie lo sepa,

chochos y garbanzos
para la merienda.
Y en la tardecita
en nuestra plazuela
jugaré yo al toro,
y tú á las muñecas
con las dos hermanas
Juana y Magdalena,
y las dos primillas
Marica y la tuerta.
Y si quiere madre
dar las castañetas,
podrás tanto de ello
bailar en la puerta.
Y al son del adufe
cantará Andregúela:
no me aprovecharon
mi madre, las yerbas.
Y yo de papel
haré una librea,
teñida con moras,
porque bien parezca,
y una caperuza
con muchas almenas.
Pondré por penacho
las dos plumas negras
del rabo del gallo,
que allá en la huerta

anaranjeamos
las carnestolendas;
y en la caña larga
pondré una bandera
con dos borlas blancas
en sus trenzaderas.
Y en mi caballito
pondré una cabeza
de guadamecí
dos hilos por riendas.
Y entraré en la calle,
haciendo corbetas
yo y otros del barrio,
que son mas de treinta.
Jugarémos cañas
junto á la plazuela,
porque Bartolilla
salga acá y nos vea;
Bartola, la hija
de la panadera,
la que suele darme
tortas con manteca.

El mismo.

A un pajarito: idilio.

Yo vi sobre un tomillo
quejarse un pajarillo,

viendo su nido amado,
de quien era caudillo,
de un labrador robado.
Vile tan congojado
por tal atrevimiento,
dar mil quejas al viento,
para que al cielo santo
lleve su tierno llanto,
lleve su triste acento.
Ya con triste harmonía,
esforzando el intento,
mil quejas repetia:
ya cansado callaba,
y al nuevo sentimiento
mas sonoro volvia:
ya circular volaba:
ya rastrero corria:
ya pues de rama en rama
al rústico seguia;
y saltando en la grama
parece que decia:
dame, rústico fiero,
mi dulce compañia:
y que le respondia
el rústico: no quiero.

D. Esteban Manuel de Villegas.

Del beber: anacreóntica.

Bebe la tierra fértil,
y á la tierra las plantas,
las aguas á los vientos,
los soles á las aguas;
á los soles las lunas
y las estrellas claras:
pues ¿por qué la bebida
me vedais, camaradas?

El mismo.

Sitio delicioso: anacreóntica.

Ea, muchacho, luego
busca, busca la sombra,
y escoje un arbol verde
de ramas bullidoras;
donde soplen las auras,
donde suenen las hojas,
y una fuente perpétua
murmure con sus ondas.
Porque ¿qué pasajero
verá tan deliciosa
estancia con sus ojos,
que no pare á la hora?

El mismo.

De las riquezas: anacreóntica.

Ya de mis verdes años
como un alegre sueño
volaron diez y nueve,
sin saber donde fueron.
Yo los llamo afligido;
mas pararlos no puedo,
que cada vez mas huyen,
por mucho que les ruego:
y todos los tesoros
que guarda en sus mineros
la tierra, hacer no pueden,
que cesen un momento.
Pues lejos, ea, el oro:
¿para qué el afan necio
de enriquecerse á costa
de la salud y el sueño?
Si mas gozosa vida
me diera á mí el dinero,
ó con él las virtudes
encerrara en mi pecho,
buscáralo ¡ay! entonces
con hidrópico anelo:
pero si esto no puede,
para nada lo quiero.

D. Juan Melendez Valdés.

De mis deseos: anacreóntica.

¿Que te pide el poeta;
di, Apolo, que te pide,
cuando derrama el vaso,
cuando el himno repite?
No que le des riquezas,
que necios le codicien;
ni puestos encumbrados,
que mil cuidados siguen.
No grandes posesiones,
que abracen con sus lindes
las fértiles deesas,
que el Guadiana ciñe,
ni menos de la India
el oro y los marfiles,
preciadas esmeraldas,
lumbrosos ametistes.
Goce, goce en buen hora,
sin que yo se lo envidie,
el rico sus tesoros,
sus glorias el felice:
y el mercader ávaro,
que entre escollos y sirtes
vaga sediento de oro,
cuando la playa pise,
con jenerosos vinos
á sus amigos brinde

en la esmaltada copa,
que su opulencia indique.
Que yo en mi pobre estado
y en mi estrechez humilde
con poco estoy contento,
pues con poco se vive.
Y asi te ruego solo,
que en quietud apacible
inocentes y ledos
mis años se deslicen;
sin que á ninguno tema,
ni ajeno bien suspire,
ni la vejez cansada
de mi lira me prive.

El mismo.

La lluvia: romance.

Bien venida, ó lluvia, seas
á refrescar nuestros valles,
y á traernos la abundancia
con tu rocío agradable.
Bien vengas, ó fértil lluvia,
á dar vida á las fragrantes
flores, que por recibirte
rompen ya tu tierno caliz.
Bien vengais, alegres aguas,

fausto alivio del cobarde
labrador, que ya jemia
malogrados sus afanes.
Bajad, bajad, que la tierra
su agostado seno os abre,
y os esperan mil semillas
para al punto fecundarse.
Bajad, bajad en las alas
del vago viento: empapadle
en deliciosa frescura,
y el pecho lo aspire fácil.
Bajad. ¡Oh! como al oido
encanta el ruido suave,
que entre las trémulas hojas
cayendo las gotas hacen.
Las que al rio undosas corren
ajitando sus cristales,
en vagos círculos turban
de los árboles la imajen.
Saltando de rama en rama
regocijadas las aves,
del líquido humor se burlan
con su pomposo plumaje.
A las desmayadas vegas
en bulliciosos cantares
su salud faustas anuncian
y alegres las alas baten.
El pastor el vellon mira

del corderillo escarcharse
de aljófares, que al moverse
invisibles se desacen,
mientras él se goza y salta,
y con balidos amables
bendice al cielo, y ansioso
la mojada yerba pace.
El viento plácido aspira,
y viendo cuán manso cae
en sus campos el rocío,
el labrador se complace.
Todo brilla y se renueva;
de aromas se puebla el aire:
las tiernas mieses espigan,
y florecen los frutales.
Alzando entre hermosas nubes
el sol su trono radiante,
al iris de grana y oro
pinta en riquísimo esmalte.
La naturaleza toda
de galas se orna y renace,
ó benigna, ó vital lluvia,
con tus ondas saludables.
Ven pues oh! ven, y contigo
la rica abundancia trae,
que de frutos coronada
regocije los mortales.

El mismo.

La mañana: romance.

Dejad el nido, avecillas;
y con mil cantos alegres
saludad al nuevo dia,
que asoma por el oriente.
¡Oh, qué arreboles tan bellos!
¡Oh, cuán galan amanece,
de animada luz dorando
de los montes la alta frente!
A la aurora el manto rico
los céfiros desenvuelven,
mezclando en el horizonte
la púrpura con la nieve:
y luego inquietos vagando,
entre las flores se pierden,
el rocío les sacuden,
y sus frescas hojas mecen.
Ellas fragantes perfumes
por oblacion reverente
tributan al sol, que á darles
la vida con su luz vuelve.
¡Oh, qué bálsamo! ¡Qué olores!
¡Oh, qué gozo el alma siente
al respirarlos! del pecho
salirse absorta parece.
La vista vaga perdida.
aqui una flor la entretiene,

que de luz mil visos hace
con sus perlas trasparentes.
Alli el plácido arroyuelo,
cuyas claras linfas mueve
el viento en fáciles ondas,
apenas correr se advierte.
Mas allá el undoso rio
por la ancha vega se tiende
con majestad sosegada,
y cual cristal resplandece.
El bosque umbroso á lo lejos
la vista inquieta detiene,
y entre nieblas delicadas
cual humo se desvanece.
El vivo matiz del campo,
este cielo, que se estiende
sereno y puro, estos rayos
de luz, el tranquilo ambiente;
este tumulto, este gozo
universal, con que quieren
entonar el himno al dia
la turba de los vivientes:
¡Oh, como me encanta! ¡Oh, como
mi pecho late y se enciende,
y en la comun alegría
regocijado enloquece!
La mensajera del alba,
la alondra, mil parabienes

le rinde, y tan alto vuela,
que ya los ojos la pierden.
Tras sus nevados corderos
el pastor cantando viene
su tierno amor por el valle,
y al rayo del sol se vuelve.
El labrador cuidadoso
unce en el yugo sus bueyes,
con blanda oficiosa mano
limpiándoles la ancha frente.
El humo en las caserías
en volubles ondas crece,
y á par que en el aire sube,
se desace en sombras leves.
¡Cuán hermosa es, dulce Silvia,
la mañana! ¡Cuánto tiene
que admirar! ¡En sus primores
cómo el alma se conmueve!
Deja el lecho, y sal al campo,
que humilde á tu seno ofrece
sus nuevas flores y juntos
gocemos tantos placeres.

El mismo.

La tarde.

Ya el héspero delicioso
entre nubes agradables,
cual precursor de la noche,

por el occidente sale.
Las sombras, que le acompañan,
se apoderan de los valles;
y sobre la mustia yerba
su fresco rocío esparcen.
Su corona alzan las flores,
y de un aroma suave,
despidiéndose del dia,
embalsaman todo el aire.
El sol afanoso vuela,
y sus rayos celestiales
contemplar tibios permiten
al morir su ardiente imajen.
De la alta cima del cielo
veloz se despeña y cae
del oceano en las aguas,
que á recibirlo se abren.
¡Oh, qué visos, qué colores!
¡Qué ráfagas tan brillantes
mis ojos embebecidos
rejistran de todas partes!
Mil sutiles nubecillas
cercan su trono, y mudables
el cárdeno cielo pintan
con sus graciosos cambiantes.
Los reverberan las aguas,
y parece que retrae
indeciso el sol los pasos,

y en mirarlos se complace.
Luego vuelve, huye y se esconde,
y deja en poder la tarde
del héspero que en los cielos
alza su pardo estandarte.
Del nido al caliente abrigo
vuelan al punto las aves,
cual al seno de una peña,
cual á lo hojoso de un sauce.
Suelta el labrador sus bueyes,
y entre sencillos afanes
para el redil los ganados
volviendo van los zagales.
Lejos las chozas huméan,
y los montes mas distantes
con las sombras se confunden,
que sus altas cimas hacen.
El universo parece
que de su accion incesante
cansado, el reposo anela
y al sueño va á abandonarse.
Todo es paz, silencio todo,
todo en estas soledades
me conmueve y hace dulce
la memoria de mis males.
El verde oscuro del prado,
la niebla undosa, que á alzarse
empieza del hondo rio;

los árboles de su marjen;
su deliciosa frescura,
los vientecillos, que baten
entre las flores las alas,
y sus esencias me traen,
me enajenan y me olvidan
de las odiosas ciudades,
y de sus tristes jardines,
hijos míseros del arte.
Rica la naturaleza,
porque mi pecho se sacie,
me brinda con mil placeres
en su copa inagotable.
Yo me abandono á su impulso:
dudosos los pies no saben
dó se vuelven, dó caminan,
dó se apresuran, dó paren.
Bajo del collado al rio,
y entre las lóbregas calles
de altos árboles el pecho
lleno de pavor me late.
Miro las tajadas rocas,
que amenazan desplomarse
sobre mí, tornar oscuros
sus cristalinos raudales.
Llenanme de horror sus sombras,
y empiezo triste á quejarme
de mis amargas desdichas

y á lanzar dolientes ayes,
mientras de la luz dudosa
espira el último instante,
y la noche el velo tiende,
que el crepúsculo desace.

El mismo.

El desafio : romance morisco.

Si tienes el corazon,
Zaide, como la arrogancia,
y á medida de las manos
dejas volar las palabras:
si en la vega escaramuzas
como entre las damas hablas,
y en el caballo revuelves
el cuerpo como en las zambras:
si el aire de los boordos
tienes en jugar la lanza,
y como danzas la toca,
con la zimitarra danzas:
si eres tan diestro en la guerra
como en pasear la plaza,
y como á fiestas te aplicas,
te aplicas á la batalla:
si como el galan ornato,
usas la lucida malla,

y oyes el son de la trompa,
como el son de la dulzaina:
si como en el rogocijo
tiras gallardo las cañas,
en el campo al enemigo
le atropellas y maltratas:
si respondes en presencia
como en ausencia te alabas,
sal á ver si te defiendes,
como en el Alambra agravias.
Y si no osas salir solo,
como lo está el que te aguarda,
algunos de tus amigos
para que te ayuden saca.
Que los buenos caballeros
no en palacio ni entre damas
se aprovechan de la lengua,
que es donde las manos callan:
pero aquí, que hablan las manos,
ven y verás como habla
el que delante del rey
por su respeto callaba.
Esto el moro Tarfe escribe,
con tanta cólera y rabia,
que donde pone la pluma
el delgado papel rasga.
Y llamando á un paje suyo,
le dijo: vete al Alambra;

y en secreto al moro Zaide
da de mi parte esta carta;
y dirásle, que le espero,
donde las corrientes aguas
del cristalino Jenil
al Jeneralife bañan.

Del romancero.

Epitafio al túmulo del príncipe don Carlos.

Aqui yacen de Carlos despojos:
la parte principal volvióse al cielo:
con ella fue el valor: quedóle al suelo
miedo en el corazon, llanto en los ojos.

Fray Luis de Leon.

Las toses: epigramas.

Cuatro dientes te quedaron,
si bien me acuerdo: mas dos,
Elia, de una tos volaron,
los otros dos de otra tos.
Seguramente toser
puedes ya todos los dias:
pues no tiene en tus encias
la tercera tos que hacer.

Lupercio de Arjensola.

La providencia: soneto.

Díme, padre comun, pues eres justo,
¿por qué ha de permitir tu providencia,
que arrastrando prisiones la inocencia
suba la fraude á tribunal augusto?
¿Quién da fuerzas al brazo, que robusto
hace á tus leyes firme resistencia,
y que el celo, que mas las reverencia,
jima á los pies del vencedor injusto?
Vemos, que vibran victoriosas palmas
manos inicuas, la virtud jimiendo
del triunfo en el injusto regocijo.
Esto decia yo, cuando riendo
celestial ninfa apareció y me dijo:
ciego, ¿es la tierra el centro de las almas?

Bartolomé de Arjensola.

La astrolojía: soneto.

Bástale al dia su malicia, Fabio:
quiebra esa esfera, en cuya industria sales

á recibir los venideros males,
dos veces ofendido de un agravio.

De los vidrios soberbios, en que un sabio
copió los movimientos celestiales,
Júpiter se rió: que sus fatales
causas no las infunde al astrolabio.

Pero dirás, que en él te dá noticia,
para que apercibido las estorbes:
porque flechas previstas menos hieren.

Vive tú á la razon y á la justicia,
y caygan rotos los celestes orbes:
que no los temerás cuando cayeren.

El mismo.

Los principios del hombre: soneto.

El hombre fue de dos principios hecho,
tales, que con jactancia verdadera,
á sus ojos le alega cualquier fiera
y cualquier planta parentesco estrecho.

Pero cuando él reconoció en su pecho
la gran porcion del fuego de la esfera,
vió con admiracion de ver lo que era,
que á la divinidad tiene derecho.

Haz pues, que con trocado ministerio

á la vaga altivez del albedrío
el sentido inferior le tienda redes.
Y cuando él pretendiere, ó Fabio mio,
hacerte siervo, acuerdate que puedes
mirar esas estrellas con imperio.

El mismo.

Á Marco Bruto: soneto.

Al fin yaces, ó del valor latino
última gloria, por tu fuerte mano;
tentado habiendo reducir en vano
la libertad al orbe, de ella indino.
Tu virtud te guió, perdió el destino:
pero pudo tu esfuerzo soberano
mostrar, que fuiste capitan romano,
y solo sucesor de Bruto dino.
¡O, si ajena ambicion no te moviera
á desnudar el hierro, ó ya desnudo,
siguiera tu hazaña la ventura!
Que ninguno tu igual en Roma hubiera:
mas trajote en desprecio el hado crudo
del grave seso y la virtud segura.

Fernando de Herrera.

Al Guadalquivir: soneto.

Tú, á quien ofrece el apartado polo,
hasta donde tu nombre se dilata,
preciosos dones de luciente plata,
que envidia el rico Tajo y el Pactolo:
Para cuya corona, como á solo
rey de los rios, entreteje y ata
Palas su oliva con la rama ingrata,
que contempla en tus márjenes Apolo,
Claro Guadalquivir, si impetuoso
con crespas ondas y mayor corriente
cubrieres nuestros campos mal seguros:
De la mejor ciudad, por quien famoso
alzas igual al mar la altiva frente,
respeta humilde los antiguos muros.

D. Juan de Arguijo.

Injusticia en la distribucion de premios y castigos: soneto.

Si de un delito propio es precio en Lido
la horca y en Menandro la diadema,
¿quién pretendes, ó Júpiter, que tema

el rayo á las maldades prometido?
Cuando fueras un roble endurecido,
y no del cielo majestad suprema,
gritaras tronco á la injusticia estrema,
y Dios de mármol dieras un jemido.
Sacrilejios pequeños se castigan:
los grandes en los triunfos se coronan,
y tienen por blason que se los digan.
Lido robó una choza y le aprisionan:
Menandro un reyno, y su maldad obligan
con nuevas dignidades, que le abonan.

D. Francisco de Quevedo.

Al tiempo: soneto.

¡Cómo de entre mis manos te resvalas,
Oh, como te deslizas, edad mia!
Qué mudos pasos traes, ó muerte fria:
que con callado pie todo lo igualas!
Feroz de tierra el debil muro escalas,
en quien lozana juventud se fia:
mas ya mi corazon del postrer dia
atiende al vuelo sin mirar las alas.
¡O condicion mortal! ó dura suerte ¡
¡Qué no puedo querer vivir mañana
sin la pension de procurar mi muerte!

Cualquier instante de la vida humana
es nueva ejecucion, con que me advierte
cuán frajil es, cuán mísera, cuán vana.

El mismo.

Desengaños: soneto.

Huye sin percibirse lento el dia,
y la hora secreta y recatada
con silencio se acerca y despreciada
lleva tras sí la edad lozana mia.
La vida nueva, que en niñez ardía,
la juventud robusta y engañada
en el postrer invierno sepultada
yace entre negra sombra y nieve fria.
No sentí resvalar mudos los años;
hoy los lloro pasados, y los veo
riendo de mis lágrimas y daños.
Mi penitencia debo á mis deseos,
pues me deben la vida mis engaños,
y espero el mal que paso y no lo creo.

El mismo.

A una vid: soneto.

Sube, frondosa vid, y en estendido
ramo corona la desnuda frente
de este infelice povo, que al corriente
cristal yace, de honor destituido.
Sube, así no amancille el aterido
invierno en duro yelo tu escelente
cima, ni Febo, cuando mas ardiente
muestra á tu gloria el rayo embravecido.
Que pues cuando en su lustre florecia
te dió el áspero tronco y dilatado
seno, donde luciese tu ufanía;
Es razon, sacra vid, que el despojado
leño de verde y fresca lozanía,
ornes agora en su funesto estado.

Francisco de Rioja.

El náufrago: soneto.

Yo acabaré infelice en el ondoso
golfo, que ensaña y turba el viento airado,
pues en nevoso ivierno sulqué osado
piélago asi profundo y proceloso.
Ya me arrebata el ponto furioso,
y miro el leño en piezas desatado

entre la espuma errar, ¡ay yo cuitado!
y no el cielo á mis lágrimas piadoso.
Yo acabaré, pues me reí imprudente
del manso mar, que inmenso me rodea
y volverá en sus ondas mis desnudos
Huesos. No fie de cristal luciente,
tome ejemplo en mi mal quien no desea
ser, cual yo, pasto de nadantes mudos.

El mismo.

Á las ruinas de Salmedina: soneto.

Este ambicioso mar, que en leño alado
sulcas hoy, pesadumbre peregrina
de fundacion, en otra edad divina,
ha entre soberbias olas sepultado.
Cuando se ve ceñido y retirado,
aparece admirable alta ruina,
y la llaman, ¡O Manlio! Salmedina,
que sombra de su nombre aun no ha quedado.
¿Quién creyera, que envidia de grandeza
en lisonjero ponto se hallara?
¡O mal segura fe de agua inconstante

Borró de esta ciudad la ilustre alteza
por dilatarse, como ya borrara
el ancho imperio y el poder de Atlante.

El mismo.

A las ruinas de la Atlantida: soneto.

Este mar, que de Atlante se apellida,
en inmensas llanuras estendido,
que á la tierra amenaza embravecido,
y ella tiembla á sus olas impelida:
Cubre, Antonio, la parte mas lucida
del orbe, y yace envuelta en alto olvido:
vivir el nombre apenas ha podido,
y fue mayor que el Africa encendida:
En un sol y una sombra esta grandeza
la agua cubrió; y ¿tú temes alterado
de tus males eterna la aspereza?
¡O cuán cerca te juzgo de engañado,
si imajinas en ánimos firmeza!
que todo huye cuál sombra ó viento airado

El mismo.

La fortaleza de ánimo: soneto.

¡Como á ser inmortal, Manlio, caminas!
Pues cuando el orbe en piezas dividido
cae con ímpetu horrendo y con ruido,
intrépido te hieren sus ruinas.
Emulas, Manlio, son de las divinas
tus acciones: del número embestido,
ni paras á sus voces advertido,
ni á sus injurias aun la frente inclinas.
Asi al luciente cerco de la luna,
rayando en muda noche el oriente,
furioso can latiendo vá erizado.
Y ella igual y segura y refuljente
sube, mal advertida á la importuna
voz del can simple, en daño suyo airado.

El mismo.

A las honras de Felipe II en Sevilla:

soneto con estrambote.

¡Voto á Dios, que me espanta esta grandeza!
y que diera un doblon por describilla:

¿porque á quién no suspende y maravilla
esta máquina insigne, esta belleza?
Por Jesucristo vivo, cada pieza
vale mas de un millon, y que es mancilla
que esto no dure un siglo: ¡ó gran Sevilla,
Roma triunfante en su mayor alteza!
Apostaré, que el ánima del muerto
por gozar este sitio hoy ha dejado
el cielo, donde asiste eternamente.
Esto oyó un andaluz, y dijo: es cierto
cuanto dice voacé, seor soldado,
y quien dijere lo contrario, miente.
Y luego incontinente
caló el chapeo, requirió la espada,
miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.

Miguel de Cervantes.

ODAS.

Maravillas de la creacion.

Alaba, ó alma, á Dios. Señor, tu alteza
¿qué lengua hay que la cuente?

Vestido estás de gloria y de belleza,
y luz resplandeciente.
    Encima de los cielos desplegados
al agua diste asiento:
las nubes son tu carro: tus alados
caballos son el viento.
    Son fuego abrasador tus mensajeros,
y trueno y torbellino:
las tierras sobre asientos duraderos
mantienes de contino.
    Los mares las cubrian de primero
por cima los collados:
mas visto de tu voz el trueno fiero,
huyeron espantados.
    Y luego los subidos montes crecen:
humillanse los valles:
si ya entre sí hinchados se embravecen,
no pasarán las calles:
    Las calles que les diste y los linderos,
ni anegarán las tierras:
descubres minas de agua en los oteros,
y corre entre las tierras.
    El gamo, y las salvajes alimañas
alli la sed quebrantan,
las aves nadadoras alli bañas,
y por las ramas cantan.
    Con lluvia el monte riegas de tus
        cumbres,

y das hartura al llano :
ansi das heno al buey, y mil legumbres
para el servicio humano.
Ansi se espiga el trigo y la vid crece
para nuestra alegría :
la verde oliva ansi nos resplandece,
y el pan da valentía.
De alli se viste el bosque y la arboleda
y el cedro soberano,
adonde anida el ave, adonde enreda
su cámara el milano.
Los riscos á los corzos dan guarida,
al conejo la peña :
por ti nos mira el sol y su lucida
hermana nos enseña
Los tiempos. Tú nos das la noche oscura,
en que salen las fieras:
el tigre, que racion con hambre dura
te pide y voces fieras.
Despiertas el aurora, y de consuno
se van á sus moradas:
da el hombre á su labor sin miedo alguno
las horas situadas.
¡Cuán nobles son tus hechos, y cuán llenos
de tu sabiduría!

¿Pues quién dirá el gran mar, sus anchos senos,
y cuantos peces cria?
¿Las naves, que en él corren, la espantable
ballena, que le azota?
Sustento esperan todos saludable
de ti, que el bien no agota.

Tomamos, si tú das: tu larga mano
nos deja satisfechos:
si huyes, desfallece el ser liviano:
quedamos polvo hechos.

Mas tornará tu soplo, y renovado
repararás el mundo:
será sin fin tu gloria, y tú alabado
de todos sin segundo.

Tú, que los montes ardes, si los tocas,
y al suelo das temblores,
cien vidas que tuviera y cien mil bocas,
dedico á tus loores.

Mi voz te agradará y á mí este oficio
será mi gran contento:
no se verá en la tierra maleficio,
ni tirano sangriento.

Sepultará el olvido su memoria:
tú, alma, á Dios da gloria.

Fray Luis de Leon.

A la ascension del Salvador.

¿Y dejas, pastor santo,
tu grey en este valle hondo, escuro,
con soledad y llanto?
¿Y tú rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro?
Los antes bien hadados,
y los agora tristes y aflijidos,
á tus pechos criados,
de ti desposeidos,
¿á dó convertirán ya sus sentidos?
¿Qué mirarán los ojos,
que vieron de tu rostro la hermosura,
que no les sea enojos?
Quien oyó tu dulzura,
¿qué no tendrá por sordo y desventura?
A aqueste mar turbado
¿quién le pondrá ya freno? ¿Quién concierto
al viento fiero airado?
Estando tú encubierto,
¿qué norte guiará la nave al puerto?
¡Ay! nube envidiosa,
aun de este breve gozo ¿qué te aquejas?
¿dó vuelas presurosa?

¡Cuán rica tú te alejas!
¡Cuán pobres y cuán ciegos ¡ay! nos dejas.

El mismo.

Vida del campo.

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido,
y sigue la escondida
senda, por donde han ido
los pocos sabios, que en mundo han sido!
Que no le enturbia el pecho
de los soberbios grandes el estado,
ni del dorado techo
se admira, fabricado
del sabio moro, en jaspes sustentado.
No cura si la fama
canta con voz su nombre pregonera;
ni cura si encarama
la lengua lisonjera
lo que condena la verdad sincera.
¿Qué presta á mi contento,
si soy del vano dedo señalado,
si en busca de este viento
ando desalentado
con ansias vivas, con mortal cuidado?
¡O monte! ¡ó fuente! ¡ó rio!

¡O secreto seguro deleitoso!
Roto casi el navío,
á vuestro almo reposo
huyo de aqueste mar tempestuoso.
Un no rompido sueño
un dia puro, alegre, libre quiero:
no quiero ver el ceño
vanamente severo
de á quien la sangre ensalza ó el dinero.
Despiertenme las aves
con su cantar sabroso no aprendido:
no los cuidados graves
de que es siempre seguido
el que al ajeno arbitrio está atenido.
Vivir quiero conmigo:
gozar quiero del bien, que debo al cielo,
á solas sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanzas, de recelo.
Del monte en la ladera
por mi mano plantado tengo un huerto,
que con la primavera
de bella flor cubierto,
ya muestra en esperanza el fruto cierto.
Y como codiciosa
por ver acrecentar su hermosura,
desde la cumbre airosa
una fontana pura

hasta llegar corriendo se apresura.
Y luego sosegada
el paso entre los árboles torciendo,
el suelo de pasada
de verdura vistiendo
y con diversas flores va esparciendo.
El aire el huerto orea,
y ofrece mil olores al sentido;
los árboles menea
con un manso ruido,
que del oro y del cetro pone olvido.
Tenganse su tesoro
los que de un falso leño se confian:
no es mio ver el lloro
de los que desconfian,
cuando el cierzo y el ábrego porfian.
La combatida antena
cruje, y en ciega noche el claro dia
se torna: al cielo suena
confusa vocería,
y la mar enriquecen á porfia.
A mí una pobrecilla
mesa de amable paz bien abastada
me basta, y la bajilla,
de fino oro labrada,
sea de quien la mar no teme airada.
Y mientras miserable-
mente se estan los otros abrasando

con sed insaciable
del peligroso mando,
tendido yo á la sombra esté cantando,
A la sombra tendido,
de yedra y lauro eterno coronado,
puesto el atento oido
al son dulce acordado
del plectro sabiamente meneado.

El mismo.

Profecía del Tajo.

Folgaba el rey Rodrigo
con la hermosa Caba en la ribera
de Tajo sin testigo:
el pecho sacó fuera
el rio, y le habló de esta manera.
En mal punto te goces,
injusto forzador; que ya el sonido
oyo ya y las voces,
las armas y el bramido
de Marte, de furor y ardor ceñido.
¡Ay! ¡esa tu alegría
qué llantos acarrea! ¡y esa hermosa,
que vió el sol en mal dia,
á España ¡ay! cuán llorosa,
y al cetro de los godos cuán costosa!

Llamas, dolores, guerras,
muertes, asolamientos, fieros males
entre tus brazos cierras,
trabajos inmortales
á ti y á tus vasallos naturales.
A los que en Constantina
rompen el fertil suelo, á los que baña
el Ebro, á la vecina
Sansueña, á Lusitaña,
á toda la espaciosa y triste España.
Ya dende Cadiz llama
el injuriado conde, á la venganza
atento y no á la fama,
la bárbara pujanza,
en quien para tu daño no hay tardanza.
Oye, que al cielo toca
con temeroso son la trompa fiera,
que en Africa convoca
el moro á la bandera,
que al aire desplegada va lijera.
La lanza ya blandea
el árabe cruel y hiere el viento,
llamando á la pelea:
innumerable cuento
de escuadras juntas veo en un momento.
Cubre la jente el cielo:
debajo de las velas desparece
la mar: la voz al cielo

confusa y varia crece:
el polvo roba el dia y le oscurece.
¡Ay! que ya presurosos
suben las largas naves: ¡ay! que tienden
los brazos vigorosos
á los remos y encienden
las mares espumosas, por dó hienden.
El Eolo derecho
hinche la vela en popa, y larga entrada
por el herculeo estrecho
con la punta acerada
el gran padre Neptuno da á la armada.
¡Ay triste! ¿y aun te tiene
el mal dulce regazo? ¿ni llamado
al mal, que sobreviene,
no acorres? ¿ocupado
no ves ya el puerto de Hércules sagrado?
Acude, acorre, vuela,
traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
no perdones la espuela,
no des paz á la mano,
menea fulminando el hierro insano.
¡Ay cuanto de fatiga!
¡Ay cuanto de sudor está presente
al que viste loriga,
al infante valiente,
á hombres y caballos juntamente!
Y tú, Betis divino,

de sangre ajena y tuya amancillado,
darás al mar vecino
¡cuánto yelmo quebrado!
cuánto cuerpo de nobles destrozado!
El furibundo Marte
cinco luces las haces desordena,
igual á cada parte:
la sesta ¡ay! te condena,
ó cara patria, á bárbara cadena.

El mismo.

Noche serena.

Cuando contemplo el cielo,
de inumerables luces adornado,
y miro hácia el suelo,
de noche rodeado,
en sueño y en olvido sepultado:
El amor y la pena
despiertan en mi pecho un ansia ardiente:
despiden larga vena
los ojos hechos fuente,
Oloarte, y digo al fin con voz doliente:
Morada de grandeza,
templo de claridad y de hermosura,
el alma que á tu alteza
nació, ¿qué desventura

la tiene en esta carcel baja, escura?
¿Qué mortal desatino
de la verdad aleja asi el sentido,
que de tu bien divino
olvidado, perdido
sigue la vana sombra, el bien fingido?
El hombre está entregado
al sueño, de su suerte no cuidando,
y con paso callado
el cielo vueltas dando,
las horas del vivir le va hurtando.
¡Oh! despertad, mortales,
mirad con atencion en vuestro daño:
¿las almas inmortales,
hechas á bien tamaño,
podrán vivir de sombras y de engaño?
¡Ay! levantad los ojos
á aquella celestial eterna esfera:
burlaréis los antojos
de aquesta lisonjera
vida, con cuanto teme y cuanto espera.
¿Es mas que un breve punto
el bajo y torpe suelo, comparado
con este gran trasunto,
do vive mejorado
lo que es, lo que será, le que ha pasado?
Quién mira el gran concierto
de aquestos resplandores eternales,

su movimiento cierto,
sus pasos desiguales,
y en proporcion concorde tan iguales:
La luna como mueve
la plateada rueda, y va en pos de ella
la luz, do el saber llueve,
y la graciosa estrella
de amor la sigue reluciente y bella.
Y como otro camino
prosigue el sanguinoso Marte airado,
y el Júpiter benino,
de bienes mil cercado,
serena el cielo con su rayo amado:
Rodease en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro:
tras él la muchedumbre
del reluciente coro
su luz va repartiendo y su tesoro:
¿Quién es el que esto mira,
y precia la bajeza de la tierra,
y no jime y suspira,
y rompe lo que encierra
el alma y de estos bienes la destierra?
Aqui vive el contento:
aqui reyna la paz: aqui asentado
en rico y alto asiento
está el amor sagrado,
de glorias y deleytes rodeado.

Inmensa hermosura
aqui se muestra toda; y resplandece
clarísima luz pura,
que jamas anochece:
eterna primavera aqui florece.
¡O campos verdaderos!
¡O prados con verdad frescos y amenos!
¡riquísimos mineros!
¡O deleytosos senos!
¡repuestos valles de mil bienes llenos!

El mismo.

El orden del universo.

¿Cuando será, que pueda
libre de esta prision volar al cielo,
Felipe, y en la rueda,
que huye mas del suelo,
contemplar la verdad pura sin duelo?
Alli á mi vida junto,
en luz resplandeciente convertido,
veré distinto y junto
lo que es y lo que ha sido,
y su principio propio y escondido.
Entonces veré como
la soberana mano echó el cimiento
tan á nivel y plomo,

dó estable y firme asiento
posee el pesadísimo elemento.
Veré las inmortales
colunas, do la tierra está fundada,
las lindes y señales,
con que á la mar hinchada
la providencia tiene aprisionada.
Por qué tiembla la tierra,
por que las ondas mares se embrabecen
do sale á mover guerra
el cierzo, y por que crecen
las aguas del océano, y descrecen:
De dó manan las fuentes;
quien ceba y quien bastece de los rios
las perpétuas corrientes;
de los iviernos frios
veré las causas y de los estíos:
Las soberanas aguas
del aire en la rejion quien las sostiene:
de los rayos las fraguas:
dó los tesoros tiene
de nieve Dios; y el trueno donde viene.
¿ No ves cuando acontece
turbarse el aire todo en el verano?
Él dia se ennégrece,
sopla el gallego insano,
y sube hasta el cielo el polvo vano.
Y entre las nubes mueve

su carro Dios lijero y reluciente,
horrible son conmueve,
relumbra fuego ardiente,
treme la tierra, humillase la jente.
La lluvia baña el techo,
envian largos rios los collados;
su trabajo desecho
los campos anegados
miran los labradores espantados.
Y de alli levantado
veré los movimientos celestiales,
ansi el arrebatado,
como los naturales,
las causas de los hados, las señales.
Quien rije las estrellas
veré, y quien la enciende con hermosas
y eficaces centellas;
por que estan las dos osas
de bañarse en el mar siempre medrosas.
Veré este fuego eterno,
fuente de vida y luz, dó se mantiene:
y por que en el ivierno
tan presuroso viene:
quién en las noches largas le detiene.
Veré sin movimiento
en la mas alta esfera las moradas

del gozo y del contento,
de oro y luz labradas,
de espíritus dichosos habitadas.

El mismo.

La victoria de Lepanto.

Cantemos al Señor, que en la llanura
venció del ancho mar al trace fiero:
tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
salud y gloria nuestra:
tú rompiste las fuerzas y la dura
frente de Faraon, feroz guerrero:
sus escogidos príncipes cubrieron
los abismos del mar, y descendieron,
cual piedra en el profundo: y tu ira luego
los tragó, como arista seca el fuego.
El soberbio tirano confiado
en el grande aparato de las naves,
que de los nuestros la cerviz cautiva
y las manos aviva
al ministerio injusto de su estado,
derribó con los brazos suyos graves
los cedros mas escelsos de la cima,
y el árbol que mas yerto se sublima,
bebiendo ajenas aguas, y atrevido
pisando el bando nuestro y defendido.

Temblaron los pequeños, confundidos
del impio furor suyo: alzó la frente
contra ti, señor Dios, y con semblante
y con pecho arrogante
y los armados brazos estendidos
movió el airado cuello aquel potente:
cercó su corazon de ardiente saña
contra las dos Hesperias, que el mar baña
porque en ti confiadas le resisten,
y de armas de tu fe y amor se visten.

Dijo aquel insolente y desdeñoso:
«¿No conocen mis iras estas tierras
y de mis padres los ilustres hechos?
¿O valieron sus pechos
contra ellos con el húngaro medroso,
y de Dalmacia y Rodas en las guerras?
¿Quién las pudo librar? ¿quién de sus manos
pudo salvar los de Austria y los jermanos?
¿Podrá su Dios, podrá por suerte aora
guardallas de mi diestra vencedora?

Su Roma, temerosa y humillada,
los cánticos en lágrimas convierte:
ella y sus hijos tristes mi ira esperan,
cuando vencidos mueran.
Francia está con discordia quebrantada,
y en España amenaza horrible muerte
quien honra de la luna las banderas,

y aquellas en la guerra jentes fieras
ocupadas estan en su defensa:
y aunque no, ¿ quién hacerme puede ofensa?

Los poderosos pueblos me obedecen,
y el cuello con su daño al yugo inclinan,
y me dan por salvarse ya la mano,
y su valor es vano;
que sus luces cayendo se oscurecen.
Sus fuertes á la muerte ya caminan:
sus vírjenes están en cautiverio:
su gloria ha vuelto al cetro de mi imperio:
del Nilo á Eufrates fértil y Istro frio
cuanto el sol alto mira, todo es mio. »

Tú, señor, que no sufres que tu gloria
usurpe quien su fuerza osado estima,
prevaleciendo en vanidad y en ira,
este soberbio mira,
que tus aras afea en su victoria:
no dejes que los tuyos asi oprima,
y en su cuerpo cruel las fieras cebe,
y en su esparcida sangre el odio pruebe:
que hecho ya su oprobrio, dice: « ¿ dónde
el Dios de estos está? ¿ de quién se esconde? »

Por la debida gloria de tu nombre,
por la justa venganza de tu jente,
por aquel de los míseros jemido

vuelve el brazo tendido
contra este, que aborrece ya ser hombre,
y las honras, que celas tú, consiente;
y tres y cuatro veces el castigo
esfuerza con rigor á tu enemigo,
y la injuria á tu nombre cometida
sea el hierro contrario de su vida.

Levantó la cabeza el poderoso,
que tanto odio te tiene: en nuestro estrago
juntó el consejo, y contra nos pensaron
los que en él se hallaron.
«Venid, dijeron, y en el mar ondoso
hagamos de su sangre un grande lago:
desagamos á estos de la jente,
y el nombre de su Cristo juntamente;
y dividiendo de ellos los despojos,
hartense en muerte suya nuestros ojos.»

Vinieron de Asia y portentosa Ejito
los árabes y leves africanos,
y los que Grecia junta mal con ellos,
con los erguidos cuellos,
con gran poder y número infinito:
y prometer osaron con sus manos
encender nuestros fines y dar muerte
á nuestra juventud con hierro fuerte,
nuestros niños prender y las doncellas,
y la gloria manchar y la luz de ellas.

Ocuparon del piélago los senos,
puesta en silencio y en temor la tierra,
y cesaron los nuestros valerosos,
y callaron dudosos:
hasta que al fiero ardor de sarracenos,
el señor elijiendo nueva guerra,
se opuso el joven de Austria jeneroso
con el claro español y belicoso:
que Dios no sufre ya en Babel cautiva
que su Sion querida siempre viva.

Cual leon á la presa apercibido,
sin recelo los impios esperaban
á los que tú, señor, eras escudo:
que el corazon desnudo
de pavor, y de fe y amor vestido,
con celestial aliento confiaban.
Sus manos á la guerra compusiste,
y sus brazos fortísimos pusiste
como el arco acerado, y con la espada
vibraste en su favor la diestra armada.

Turbaronse los grandes: los robustos
rindiéronse temblando y desmayaron,
y tú entregaste, Dios, como la rueda,
como la arista queda
al ímpetu del viento, á estos injustos,
que mil huyendo de uno se pasmaron.
Cual fuego abrasa selvas, cuya llama
en las espesas cumbres se derrama,

tal en tu ira y tempestad seguiste,
y su faz de ignominia convertiste.
Quebrantaste al cruel dragon, cortando
las alas de su cuerpo temerosas
y sus brazos terribles no vencidos:
que con hondos jemidos
se retira á su cueva, dó silvando
tiembla con sus culebras venenosas,
lleno de miedo torpe sus entrañas,
de tu leon temiendo las hazañas;
que saliendo de España dió un rujido,
que lo dejó asombrado y aturdido.
Hoy se vieron los ojos humillados
del sublime varon y su grandeza,
y tú solo, señor, fuiste exaltado;
que tu dia es llegado,
señor de los ejércitos armados,
sobre la alta cerviz y su dureza,
sobre derechos cedros y estendidos,
sobre empinados montes y crecidos,
sobre torres y muros y las naves
de Tiro, que á los tuyos fueron graves.
Babilonia y Ejito amedrentada
temerá el fuego y la hasta violenta,
y el humo subirá á la luz del cielo:
y faltos de consuelo
con rostro oscuro y soledad turbada
tus enemigos llorarán su afrenta.

Mas tú, Grecia, conforme á la esperanza
ejicia, y gloria de su confianza,
triste, que á ella pareces, no temiendo
á Dios, y á tu remedio no atendiendo:
Porque ingrata tus hijas adornaste
en adulterio infame á una impia jente,
que deseaba profanar tus frutos,
y con ojos enjutos
sus odiosos pasos imitaste,
su aborrecida vida y mal presente,
Dios vengará sus iras en tu muerte;
que llega á tu cerviz con diestra suerte
la aguda espada suya: ¿quién, cuitada,
reprimirá su mano desatada?
Mas tú, fuerza del mar, tú, escelsa Tiro,
que en tus naves estabas gloriosa,
y el término espantabas de la tierra,
y si hacias guerra,
de temor la cubrias con suspiro;
¿cómo acabaste, fiera y orgullosa?
¿quién pensó á tu cabeza daño tanto?
Dios, para convertir tu gloria en llanto
y derribar tus ínclitos y fuertes,
te hizo perecer con tantas muertes.
Llorad, naves del mar, que es destruida
vuestra vana soberbia y pensamiento:
¿quién ya tendrá de ti lástima alguna,
tú, que sigues la luna,

Asia adúltera, en vicios sumerjida?
¿Quién mostrará un liviano sentimiento?
¿quién rogará por ti? que á Dios enciende
tu ira y la arrogancia, que te ofende:
y tus viejos delitos y mudanza
han vuelto contra ti á pedir venganza.

Los que vieron tus brazos quebrantados
y de tus pinos ir el mar desnudo,
que sus ondas turbaron y llanura,
viendo tu muerte oscura,
dirán, de tus estragos espantados,
»¿quién contra la espantosa tanto pudo?
El señor, que mostró su fuerte mano,
por la fe de su príncipe cristiano
y por el nombre santo de su gloria
á su España concede esta victoria.

Bendita, señor, sea tu grandeza,
que despues de los daños padecidos,
despues de nuestras culpas y castigo,
rompiste al enemigo
de la antigua soberbia la dureza.
Adórente, señor, tus escojidos:
confiese cuanto cerca el ancho cielo
tu nombre, ó nuestro Dios, nuestro con-
suelo:
y la cerviz rebelde condenada
perezca en bravas llamas abrasada.

Fernando de Herrera.

A la muerte del rey D. Sebastian.

Voz de dolor y canto de jemido,
y espíritu de miedo envuelto en ira,
hagan principio acerbo á la memoria
de aquel dia fatal aborrecido,
que Lusitania mísera suspira,
desnuda de valor, falta de gloria:
y la llorosa historia
asombre con horror funesto y triste
dende el áfrico Atlante y seno ardiente,
hasta dó el mar de otro color se viste,
y dó el límite rojo de oriente
y todas sus vencidas jentes fieras
ven tremolar de Cristo las banderas.
¡Ay de los que pasaron, confiados
en sus caballos y en la muchedumbre
de sus carros, en ti, Libia desierta!
y en su vigor y fuerzas engañados,
no alzaron su esperanza á aquella cumbre
de eterna luz: mas con soberbia cierta
se ofrecieron la incierta
victoria; y sin volver á Dios sus ojos,
con yerto cuello y corazon ufano
solo atendieron siempre á los despojos;
y el santo de Israel abrió su mano,
y los dejó y cayó en despeñadero

el carro, y el caballo y caballero.
Vino el dia cruel, el dia lleno
de indignacion, de ira y furor, que puso
en soledad y en un profundo llanto
de jente y de placer el reino ajeno.
El cielo no alumbró, quedó confuso
el nuevo sol, presago de mal tanto:
y con terrible espanto
el señor visitó sobre sus males,
para humillar los fuertes arrogantes:
y levantó los bárbaros, no iguales,
que con osados pechos y constantes
no busquen oro, mas con hierro airado
la ofensa venguen y el error culpado.
Los impios y robustos, indignados
las ardientes espadas desnudaron
sobre la claridad y hermosura
de tu gloria y valor, y no cansados
en tu muerte, tu honor todo afearon,
mezquina Lusitania sin ventura;
y con frente segura
rompieron sin temor con fiero estrago
tus armadas, escuadras y braveza.
La arena se tornó sangriento lago,
la llanura con muertos aspereza:
cayó en unos vigor, cayó denuedo:
mas en otros desmayo y torpe miedo.
¿Son estos por ventura los famosos,

los fuertes, los belíjeros varones,
que conturbaron con furor la tierra,
que sacudieron reinos poderosos,
que domaron las hórridas naciones,
que pusieron desierto en cruda guerra
cuanto el mar indio encierra,
y soberbias ciudades destruyeron?
¿Dó el corazon seguro y la osadía?
¿Cómo así se acabaron, y perdieron
tanto heróico valor en solo un dia;
y lejos de su patria derribados,
no fueron justamente sepultados?

Tales ya fueron estos, cual hermoso
cedro del alto Líbano, vestido
de ramos y hojas: con escelsa alteza
las aguas lo criaron poderoso,
sobre empinados árboles crecido,
y se multiplicaron en grandeza
sus ramos con belleza;
y estendiendo su sombra, se anidaron
las aves, que sustenta el grande cielo,
y en sus hojas las fieras enjendraron,
y hizo á mucha jente umbroso velo;
no igualó en altitud y en hermosura
jamas arbol alguno á su figura.

Pero elevóse con su verde cima
y sublimó la presuncion su pecho;
desvanecido todo y confiado,

haciendo de su alteza solo estima.
Por eso Dios lo derribó desecho,
á los impios y ajenos entregado,
por la raiz cortado:
que opreso, de los montes arrojado,
sin ramos y sin hojas y desnudo,
huyeron de él los hombres espantados,
que su sombra tuvieron por escudo:
en su ruina y ramos cuantas fueron
las aves y las fieras se pusieron.

Tú, infanda Libia, en cuya seca arena
murió el vencido reino lusitano
y se acabó su jenerosa gloria,
no estés alegre y de ufanía llena;
porque tu temerosa y flaca mano
hubo sin esperanza tal vitoria,
indina de memoria:
que si el justo dolor mueve á venganza
alguna vez el español coraje,
despedazado con aguda lanza
compensarás muriendo el hecho ultraje,
y Luco amedrentado al mar inmenso
pagará de africana sangre el censo.

El mismo.

A D. Juan de Austria, vencedor de los moriscos de Granada, y de los turcos en Lepanto.

Cuando con resonante
trueno y furor de rayo impetuoso
á Encelado arrogante
Júpiter poderoso
despeñó airado en Etna cavernoso;
Y la vencida tierra,
á su imperio rebelde, quebrantada
desamparó la guerra
por la sangrienta espada
de Marte, aun con mil muertes no domada;
En el sereno polo
con la suave cítara presente
cantó el crinado Apolo
entonces dulcemente,
y en oro y lauro coronó su frente.
La canora harmonía
suspendia de dioses el senado:
y el cielo, que movía
su curso arrebatado,
el vuelo reprimia enajenado.
Halagaba el sonido
al piélago sañudo, al raudo viento
su fragor encojido;
y con divino aliento

las musas consonaban á su intento.
Cantaba la victoria
del ejército etéreo y fortaleza,
que engrandeció su gloria;
el horror y aspereza
de la titania estirpe y su fiereza:
De Palas atenéa
el gorgóneo terror, la ardiente lanza:
del rey de la onda ejéa
la indómita pujanza,
y del herculeo brazo la venganza.
Mas del bistonio Marte
hizo en grande alabanza luenga muestra,
cantando fuerza y arte
de aquella armada diestra
que á la flegréa hueste fue siniestra.
«A tí, decía, escudo,
á tí del cielo esfuerzo jeneroso
poner temor no pudo
el escuadron sañoso
con sierpes enroscadas espantoso.
Tú solo á Oromedonte
trajiste al hierro agudo de la muerte
junto al doblado monte,
y abrió con diestra suerte
el pecho de Peloro tu hasta fuerte.
¡O hijo esclarecido
de Juno! ¡ó duro y no cansado pecho!

Por quien cayó vencido
y en peligroso estrecho
Mimante pavoroso fue desecho.
Tú, cubierto de acero,
tú, estrago de los hombres indinado,
con sangre hórrido y fiero,
rompes acelerado
del ancho muro el torreon alzado.
A ti libre ya debe
de recelo Saturnio, que el profano
linaje, que se atreve
alzar la osada mano,
sienta su bravo orgullo salir vano.
Mas aunque resplandezca
esta vitoria tuya conocida
con gloria, que merezca
gozar eterna vida,
sin que yaga en tinieblas ofendida;
Vendrá tiempo, en que tenga
tu memoria el olvido y la termine;
y la tierra sostenga
un valor tan insine,
que ante él desmaye el tuyo y se le incline.
Y el fértil occidente,
cuyo inmenso mar cerca el orbe y baña,
descubrirá presente
con prez y honor de España
la lumbre singular de esta hazaña.

Que el cielo le concede
aquel ramo de Cesar invencible,
que su valor herede,
para que al turco horrible
derribe el corazon y ardor terrible.
Vése el pérfido bando
en la fragosa, yerta aerea cumbre,
que sube amenazando
la soberana lumbre,
fiado en su animosa muchedumbre.
Y allí, de miedo ajeno,
corre cual suelta cabra, y se abalanza
con el fogoso trueno
de su cubierta estanza,
y sigue de sus odios la venganza.
Mas despues que aparece
el joven de Austria en la enriscada sierra,
frio miedo entorpece
al rebelde, y lo atierra
con espanto y con muerte la impia guerra.
Cual tempestad ondosa
con horrísono estruendo se levanta,
y la nave medrosa
de rabia y furia tanta
entre peñascos ásperos quiebranta.
O cual del cerco estrecho
el flamíjero rayo se desata
con luengo sulco hecho,

y rompe y desbarata
cuanto al encuentro su ímpetu arrebata.
La fama alzará luego
y con las alas de oro la victoria
sobre el jiro del fuego,
resonando su gloria
con puro lampo de inmortal memoria.
Y estenderá su nombre
por dó céfiro espira en blando vuelo
con ínclito renombre
al remoto indio suelo
y á dó esparce el rigor helado el cielo.
Si Peloro tuviera
parte de su destreza y valentía,
él solo te venciera,
Gradivo, aunque á porfia
tu esfuerzo acrecentaras y osadía.
Si este al cielo amparara
contra las duras fuerzas de Mimante,
ni el trance recelara
el vencedor tonante,
ni sacudiera el brazo fulminante.
Traed, cielos, huyendo
este cansado tiempo espacioso,
que oprime deteniendo
el curso glorioso:
haced que se adelante presuroso. «
Asi la lira suena,

y Jove el canto afirma, y se estremece
el Olimpo, y resuena
en torno y resplandece;
y Mavorte dudoso se oscurece.

El mismo.

La esperanza.

Alivia sus fatigas
el labrador cansado,
cuando su yerta barba escarcha cubre,
pensando en las espigas
del agosto abrasado
y en los lagares ricos del octubre:
la hoz se le descubre,
cuando el arado apaña,
y con dulces memorias le acompaña.
Carga de hierro duro
sus miembros y se obliga
el joven al trabajo de la guerra:
huye el ocio seguro;
trueca por la enemiga
su dulce, natural y amiga tierra:
mas cuando se destierra,
ó al asalto acomete,
mil triunfos y mil glorias se promete.
La vida al mar confia

y á dos tablas delgadas
el otro, que del oro está sediento;
escondesele el dia,
y las olas hinchadas
suben á combatir el firmamento:
él quita el pensamiento
de la muerte vecina,
y en el oro le pone y en la mina.
Deja el lecho caliente
con la esposa dormida
el cazador solícito y robusto:
sufre el cierzo inclemente,
la nieve endurecida;
y tiene de su afan por premio justo
interrumpir el gusto
y la paz de las fieras,
en vano cautas, fuertes y lijeras.
Premio y cierto fin tiene
cualquier trabajo humano,
y el uno llama al otro sin tardanza:
el ivierno entretiene
la opinion del verano,
y un tiempo sirve al otro de templanza:
el bien de la esperanza
solo quedó en el suelo,
cuando todos huyeron para el cielo.
Si la esperanza quitas,
¿qué le dejas al mundo?

su máquina disuelves y destruyes;
todo lo precipitas
en olvido profundo,
y del ſin natural, Flérida, huyes:
si la cerviz reuyes
de los brazos amados,
¿qué premios piensas dar á los cuidados?
   Amor en diferentes
jéneros dividido,
él publica su fin, y quien le admite,
todos los accidentes
de un amante atrevido,
nieguelo ó disimúlelo, permite:
limite, pues, limite
la avara resistencia:
que dada la ocasion, todo es licencia.

Lupercio de Arjensola.

Traduccion de la oda de Horacio

BEATUS ILLE.

   Dichoso el que apartado
de negocios imita
á la primera jente de la tierra:
y en el campo heredado
de su padre ejercita
sus bueyes, y la usura no le aſierra:

no le despierta la espantosa guerra,
ni el mar con son horrendo le amenaza:
huye la curial plaza,
y las soberbias puertas de los vanos,
ricos y poderosos ciudadanos.
Mas las vides crecidas
con olmos acomoda:
ó en el remoto valle huelga, viendo
sus vacas esparcidas.
El ramo inútil poda,
mejor en su lugar otro injiriendo,
y la miel en vasijas esprimiendo.
Sus ovejas trasquila; y cuando empieza
á mostrar su cabeza
coronada el otoño, coje ufano
la pera enjerta de su propia mano:
O el maduro racimo,
que competir parece
con la púrpura misma, juntamente
á tí, Priapo, ofrece,
ó á Silvano, en los campos presidente:
y mientras su cuidado le consiente
bajo la antigua encina hacer su cama
de tenaz verde grama,
al sueño le convidan los suaves
murmurios de las aguas y las aves.
O cuando nos fatiga
en el ivierno helado

Júpiter con las lluvias y la nieve,
con sus perros obliga
al jabalí acosado
á que sus redes y asechanzas pruebe,
y que su mismo engaño al tordo cebe,
que la cobarde liebre en lazos muera
ó la grulla estranjera.
¿Quien con esto no olvida los cuidados,
que son del fiero amor solicitados?

Pues si alivia el cuidado
de los hijos y casa,
cual la Sabina la mujer honesta,
ó cual la del cansado
Pulles, que al sol se abrasa;
y antes que venga su marido, presta,
(la seca leña al sacro fuego puesta,
las mansas ovejuelas ordeñadas
y en setos encerradas)
viandas no compradas apareja,
sacando el vino de la pipa añeja.

No las ostras lucrinas,
el rombo ni otros peces,
de los que con los hielos nos envian
las borrascas marinas
del carpacio á las veces;
ó las aves, que en Africa se crian,
á mi vientre mejor descenderian,
que de los ramos fértiles algunas

moradas aceitunas,
que la malva ó de lápato la yerba,
que al cuerpo da salud y lo conserva:
O la muerta cordera
en las fiestas sagradas,
ó el cabrito, que el lobo vió en sus dientes;
y ver de esta manera
á casa repastadas
volver las ovejuelas dilijentes,
ó los cansados bueyes con las frentes
bajas traer la esteva del arado:
y el lugar rodeado
de esclavos, que al enjambre se parecen
en quien las casas ricas resplandecen.
Mientras Alfio usurero
estas cosas relata,
mediado el mes recoje su dinero,
y de ser labrador rústico trata:
mas luego á las calendas
lo vuelve á dar á usura sobre prendas.

El mismo.

A las ruinas de Itálica.

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves aora
campos de soledad, mustio collado,
fueron un tiempo Itálica famosa:

Aquí de Cipion la vencedora
colonia fue: por tierra derribado
yace el temido honor de la espantosa
muralla, y lastimosa
reliquia es solamente.
De su invencible jente
solo quedan memorias funerales,
donde erraron ya sombras de alto ejemplo:
este llano fue plaza, aquel fue templo:
de todo apenas quedan las señales:
del jimnasio y las termas regaladas
leves vuelan cenizas desdichadas:
las torres, que desprecio al aire fueron,
á su gran pesadumbre se rindieron.
   Este despedazado anfiteatro,
impío honor de los dioses, cuya afrenta
publica el amarillo jaramago,
ya reducido á trágico teatro,
¡ó fabula del tiempo! representa
cuanta fue su grandeza y es su estrago.
¿Como en el cerco vago
de su desierta arena
el gran pueblo no suena?
¿Donde, pues fieras hay, está el desnudo
luchador? ¿donde está el atleta fuerte?
Todo despareció: cambió la suerte
voces alegres en silencio mudo:
mas aun el tiempo da en estos despojos

espectáculos fieros á los ojos ;
y miran tan confusos lo presente,
que voces de dolor el alma siente.

Aquí nació aquel rayo de la guerra,
gran padre de la patria, honor de España,
pio, felice, triunfador Trajano:
ante quien muda se postró la tierra,
que ve del sol la cuna, y la que baña
el mar tambien vencido gaditano.
Aqui de Elio Adriano,
de Teodosio divino,
de Silio peregrino
rodaron de marfil y oro las cunas:
aqui ya de laurel, ya de jazmines
coronados los vieron los jardines
que aora son zarzales y lagunas:
casas, jardines, césares murieron,
y aun las piedras, que de ellos se escri-
bieron.

Fabio, si tú no lloras, pon atenta
la vista en luengas calles destruidas:
mira mármoles y arcos destrozados:
mira estatuas soberbias, que violenta
Némesis derribó, yacer tendidas:
y ya en alto silencio sepultados
sus dueños celebrados.
Asi Troya figuro,
asi su antiguo muro,

y á ti, Roma, á quien queda el nombre
apenas,
ó patria de los dioses y los reyes!
Y á ti, á quien no valieron justas leyes,
fábrica de Minerva, sabia Atenas,
emulacion ayer de las edades,
hoy cenizas, hoy vastas soledades:
que no os respetó el hado, no la suerte,
¡ay! ni por sábia á ti, ni á ti por fuerte.
¿Mas para qué la mente se derrama
en buscar al dolor nuevo argumento?
Basta ejemplo menor, basta el presente:
que aun se ve el humo aquí, se ve la
llama,
aun se oyen llantos hoy, hoy ronco acento:
tal jenio ó relijion fuerza la mente
de la vecina jente,
que refiere admirada,
que en la noche callada
una voz triste se oye, que llorando,
cayó Itálica, dice, y lastimosa
eco reclama *Itálica* en la hojosa
selva, que se le opone resonando
Itálica: y el claro nombre oido
de *Itálica*, renuevan el jemido
mil sombras nobles de su gran ruina:
¡tanto aun la plebe á sentimiento inclina!

Francisco de Rioja.

A la pobreza: silva.

Desde el infausto dia,
que visité con lágrimas primeras,
me tienes ¡ó pobreza! compañia:
aunque tan buena, como dicen, fueras,
por ser tanto de mí comunicada,
me vinieras á ser menospreciada.
Diré tus males, sin que mucho aonde
en ellos, que es muy raro
lo que por glorias tuyas contar puedes:
tal vez el que en su casa un monte asconde
de Numidia y de Paro
en aras y paredes,
cuando entre el blando lino se rodea,
puesto de los cuidados en el fuego,
sin conocerte alaba tu sosiego,
y nunca, aunque lo alaba, lo desea:
llegas á ser de alguno al fin loada,
mas de ninguno apenas deseada.
Si eres tú de los males
el que nos tratas con mayor crueza,
¿cómo podrá ninguno codiciarte?
Despues que nació el oro,
y con él la grandeza,
murió tu ser, murió tu igual decoro,

en otra edad divino;
y por eso, pobreza, en toda parte,
con enfermo color andas contino.
Con preciosos metales
siempre veo levantado
lo que tienes tú sola derribado.
¿Qué ciudad populosa
se sabe que por ti se haya fundado?
¿Qué fuerza inespugnable y espantosa
por ti se ha fabricado?
El suave color, la hermosura
solo en tu ausencia con su lustre dura.
Pintame la belleza
mayor, que imajinares,
compuesta de jazmines y de grana:
si con vestido tuyo la adornares,
su lustre pierde y gracia soberana.
Pues cuando el agro ivierno,
hijo tuyo sin duda,
que como tú tambien siempre desnudo,
roba al bosque el verdor y lo despoja,
pobre por ti su frente,
ni su sombra codicia ya la jente,
ni sus ramas las aves.
Y si yo vanamente no discierno,
¿cuando armarse pudieron vastas naves
donde se vió tu sombra?
El número infinito de sucesos,

què por ti han avenido, ¿á quién no asombra?
Hablen los nunca sepultados huesos,
que en las playas blanquean,
de tantos, que por falta de sustento
al mar rindieron el vital aliento.
¿Cuantos has escondido
en los anchos desiertos,
para que al mas seguro caminante
asalten encubiertos?
¿O en cuantas partes se verá teñido
el campo con la sangre de los muertos?
No hay voz, aunque de hierro, que bastante
sea á decir los males, que acarrean
duras necesidades.
Los que pobres habitan las ciudades,
¿qué afrenta no padecen?
Lo que por sus injenios merecieron,
¡ó pobreza! por ti lo desmerecen.
¿Qué pobre hubo discreto?
¿Cuando tuvo amistades,
que aun con pequeño honor correspondieron?
¿Cuando con la pobreza algun respeto
jamas se tuvo á las tendidas canas,
que tú de blanca nieve, edad, coloras?
¡O de la humana jente mentes vanas!

No cuideis á despecho
de vuestra pobre y mísera fortuna
levantaros al cerco de la luna.
Mirad, que cuantos hijos van saliendo
del nunca en vano frecuentado lecho,
tantos esclavos hoy os van creciendo,
que ocupeis en mezquina servidumbre
no sin tormento vuestro, no sin llanto:
¿qué vale, ó pobres, levantaros tanto?
Mirad, que es necio error, necia costumbre
soltar á la soberbia asi la rienda:
que yo apenas, humilde y sin contienda,
puedo contar en paz algunas horas
de las que paso en el silencio oscuro,
olvidado en pobreza y no seguro.

El mismo.

A la rosa: silva.

Pura encendida rosa,
émula de la llama,
que sale con el dia,
¿como naces tan llena de alegria,
si sabes, que la edad, que te da el cielo
es apenas un breve y veloz vuelo?
Y ni valdran las puntas de tu rama,

ni tu púrpura hermosa
á detener un punto
la ejecucion del hado presurosa.
El mismo cerco alado,
que estoy viendo riente,
ya temo amortiguado
presto despojo de la llama ardiente.
Para las hojas de tu crespo seno
te dió amor de sus alas blandas plumas,
y oro de su cabello dió á tu frente.
¡O fiel imajen suya peregrina!
Bañóte en su color sangre divina
de la deidad, que dieron las espumas:
y esto, purpúrea flor, y esto no pudo
hacer menos violento el rayo agudo.
Robate en una hora,
robate licencioso su ardimiento
el color y el aliento:
tiendes aun no las alas abrasadas,
y ya vuelan al suelo desmayadas.
Tan cerca, tan unida
está al morir tu vida,
que dudo si en sus lágrimas la aurora
mustia tu nacimiento ó muerte llora.

El mismo.

A Tirsi, persuadiendole á no esponer su nave á la braveza del mar airado.

¡Tirsis, ah Tirsis! vuelve y endereza
tu navecilla contrastada y frájil
á la seguridad del puerto: mira,
que se te cierra el cielo.
El frio Boreas y el ardiente Noto,
apoderados de la mar insana,
anegaron agora en este piélago
una dichosa nave.
Clamó la jente mísera, y el cielo
escondió los clamores y jemidos
entre los rayos y espantosos truenos
de su turbada cara.
¡Ay, qué me dice tu animoso pecho,
que tus atrevimientos mal rejidos
te ordenan algun caso desastrado
al romper de tu oriente!
¿No ves, cuitado, que el hinchado Noto
trae en sus remolinos polvorosos
las imitadas mal seguras alas
de un atrevido mozo?
¿No ves, que la tormenta rigorosa
viene del abrasado monte, donde
yace muriendo vivo el temerario
Encelado y Tifío?

Conoce, desdichado, tu fortuna,
y preven á tu mal: que la desdicha
prevenida con tiempo no penetra
tanto como la súbita.

¡Ay, que te pierdes! Vuelve, Tirsis, vuelve:
tierra, tierra, que brama tu navio,
hecho prision y cueva sonorosa
de los hinchados vientos.

Allá se avenga el mar, allá se avengan
los mal rejidos súbditos del fiero
Eolo con soberbios navegantes,
que su furor desprecian.

Miremos la tormenta rigurosa
desde la playa: que el airado cielo
menos se encruelece de contínuo
con quien se anima menos.

El bachiller Francisco de la Torre.

Vanidad del poder y la grandeza.

¿Quién dijera á Cartago,
que en tan poca ceniza el caminante
con pies soberbios pisaria sus muros?
¿Qué presagio pudiera ser bastante
á persuadir á Troya el fiero estrago,
que fue venganza de los griegos duros?

¿De qué divina y cierta profecía
la gran Jerusalen no se burlaba?
¿A qué verdad no amenazó desprecio
Roma, cuando triunfaba
segura de llorar el postrer dia
con tanto Cesar, Marco-Bruto y Decio?
Y ya de tantas vanas confianzas
apenas se defiende la memoria
de las escuras manos del olvido.
¡Qué burladas estan las esperanzas,
que á sí se prometieron tanta gloria!
¡Cómo se ha reducido
toda su fama á un eco!
Adonde fue Sagunto, es campo seco:
contenta está con yerba aquella tierra
que al cielo amenazó con ira y guerra.
Descansan Creso y Craso
vueltos menudo polvo en frájil vaso.
De Alejandro y Darío
duermen los blancos huesos:
que todo al fin es juego de fortuna
cuanto ven en la tierra sol y luna.
Y así, abrazando noble desengaño,
vengo á juzgar, que tengo tantas vidas
como tiene momentos cada un año:
y con voces del ánimo nacidas,
viendo acabado tanto reino fuerte,
agradezco á la muerte

con temor escesivo;
todas las horas, que en el mundo vivo;
si vive alguna de ellas
quien las pasa en el miedo de perdellas.

D. Francisco de Quevedo.

Prosperidad aparente de los malos.

En medio de su gloria así decia
el pecador: «en vano
tender puede el señor su débil mano
sobre la suerte mia.
A las nubes mi frente se levanta,
y en el cielo se esconde:
¿donde está el justo? ¿las promesas donde
del Dios, que humilde canta?
Hiel es su pan, y miel es mi comida;
y espinas son su lecho.
Con su inútil virtud ¿que fruto ha hecho?
Insidiemos su vida.
A hierro por mis hijos sean taladas
sus casas y heredades:
y ellos mi ínclita fama á las edades
lleven mas apartadas.
Que el nombre de los buenos como nube
se desace en muriendo:

solo el del poderoso va creciendo,
y á las estrellas sube.
Caiga, caiga en mis redes su simpleza.»
El habló, yo pasaba:
mas al tornar por verle la cabeza,
ya no hallé donde estaba.
Su gloria se desizo: sus tesoros
carbones se volvieron:
sus hijos al abismo descendieron:
sus glorias fueron lloros.
La confusion y el pasmo en su alegría
los pasos le tomaron:
y entre los lazos mismos le enredaron,
que al bueno prevenia.
Del injusto opresor esta es la suerte:
no brillará su fuego;
y andará entre tinieblas como ciego,
sin que camino acierte.
La muerte le amenaza: los disgustos
le esperan en el lecho:
contino un aspid le devora el pecho:
contino vive en sustos.
Amanece, y la luz le da temores:
la noche en sombras crece;
y á solas del averno le parece
sentir ya los horrores.
Dará huyendo del fuego en las espadas:
el señor le hará guerra:

y caerán sus maldades á la tierra,
del cielo reveladas.
Porque del bien se apoderó inumano
del huerfano y viuda,
le roerá las entrañas hambre aguda,
y huirá el pan de su mano.
Su edad será marchita como el heno:
su juventud florida
caerá, cual rosa del granizo herida
enmedio el valle ameno.
Tal es, gran Dios, del pecador la suerte:
pero al justo, que fia
en tu promesa, y por tu ley se guia,
jamas llega la muerte.
Sus años correrán, cual bullicioso
arroyo en verde prado:
y cual fresno á sus márjenes plantado
se estenderá dichoso.

D. Juan Melendez Valdes.

La presencia de Dios.

Do quiera que los ojos
inquieto torno en cuidadoso anelo,
alli, gran Dios, presente
atónito mi espíritu te siente.
Alli estás, y llenando

la inmensa creacion, so el alto empíreo
velado en luz te asientas,
y tu gloria inefable á un tiempo ostentas.
La humilde yerbecilla,
que huello, el monte, que de eterna nieve
cubierto se levanta,
y esconde en el abismo su honda planta;
El aura, que en las hojas
con leve pluma susurrante juega,
y el sol, que en la alta cima
del cielo ardiendo el universo anima:
Me claman, que en la llama
brillas del sol: que sobre el raudo viento
con ala voladora
cruzas del occidente hasta la aurora:
Y que el monte encumbrado
te ofrece un trono en su nevada cima;
y la yerbilla crece
por tu soplo vivífico y florece.
Tu inmensidad lo llena
todo, señor, y mas; del invisible
insecto al elefante,
del átomo al cometa rutilante.
Tú á la tiniebla oscura
das su pardo capuz, y el sútil velo
á la alegre mañana,
sus huellas matizando de oro y grana.

Y cuando primavera
desciende al ancho mundo, afable ries
entre sus gayas flores,
y te aspiro en sus plácidos olores.
Y cuando el inflamado
Sirio mas arde en congojosos fuegos,
tú las llenas espigas
volando mueves, y su ardor mitigas.
Si entonce al bosque umbrío
corro, en su sombra estás, y allí atesoras
el frescor regalado,
blando alivio á mi espíritu cansado.
Un relijioso miedo
mi pecho turba, y una voz me grita:
«en este misterioso
silencioso mora: adorale humildoso.»
Pero á par en las ondas
te hallo del hondo mar: los vientos llamas,
y á su saña lo entregas,
ó si te place, su furor sosiegas.
Por do quiera, infinito
te encuentro y siento, en el florido prado
y en el luciente velo,
con que tu umbrosa noche entolda el cielo.
Que del átomo erês
el Dios, y el Dios del sol, del gusanillo,
que en el vil lodo mora,

y el anjel puro, que tu lumbre adora.
 Igual sus himnos oyes,
y oyes mi humilde voz, de la cordera
el plácido balido
y del leon el hórrido rujido.
 ¿Y á todos dadivoso
acorres, Dios inmenso, en todas partes
y por siempre presente.
¡Ay! oye á un hijo en su rogar ferviente.
 Oyele blando y mira
mi deleznable ser: dignos mis pasos
de tu presencia sean:
y do quier tu deidad mis ojos vean.
 Hinche el corazon mio
de un ardor celestial, que á cuanto existe
como tú se derrame,
y ¡ó Dios de amor! en tu universo te ame.
 Todos tus hijos somos:
el tártaro, el lapon, el indio rudo,
el tostado africano
es un hombre, es tu imajen y es mi hermano.

El mismo.

A la muerte de la reina doña Margarita.

 Ya que en silencio mi dolor no iguale,
ni mis ocultas lagrimas y llanto

al superior afecto, que las vierte,
justo será, que mi funesto canto
las acompañe, y que del alma exale
nuevos clamores de tristeza y muerte.
Y pues me ofrece la contraria suerte
presente el caso mas infausto y grave,
que caber pudo en su rigor violento,
que así mi sentimiento
llegue al estremo, que en mis fuerzas cabe:
mas vence su rigor las fuerzas mias,
ni admite el grave daño recompensa,
faltando á España su mayor tesoro.
Y yo, aunque ciego de perpétuo lloro
quiera sentir su rigurosa ofensa,
veré primero en las cenizas frias,
por quien suspiro, fenecer mis dias,
que de llorarlas quede satisfecho
mi estilo y pluma, ni mi lengua y pecho.
¿Quién vió tal vez en áspera campaña
arbol hermoso, cuya rama y hoja,
cubre la tierra de verdor sombrío,
donde el ganado cándido recoja,
alejado el pastor de su cabaña,
y alli resista al caluroso estío?
La planta con ilustre señorío
ofrece de su tronco y de sus flores
y de su hojoso toldo y fruto opimo
olor y dulce arrimo,

sustento y sombra á ovejas y pastores:
hasta que la segur de avara mano
sus fértiles raices desenvuelve
atormentando en torno su terreno,
por dar materia al edificio ajeno.
Siente la noche el ganadillo, y vuelve
al caro alvergue, procurado en vano:
y viendo de su abrigo yermo el llano,
forma balido ronco, y su lamento
esparce ¡ay triste! y su dolor al viento.
No de otra suerte, ó planta jenerosa,
que adornas los alcázares del cielo,
prestaste arrimo, sombra y acojida
al pueblo grato del iberio suelo.
Dió tu heróica virtud, cual flor hermosa
olor, que ha penetrado la estendida
rejion eterea: asi desposeida
viendose España de la prenda suya,
tembló al severo golpe de la parca,
y en torno su comarca
fue quebrantada con la ausencia tuya.
Hoy los que en ti gozaron tan colmada
copia de frutos, sus ofensas miden
con largas quejas, y á llorar forzados
con espantables rostros, erizados,
suspiros tantos de dolor despiden,
que para su querella congojada
ya faltan fuerzas á la voz cansada;

y si reducen á llorar los brios,
tambien para los ojos faltan rios.
Ni ya reprime su lamento vano
verte en el cielo mejorar de imperios,
de escelsos tronos y coronas santas;
y que en vez de los príncipes iberios,
que se postraban á besar tu mano,
hoy las estrellas besarán tus plantas:
ni el ver que á España dejas prendas tantas,
nobles centellas de tu sacro fuego,
á cuyo cetro y próspero gobierno
darás favor eterno,
si á Dios presentas de su parte el ruego.
Ni nos basta mirar tu viva lumbre,
al sol, de quien fue rayo, siempre unida,
y prestando esplendor al alto cielo;
ni el ver por muestras de tu santo celo
modernos templos, que en edad florida
han de lograr su escelsa pesadumbre,
y en cuanto el rojo Febo el mundo alumbre,
honrar, solemnizando tu corona,
su viva siempre liberal patrona.
Por mas que el tiempo y la razon porfie
á divertir el ánimo aflijido
de su entrañable y vivo sentimiento,
no habrá razon, ó tiempo ó largo olvido,
que nuestro luto funeral desvíe
del siempre fatigado pensamiento:

siempre al disgusto cederá el contento
en mísera contienda; y por despojos
verás sin ti nuestros humildes pechos,
que en llanto ya desechos
el corazon destilen por los ojos.
Tu muerte llorarán los pardos chinos,
los indios negros y alemanes rubios,
que en ti perdieron su imperial grandeza:
daráte el mundo con igual tristeza
flébil tributo en lluvias y diluvios;
porque si á los distantes y vecinos
reinos tus ojos vuelves, ya divinos,
veas que te llora con amor profundo,
si no cual debe, como puede el mundo.

D. Juan de Jauregui.

A la armada que Felipe II envió contra Inglaterra.

Levanta, España, tu famosa diestra
desde el frances Pirene al moro Atlante:
y al ronco son de trompas belicosas
haz envuelta en durísimo diamante
de tus valientes hijos feroz muestra,
debajo de tus señas victoriosas,
tal, que las flacamente poderosas
tierras, naciones contra tu fe armadas,
al claro resplandor de sus espadas

y á la de sus arneses fiera lumbre
con mortal pesadumbre
ojos y espaldas vuelvan,
y como al sol las nieblas se revuelvan,
ó cual la blanda cera desatados,
á los dorados luminosos fuegos
de los yelmos grabados
queden, como de fe, de vista ciegos:
tú, que con celo pio y noble saña
el seno undoso al húmido Neptuno
de selvas inquietas has poblado,
y cuantos en tus reinos uno á uno
empuñan lanza, contra la Bretaña,
sin perdonar al tiempo, has enviado
en número de todo tan sobrado,
que á tanto leño el húmedo elemento
y á tanta vela es poco todo el viento.
Fia, que en sangre del inglés pirata
teñirá de escarlata
su color verde y cano
el rico de ruinas Oceano;
y aunque de lejos con rigor traidas,
ilustrará tus playas y tus puertos
de banderas rompidas,
de naves destrozadas, de hombres muertos.
¡Oh ya isla catolica y potente,
templo de fe, ya templo de herejía,
campo de Marte, escuela de Minerva,

digna de que las sienes, que algun dia
ornó corona real de oro luciente,
ciña guirnalda vil de estéril yerba!
Madre dichosa y obediente sierva
de Arturos, de Eduardos y de Enricos,
ricos de fortaleza y de fe ricos;
aora condenada á infamia eterna
por la que te gobierna
con la mano ocupada
del uso en vez del cetro y de la espada.
Tú en tanto mira allá los otomanos,
las jonias aguas, que el Sicano bebe,
sembrar de armados árboles y entenas,
y con tirano orgullo en tiempo breve,
domando cuellos y ligando manos,
y sus remos hiriendo las arenas,
despoblar islas y poblar cadenas.
Mas cuando su arrogancia y nuestro ultraje
no encienda en tí un católico coraje,
mira, si con la vista tanto vuelas,
entre hinchadas velas
el soberbio estandarte,
que á los cristianos ojos, no sin arte,
como en desprecio de la cruz sagrada,
mas desenvuelve, mientras mas tremola,
entre lunas bordada
del caballo feroz la crespa cola.

Fija los ojos en las blancas lunas,
y advierte bien en tanto que tú esperas
gloria naval de las britanas lides,
no se calen rayendo tus riberas,
y pierdan el respeto á las colunas,
llaves tuyas y término de Alcides.
Mas si con la importancia el tiempo mides,
enarbola, ó gran madre, tus banderas,
arma tus hijos, vara tus galeras:
y sobre los castillos y leones,
que ilustran tus pendones,
levanta aquel leon fiero
del tribu de Judá, que honró el madero:
que él hará, que tus brazos esforzados
llenen el mar de bárbaros nadantes,
que entreguen anegados
al fondo el cuerpo, al agua los turbantes.

D. Luis de Góngora.

A Pedro Romero, torero insigne.

Cítara aurea de Apolo, á quien los dioses
hicieron compañera
de los rejios banquetes, y ¡oh sagrada
musa, que el bosque de Helicon venera,

no es tiempo que reposes!
Alza el divino canto y la acordada
voz hasta el cielo osada,
con eco que supere resonante
á el estruendo confuso y vocería,
popular alegría
y aplauso cortesano triunfante,
que se escucha distante
en el sangriento coso matritense,
en cuya arena intrépido se planta
el vencedor circense,
lleno de glorias, que la fama canta.
Otras quiere adquirir; y así de espanto
y de placer se llena
la villa, que domina entrambos mundos:
corre el vulgo anelante, rumor suena,
y se corona en tanto
de bizarros galanes sin segundos
y atletas furibundos
el ancho anfiteatro: allí se asoma
todo el reyno de amor, y la hermosura,
que á Venus desfigura,
y no hay humano pecho que no doma,
(baldon de Grecia y Roma)
y en opulencia y aparato hesperio
muestra Madrid cuanto tesoro encierra
corte de tanto imperio,
del mayor soberano de la tierra.

Pasea la gran plaza el animoso
mancebo, que la vista
lleva de todos, su altivez mostrando,
ni hay corazon, que esquivo le resista.
Sereno el rostro hermoso,
desprecia el riesgo, que le está esperando:
le va apenas ornando
el bozo el labio superior, y el brio
muestra y valor en años juveniles
del iracundo Aquiles.
Va ufano al espantoso desafío:
¡con cuanto señorío!
¡qué ademan varonil! ¡qué jentileza!
Pides la venia, hispano atleta, y sales
en medio con braveza,
que llaman ya las trompas y timbales.
No se miró Jason tan fieramente
en Colcos embestido
por los toros de Marte ardiendo en llamas,
como precipitado y encendido
sale el bruto valiente,
que en las márjenes corvas de Jarama
rumió la seca grama.
Tú le esperas, á un numen semejante,
solo con debil, aparente escudo,
que dar mas temor pudo:
el pie siniestro y mano está delante:
ofrecesle arrogante

tu corazon que hiera, el diestro brazo
tirado atrás con alta gallardía:
deslumbra hasta el recazo
la espada, que Mavorte envidiaría.
Horror pálido cubre los semblantes,
en trasudor bañados,
del atónito vulgo silencioso:
das á las tiernas damas mil cuidados
y envidia á sus amantes:
todo el concurso atiende pavoroso
el fin de este dudoso
trance. La fiera, que llamó el silvido,
á ti corre veloz, ardiendo en ira,
y amenazando mira
el rojo velo al viento suspendido.
Da tremendo bramido,
como el toro de Fálaris ardiente,
hácese atras, resopla, cabecéa,
eriza la ancha frente,
la tierra escarba, y larga cola ondéa.
Tu anciano padre, el gladiator ibero,
que á Grecia España opone,
con el silvestre olivo coronado;
por quien la áspera Ronda ya se pone
sobre Elis, y el lijero
Asopo el raudo curso ha refrenado,
cediendo al despeñado
Guadalentin: tu padre, que el famoso

nombre y valor en ti ve renovarse,
no puede serenarse;
hasta que mira al golpe poderoso
el bruto impetuoso
muerto á tus pies, sin movimiento y frio
con temeraria y asombrosa hazaña,
que pőr nativo brio
solamente no es bárbara en España.
¿Quién dirá el grito y el aplauso inmenso,
que tu accion vocifera?
si el precio de tus méritos pregona
la envidia con adorno á la estranjera,
que dice: «en el estenso
mundo ¿cual rey, que ciña la corona
entre hijos de Belona
podrá mandar á sus vasallos fieros,
como el dueño feliz de las Españas,
hacer tales hazañas?
¿Cual vencerán á indómitos guerreros
en lances verdaderos,
si estos sus juegos son y su alegría?
¡Oh, no conozca España, que varones
tán invencibles cria!
Rogádselo á los cielos, ó naciones.»
Y tú, por quien Vandalia nombre toma
cual la aquiva Corinto,
ni tal vió el circo máximo de Roma,

si algo ofrece á mi verso el Dios de Cinto,
tu gloria llevaré del occidente
á la aurora, pulsando el plectro de oro
la patria eternamente
te dará aplauso y de Aganipe el coro.

D. Nicolás Fernandez de Moratin.

A Cristo crucificado.

Canto el verbo divino,
no cuando inmenso en piélago de gloria
mas allá de mil mundos resplandece,
y los celestes coros de contino
Dios le aclaman, y el padre se embebece
en la perfecta forma no criada:
ni cuando de victoria
la sien ceñida el rayo fulminaba,
y de Luzbel la altiva frente hollaba,
lanzando al hondo averno
entre humo pestilente y fuego eterno
la hueste, contra el padre levantada.
No le canto tremendo
en nube envuelto horrísono-tonante
severas leyes á Israel dictando,
del Faraon el pecho endureciendo,
sus fuertes en las olas sepultando,
que en los abismos de la mar se hundieron;

porque en brazo pujante
tú, Señor, los tocaste, y al momento,
cual humo, que disipa el raudo viento,
no fueron: la mar vino,
y los tragó en inmenso remolino,
y Amon y Canaan se estremeciéron.
Ni en el postrero dia
acrisolando el orbe con su fuego
le cantaré, su soplo penetrando
los vastos reinos de la muerte fria,
que arrancarse su presa vió bramando.
Truena el verbo, los mundos se estremecen:
al voraz tiempo luego
la eternidad en sus abismos sume,
y lo que es, fue y será, todo consume:
empero eterno vive
el malo, eterna pena le recibe,
los justos gloria eterna se merecen.
Señor, cantarte quiero
por los humanos en la cruz clavado,
el almo cielo uniendo al bajo mundo,
libre ya el hombre, y el tirano fiero
por siempre encadenado en el profundo
infierno con coyundas de diamante:
dó el pendon del pecado
tremolaba, brillando la cruz santa:
tu cruz, que al rey del hondo abismo espanta,
cuando al escuro imperio

descendiste del duro cautiverio
tus escojidos á librar triunfante.
¿Qué es de tu antigua gloria,
fiero enemigo del mortal linaje?
¿dó los blasones, que te envanecian?,
¿dó está de Adan la culpa y su memoria?
¿dó los que rey del siglo te decian?
¿cómo el hijo del hombre tu cabeza
quebrantó con ultraje?
Tú, que en tu fuerza ufano te gozabas;
tú, que la erguida frente levantabas
mas que de Horeb la cumbre,
¡O coloso de inmensa pesadumbre!
yaces, postrada al suelo ya tu alteza.
Del oriente al ocaso
en alas de mil ángeles pasea
tu vencedora cruz, Verbo divino;
ni es de hoy mas Israel único vaso
de eleccion, que al altísimo destino
de hijos de Dios nos elevó tu muerte:
con tu sangre la fea
mancilla de la culpa en nos lavaste,
y cual los querubines nos tornaste.
¡Oh, gloria sin segundo
al redentor, al salvador del mundo,
por quien nos cabe tan felice suerte!
Ya miro el venturoso
dia, que tu cruz santa el orbe hermana

con vínculo de amor indisoluble:
plácida caridad, almo reposo
y paz perpétua reinan: la voluble
fraude tragó el infierno en su honda sima:
la libertad cristiana
para siempre auyentó la tiranía,
y los tiranos, bajo quien jemia
triste el linaje humano,
derrueca el Cristo con potente mano;
que no quiere que al hombre el hombre oprima.
Si: que nuestra ley santa
es ley de libertad, y los tiranos
en vano se coligan contra el Verbo:
él los quebrantará con fuerza tanta,
cual leon, que destroza el flaco ciervo,
cual rompe el barro frájil metal duro:
iguales los cristianos
y libres vivirán siempre sin sustos:
el Cristo reinará sobre sus justos:
el orbe renovado
de la Sion celeste fiel traslado
será, Señor, bajo tu cetro puro.
¡Cual mi inflamado pecho
ansia por ver tu gloria y las venturas
del linaje humanal, que redimiste!
Ya de la edad presente el coto estrecho
traspaso, y veo volar la serie triste

de los males del tiempo venidero
y las culpas futuras:
mas tu gracia, Señor, omnipotente
desciende en fin, y tórnase inocente
el mundo iluminado
con tu ley y en tu amor santificado,
y despojado del Adan primero.

D. José Marchena.

POESIAS MORALES.

Epístola á Fabio.

Fabio, las esperanzas cortesanas
prisiones son, dó el ambicioso muere
y donde al mas activo nacen canas.
El que no las limare ó las rompiere,
ni el nombre de varon ha merecido,
ni subir al honor, que pretendiere.
El ánimo plebeyo y abatido
elija en sus intentos temeroso
primero estar suspenso que caido:
Que el corazon entero y jeneroso
al caso adverso inclinará la frente,
antes que la rodilla al poderoso.
Mas triunfos, mas coronas dió al prudente,
que supo retirarse, la fortuna,
que al que esperó ostinada y locamente.
Esta invasion terrible é importuna
de contrarios sucesos nos espera
desde el primer sollozo de la cuna.
Dejemosla pasar, como á la fiera
corriente del gran Betis, cuando airado
dilata hasta los montes su ribera.
Aquel entre los heroes es contado,

que el premio mereció, no quien le alcanza
por vanas consecuencias del estado.

Peculio propio es ya de la privanza
cuanto de Astrea fue, cuanto rejía
con su temida espada y su balanza.

El oro, la maldad, la tirania
del inicuo procede y pasa al bueno:
¿que espera la virtud, ó que confia?

Ven, y reposa en el materno seno
de la antigua Romulea, cuyo clima
te será mas humano y mas sereno:

Adonde, por lo menos, cuando oprima
nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno:
Blanda le sea al derramarla encima:

Donde no dejarás la mesa ayuno,
cuando te falte en ella el pece raro:
ó cuando su pabon nos niegue Juno.

Busca pues el sosiego dulce y caro
como en la oscura noche del Ejéo
busca el piloto el eminente faro:

Que si acortas y ciñes tu deseo,
dirás: *lo que desprecio he conseguido*:
que la opinion vulgar es devaneo.

Mas precia el ruiseñor su pobre nido
de pluma y leves pajas, mas sus quejas
en el bosque repuesto y escondido,

Que agradar lisonjero las orejas

de algun príncipe insigne, aprisionado
en el metal de las doradas rejas.

Triste de aquel que vive destinado
á esa antigua colonia de los vicios,
augur de los semblantes del privado.

Cese el ansia y la sed de los oficios:
que acepta el don y burla del intento
el ídolo, á quien haces sacrificios.

Iguala con la vida el pensamiento,
y no le pasarás de hoy á mañana,
ni quizá de un momento á otro momento.

Casi no tienes ni una sombra vana
de nuestra antigua Itálica: ¿y esperas?
¡O error perpétuo de la suerte humana!

Las enseñas grecianas, las banderas
del senado y romana monarquía
murieron, y pasaron sus carreras.

¿Que es nuestra vida mas que un breve dia,
dó apenas sale el sol, cuando se pierde
en las tinieblas de la noche fria?

¿Que mas que el heno, á la mañana verde,
seco á la tarde? ¡O ciego desvarío!
¿Será que de este sueño me recuerde?

¿Será que pueda ver, que me desvio
de la vida viviendo, y que está unida
la cauta muerte al simple vivir mio?

Como los rios, que en veloz corrida
se llevan á la mar, tal soy llevado
al último suspiro de mi vida.
De la pasada edad, ¿qué me ha quedado?
¿ó que tengo yo á dicha en la que espero
sin ninguna noticia de mi hado?
¡O si acabase, viendo como muero,
de aprender á morir, antes que llegue
aquel forzoso término postrero:
Antes que aquesta mies inútil siegue
de la severa muerte dura mano,
y á la comun materia se la entregue!
Pasaronse las flores del verano,
el otoño pasó con sus racimos,
pasó el invierno con sus nieves cano:
Las hojas, que en las altas selvas vimos,
cayeron: y nosotros á porfía
en nuestro engaño inmóviles vivimos.
Temamos al señor, que nos envía
las espigas del año y la hartura,
y la temprana pluvia y la tardía.
No imitemos la tierra, siempre dura
á las aguas del cielo y al arado,
ni la vid, cuyo fruto no madura.
¿Piensas acaso tú, que fue criado
el varon para rayo de la guerra,

para sulcar el piélago salado:
    Para medir el orbe de la tierra
y el cerco, donde el sol siempre camina?
¡Oh quién asi lo entiende, cuanto yerra!
    Esta nuestra porcion alta y divina,
á mayores acciones es llamada,
y en mas nobles objetos se termina.
    Así aquella, que al hombre solo es
        dada
sacra razon y pura, me despierta
de esplendor y de rayos coronada:
    Y en la fria rejion dura y desierta
de aqueste pecho enciende nueva llama,
y la luz vuelve á arder, que estaba
        muerta.
    Quiero, Fabio, seguir á quien me
        llama,
y callado pasar entre la jente:
que no afecto los nombres ni la fama.
    El soberbio tirano del oriente,
que maciza las torres de cien codos
del cándido metal, puro y luciente,
    Apenas puede ya comprar los modos
de pecar: la virtud es mas barata;
ella consigo mesma ruega á todos.
    ¡Pobre de aquel, que corre y se dilata
por cuantos son los climas y los mares
perseguidor del oro y de la plata!

Un ángulo me basta entre mis lares,
un libro y un amigo, un sueño breve,
que no perturben deudas ni pesares.

Esto tan solamente es cuanto debe
naturaleza al parco y al discreto,
y algun manjar comun, honesto y leve.

No, porque así te escribo, hagas conceto,
que pongo la virtud en ejercicio:
que aun esto fue dificil á Epiteto.

Basta al que empieza aborrecer el vicio,
y el animo enseñar á ser modesto:
despues le será el cielo mas propicio

Despreciar el deleite no es supuesto
de solida virtud, que aun el vicioso
en sí propio le nota de molesto.

Mas no podrás negarme cuan forzoso
este camino sea al alto asiento
morada de la paz y del reposo.

No sazona la fruta en un momento
aquella intelijencia, que mensura
la duracion de todo á su talento.

Flor la vimos primero, hermosa y pura:
luego materia acerba y desabrida;
y perfecta despues dulce y madura.

Tal la humana prudencia es bien que mida
y dispense y comparta las acciones,
que han de ser compañeras de la vida.

No quiera Dios, que imite estos varones,
que moran nuestras plazas macilentos,
de la virtud infames histriones:
Esos inmundos, trájicos, atentos
al aplauso comun, cuyas entrañas
son infectos y oscuros monumentos.
¡Cuan callada, que pasa las montañas
el aura respirando mansamente!
¡Que gárrula y sonante por las cañas!
¡Que muda la virtud por el prudente!
¡que redundante y llena de ruido
por el vano ambicioso y aparente!
Quiero imitar al pueblo en el vestido,
en las costumbres solo á los mejores,
sin presumir de roto y mal ceñido.
No resplandezca el oro y los colores
en nuestro traje, ni tampoco sea
igual al de los dóricos cantores.
Una mediana vida yo posea,
un estilo comun y moderado,
que no lo note nadie que lo vea.
En el plebeyo barro mal tostado
hubo ya quien bebió tan ambicioso,
como en el vaso múrino preciado:
Y alguno tan ilustre y jeneroso,
que usó, como si fuera vil gaveta,
del cristal transparente y luminoso.
¿Sin la templanza viste tú perfeta

alguna cosa? ¡O muerte! ven callada,
como sueles venir en la saeta:
No en la tonante máquina, preñada
de fuego y de rumor: que no es mi puerta
de doblados metales fabricada.
Asi, Fabio, me muestra descubierta
su esencia la verdad; y mi albedrío
con ella se compone y se concierta.
No te burles de ver cuanto confío,
ni al arte de decir, vana y pomposa,
el ardor atribuyas de este brio.
¿Es por ventura menos poderosa
que el vicio la virtud? ¿es menos fuerte?
no la arguyas de flaca y temerosa.
La codicia en las manos de la suerte
se arroja al mar: la ira á las espadas:
y la ambicion se rie de la muerte:
¿Y no serán siquiera tan osadas
las opuestas acciones, si las miro
de mas ilustres jenios ayudadas?
Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
de cuanto simple amé: rompí los lazos.
Ven, y verás al alto fin que aspiro,
antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

Francisco de Rioja.

¡Que sedicion, ó cielos, en mí siento,
que en contrapuestos bandos dividido
lucha en contra de sí mi pensamiento!
Ora flaco el espíritu y rendido
la espalda vuelve y parecer no osa:
ora carga triunfante y atrevido.
La razon huye tímida y medrosa
síguela el sentimiento denodado;
y cual hambriento lobo asi la acosa.
El confuso tropel, el lastimado
alarido, la queja y voceria
tiene al cobarde corazon helado.
Gruesa niebla á mis ojos roba el dia
y en tinieblas me deja y sin consuelo
llorando de la muerte en la agonía.
Una parte de mí se encumbra al cielo
otra entre crudos hierros jime atada
al triste, oscuro, maladado suelo.
Busco en vano la paz en la sagrada
lumbre del albo dia, y el sombrío
fúnebre imperio de la noche helada
No es poderoso á dar al pecho mio
la tregua mas liviana, ó de mis ojos
¡ay! modera de lágrimas el rio.
¿Que causa he sido yo de estos enojos?
No recelé y temí, y al escarmiento

di ya en mi error los últimos despojos?
¿No resolví con jeneroso aliento
jamas, jamas rendirme? ¿pues que guerra,
que cruda guerra, cielos, en mí siento?
¿A que ignorado clima de la tierra
para librarme huiré, si el enemigo
dentro en mi corazon la carga cierra?
¿Por que paz ¡ay! no he de tener conmigo?
¿No será en sus locuras ya templado
de la virtud el sentimiento amigo?
¿Que es el hombre infeliz, si contrastado
siempre de la ocasion ó del deseo,
una vez entre mil es coronado?
¿Será de la razon el noble empleo
vencido ser del polvo? . . ensalce aora,
ensalce aquel divino escelso arreo,
Con que las ciencias todas atesora,
y con alas de fuego se levanta
sobre el inmenso espacio, que el sol dora.
Fuérale mas seguir la virtud santa,
que ante el vicio llorando estar rendida,
y besar sierva vil su inmunda planta.
El eterno saber no nos dió vida
para el cielo medir ó el mar salado,
sino para á él labrarnos la subida.
Y el hombre, en el error enajenado,
clama llorando lejos del camino,

cual barco de las olas azotado;
Que sin timon ni velas al contino
batir de hórridos vientos va lijero
á fenecer su mísero destino.
Un mentido placer, un lisonjero
alago de la suerte, el vil encanto
del ocio, un nombre vano y pasajero
La tendrán siempre con desden ó llanto:
¡y la augusta virtud ni una mirada
podrá deberle entre desvelo tanto!
Ay! la frente serena y elevada,
la gallarda estatura, el alto pecho,
de tan escelso espíritu morada,
¿Dicen acaso al hombre, que fue hecho
para este suelo humilde, deleznable,
dó apenas se halla el bruto satisfecho?
¡Hombre! ¡ser inmortal! ¿tan despreciable
quieres hacerte? el corazon levanta,
y sé una vez en tu ambicion laudable.
Lo que mas ciego anelas, lo que encanta
tus fascinados ojos, ¡cuan mezquino
es, mirado á tu luz, ó virtud santa!
¿Esa bóveda inmensa, dó el divino
poder sembró los astros, el lumbroso
sol en su trono, el rápido camino,
Que hace en torno la tierra, el pavoroso
abismo, y cuanto puede de la nada

sacar de Dios el brazo poderoso,
No lo abarcas con solo una mirada
de la presta y ardiente fantasía,
y te creas mil mundos si te agrada?
¡Y en la tierra tu fin y tu alegría
fijas, partiendo con el vil gusano
la suerte de gozarla un solo dia!
Puedes al querubin llamar hermano,
y á las harpas angélicas unido
seguir feliz el coro soberano,
Con que ante el trono del señor rendido
el pueblo celestial alegre suena
en himno de loor no interrumpido:
¡Y el oro te deslumbra y enajena;
y por el mando y el favor suspiras,
y del placer arrastras la cadena!
Corre con mente alada cuanto miras,
esos globos de luz, que en la callada
noche en sus orbes rápidos admiras:
El ancho mar, dó en vano fatigada
la vista busca un término: la tierra,
de tanto bruto y árboles poblada:
Las pavorosas nubes, dó se encierra
la grata fértil lluvia entre el lijero
rayo que al mundo en su fragor aterra:
Del supremo poder el lisonjero
encanto: y luego finje en tu albedrío

otros mundos, y en todos sé el primero:
Y amontona con ciego desvarío
los bienes á los bienes, que lloroso
has de hallar siempre el corazon vacío.
¿No es inferior el oro al luminoso
sol, que lo forja con su vista ardiente
de la tierra en el seno tenebroso?
¿No es menos el placer que el indecente
ídolo, que te arrastra, y la fortuna
que el gran pueblo, á quien sirves reverente?
¿Y acaso de estas cosas puede alguna
con tu divino espíritu igualarse,
que brilla ya inmortal desde la cuna?
¿Un inmundo carbon podrá preciarse
cual el claro crisólito? ¿y al cielo
el vil polvo, que huellas, compararse?
Pues menos, menos es el ancho velo
contigo de su bóveda sagrada,
que cuanto cubre en el humilde suelo.
Tiempo vendrá, que al seno de la nada,
la cadena del ser por Dios rompida,
caiga naturaleza despeñada.
Fenecerán los astros, desunida
su masa de cristal: en el medroso
caos la tierra vagará perdida:

Y el luminar del dia del reposo
saldrá de tantos siglos, impelido
del brazo de un arcanjel glorioso.
Mas tu ser inmortal, al alarido
y universal ruina preservado,
brillará á par del querubin lucido.
La eternidad le abrazará: y pasmado
verá siglos á siglos sucederse
mas y mas que olas lleva el mar airado.
¿En que entonces podrá reconocerse
este barro caduco, aora espuesto
cual humo á un debil soplo á desacerse?
¡O eternidad! ¡ó eternidad! ¡cuán presto
mi espírtu en tu morada tenebrosa
entrará sin que aun nada haya dispuesto!
¡Acaso en plazo breve la medrosa
campana sonará! ¿Qué es ¡ay! la vida
sino nave en las aguas presurosa?
¿Dó estan los años de la edad florida?
¿donde el reir? ¿el embeleso insano
de los placeres? ¡ilusion mentida!
Todo pasó: la asoladora mano
del tiempo en el abismo de la nada
lo despeñó con ímpetu inumano.
Cuanto fue, feneció: la delicada
beldad, que ayer idolatré perdido,
hoy sin luz yace, del solano ajada.

Al que de un pueblo ante sus pies rendido
vi aclamado, en la casa de la muerte
lo hallo ya entre sus siervos confundido.
Al que oí con envidia de tan fuerte
jactarse, un soplo de lijero viento
súbito en polvo su vigor convierte.
El sabio, que con alto entendimiento
señalaba al cometa su ardua via,
cual él se esconde, si brilló un momento.
Y el que en sus cofres encerrar queria
todo el oro fatal del rubio oriente,
desnudo baja á la rejion sombría.
Perecen los imperios: grave siente
el peso del arado el ancho suelo,
dó la gran Troya se asentó potente.
Desierto triste la ciudad de Belo
de fieras es guarida: en la memoria
Esparta dura para eterno duelo.
¿Dó blason tanto y célebre victoria,
dó se han undido? ¡ó suerte miserable
del ser humano! ¡ó frájil, fugaz gloria!
Alma inmortal, ¿qué es esto? ¿en que durable
ventura anelas? ¿la esperanza vana
limitas ciega al barro deleznable?
Hija del cielo ¿tras el vicio insana
asi te prostituyes? El camino

emprende de tu patria soberana.
Emprendele, no tardes: tu destino
es la virtud aquí, y en las mansiones
de gloria el premio, á tus victorias dino.
No jactes, no, tu ser, si las pasiones
te han degradado: ¿el mundo te recrea?
Bestia te torna, olvida tus blasones.
Un alma, que se afana, que se emplea
en nadas de la tierra, es un lucero,
caido del cielo al lodo, que le afea.
La virtud, la virtud: este el primero
de tus conatos sea, de tu mente
estudio, de tu pecho afan sincero,
de tu felicidad perene fuente.

D. Juan Melendez Valdés.

Discurso sobre el orden del universo.

Desfallece mi espíritu, la alteza
de tu ordenada fábrica admirando,
¡ó inconcebible, ó gran naturaleza!
Los ojos subo al cielo; y rutilando
soles sin cuento en tronos de oro veo,
sobre mi frente atónita jirando.
Loco anela alcanzarlos el deseo,
sus pasos acordar, hallar curioso
su final causa y soberano empleo.

Afanase sin fruto; y silencioso
solo adora al gran ser, que bastó á echarlos
cual polvo en el espacio luminoso.

Su escelsa diestra alcanzará á pesarlos:
su dedo á demarcarles el camino,
y su inmenso saber podrá contarlos.

¡Sirio! ¡brillante Sirio! ¿mas vecino
como no estás á mí? ¿por que no siento,
cual el del sol, tu resplandor benino?

Y tú, sol, rey del dia, ¿dó alimento
para tu luzrecibes? ¿quien, dí, guia
la tierra en torno de tu inmoble asiento?

La blanca luna en la tiniebla fria
rije su rueda, de esplendor velada,
cual diosa augusta de la noche umbría.

¡Oh, cuál va silenciosa! ¡cuán callada
con cetro igual la esfera enseñorea,
aunque á la negra tierra torne atada!

Venus alli graciosa se pasea:
y á distancias sin fin entre sus lunas
tibio el cano Saturno centellea.

¿A que le alumbran cinco? acaso algunas
vanas le son: á tu pausado jiro
¿por que siempre, astro infausto, las adunas?

Mientras mas lo medito, mas me admiro:

la mente en calcular se desvanece:
y entre horror santo ciego me retiro.
Mas todo hubo su fin, dó resplandece,
Jovino, sabio el Numen: concertado
todo está: el orbe una cadena ofrece
De inmensos eslabones al callado
meditador: estúdiala; y humilla
la frente ante el señor, que la ha formado.
Ni en el átomo tenue menos brilla
que en el disco del sol; si mas subieres,
tu pasmo crecerá en su maravilla.
Dó quier te vuelvas, por do quier que
fueres,
un orden has de hallar; pero abarcarle
jamas, jamas con la razon esperes.
Acuérdome, que el cielo (aun no mi-
rarle
supiera bien, ni en mi pueril rudeza
con la atencion de un sabio contemplarle)
Un tiempo me elevaba en su belleza,
y las horas absorta entretenia
del alma alada la fugaz viveza.
¡Cuán ledo enmedio de la noche umbría
sobre la muelle yerba reclinado
sus lámparas sin fin contar queria!
Por el eter inmenso estraviado
de astro en astro vagando, aquel forjaba
mayor, el otro en luz mas apagado.

Las tiernas flores, que mi cuerpo hollaba,
en ámbar me inundaban delicioso:
de lejos triste el ruiseñor trinaba.
La soledad augusta, el misterioso
silencio, las tinieblas, el ruido
del aura blanda por el bosque hojoso
Me llevaban en éxtasi embebido:
y un supremo poder engrandecia
mi espírtu del vil polvo desprendido.
Enmedio yo impaciente me decia:
¿que no haya de alcanzar como á moverse
bastan, que reglas guardan, quien los guia?
¡Señor! ¡señor! la esfera esclarecerse
sentí, y alada intelijencia pura
á mis curiosos ojos vi ofrecerse.
Con un cendal de celestial blancura
los tocó, y sonriendo cariñosa,
mi helado pecho plácida asegura.
Alza, dijo, á la bóveda lumbrosa
la vista; y los milagros considera,
dó se estremó la diestra poderosa.
Alcéla y ver logré la inmensa esfera
y el paso de las lumbres eternales
en su perene rápida carrera.

¡Qué de globos ardientes! ¡qué raudales!
¡qué océanos de luz! ¡qué de ostentosos
soles, del claro empíreo altos fanales!
De maravilla tanta codiciosos
mis atónitos ojos se perdian
del espacio en los términos dudosos.
Mas alcanzar aun ciegos no podian,
por que en órbita tanta diferente
tan desiguales todos discurrian.
Tocó otra vez mi vista su clemente
divina diestra; y considera, ó ciego,
tornó á decir, la bóveda esplendente:
Que el Escelso atendió tu humilde ruego,
y en este punto el velo ha levantado;
y envuelta desparece en santo fuego.
Yo vi entonces el cielo encadenado;
y alcancé á computar por que camina
en torno el sol Saturno tan pausado.
¡O atraccion! ¡ó lazada peregrina,
con que la inmensa creacion aprieta
del sumo Dios la voluntad divina!
Tú del crinado rápido cometa
á el átomo sutil el móbil eres,
la ley, que firme ser á ser sujeta.
Recorre el globo: ¿al cielo volar quieres?

Trepa, pues: sonda el mar: la mente
activa
cala al abismo de ignorados seres.
La hallarás siempre estar obrando
viva:
la atmósfera apremiar: llevar riendo
el aura por los valles fujitiva.
Los ciegos senos de la tierra hun-
diendo
labrar lagos anchisimos, las fuentes
de los eternos rios disponiendo.
Y con brazos tajando omnipotentes
rocas y abismos, próvido camino
dispensar á sus rápidas corrientes.
Hacer que suba en modo peregrino
la sabia, erguido roble, á tu corona;
y alzar su helada frente al Apenino.
Muy mas activa en la abrasada zona
la espalda al mar ondísono ajitando,
en grillos de arenillas lo aprisiona.
El trono al sol asienta descansando
en sus planetas, y ellos en él á una
la mas subida proporcion guardando.
Mientras de otro sistema este es coluna,
y firme á un tiempo en otro se sostiene,
y otro sobre otro sin mudanza alguna:
Hasta llegar al Numen, de quien tiene
su ser el universo; y la balanza

en su potente diestra igual mantiene.
¡O inmensa sucesion, á que no alcanza
saber mortal! ¡ó variedad estable,
grande aliento á la tímida esperanza!
Si, si, Jovino: el bueno, el inmutable,
el poderoso, el sabio cuanto hiciera
lo enlazó en nudo y orden inefable.
Todo es union: la parte mas lijera
de impalpable materia al sol luciente
sostiene, y carga en su inexausta hoguera.
Nada hay que no sea efecto, y juntamente
causa no sea: igual el vil insecto
cabe el gran dueño al querubin ferviente.
En su inmenso saber no hay MAS PERFETO:
Vió, quiso, obró; y á cada ser ha dado
virtud con relacion á su alto objeto.
Esas mínimas formas, que ha creado
al parecer sin fin, ruedas son leves,
que altamente en las otras ha engastado.
Tal en lago sereno cercos breves
forma al caer la piedra: van creciendo;
y atónito á contarlos no te atreves.
Quita la mas sutil, y estoy temiendo
ya todo en desunion. Una le aumenta;
y un orden diferente voy sintiendo.

Esa, que en nada tu ignorancia cuenta,
en nudo firme á otra mayor se unia,
y otra aun mayor sobre las dos se asienta.

¿Que, el granillo de arena que corria
no há nada en el torrente cristalino
de sus ondas á arbitrio, un fin tendria?

¿Solo tampoco está? No: del vecino
monte al llano bajó: si él no existiera,
tampoco el monte, ni el favor benino,

Que util dispensa á una provincia en-
tera [illegible]
con la nevada frente y fértil rio,
que dél nace sesgando en la pradera.

Cuando las aguas, que el diciembre frio
tornó en blancos vellones, mas clemente
desata abril en líquido rocío:

El bullendo entre perlas mansamente
se apresura por dar frescor y vida
al valle desmayado en sed ardiente.

Besa las florecillas de corrida;
y en su cristal el álamo pomposo
dobla por verla su corona erguida.

Turbio tal vez y con rumor fragoso
árboles, chozas, mieses arrebata,
anegando los surcos espumoso.

Rompe puentes, aceñas desbarata:
hasta que en brazos del antiguo oceano

se hunde, y su húmida planta humilde
acata.

Próvido empero con abierta mano
de fértil limo hinchó su señorío,
que el suelo vivifica comarcano.

Mas al cabo el granillo?... al poderío
del rubio sol en tierra transformado,
lo verá espiga algun tostado estío:

Y pan despues de un sabio, que al
estado
leyes dé acaso, y rija virtuoso
un pueblo á sus vijilias confiado.

¡O Jovino! ¡Jovino! ¡qué asombroso
el universo es! ¡Oh, quien pudiera
lince indagar su abismo tenebroso!

Ve la materia inánime, grosera
ajitandose activa hasta encumbrarse,
de su nobleza en la suprema esfera:

Cocerse el oro, el talco organizarse,
la sensitiva de la mano huyendo,
y el pulpo tras la presa audaz lanzarse.

Llega al reino animal, si en su estu-
pendo
orden, su graduacion, sus perfecciones
un relijioso horror no estás sintiendo.

¡O cuantos, cuan trabados eslabones
desde el sutil incalculable insecto
al crustaceo encerrado entre prisiones:

De este al torpe reptil ya mas perfecto,
ó al mudo pez en sus familias raras,
bruñida escama y portentoso aspecto.
¿Qué, en el inmenso Leviathan te
paras,
de horror lleno? Un ejército volante
turba ya el aire en trinos y algazaras.
Ven, no fugaz escape: del jigante
libio avestruz al mosca matizado,
de la tórtola al buitre devorante,
Del cuervo al colorin, del tachonado
pavon al triste buo, ¿á quien la suma
de especies tantas recorrer fue dado?
En índole, color, grandeza, pluma,
órganos, fuerzas, voz; ¡cuán sabiamente
ostentó el Numen su largueza suma!
¿Y habrá quien no la admire? ¿quién
demente
los fines niegue, ó que su diestra santa,
cuanto él pudo tener, dió á cada ente?
De Filomena el trino su garganta
pide, y húbola en dote: ala lijera
la garza audaz, que al cielo se levanta.
Tal hubo y demandara la onza fiera
suelta garra, y la liebre temerosa
vencer al viento en su fugaz carrera.
Ni si en familia menos numerosa,
cede en orden al bruto ni hermosura

á la turba en las auras vagorosa.
Creco la perfeccion, y en su estructura,
va la sustancia orgánica en el suelo
feliz rayando en su mayor altura.
Jenio inmortal, que con sublime anelo
su abismo tenebroso has indagado,
alzando un tanto al universo el velo:
Ven, di las perfecciones, que has hallado,
Buffon, en cada cual: dime el destino,
que en la escala animal le has señalado:
Cual orden la materia, que camino
desde el feo murciélago asqueroso
sigue hasta el pongo, al hombre tan vecino.
El sagaz elefante, ese coloso
animado, y tras él, Jovino, mira
el raton en su nido cavernoso.
Del rujiente leon, que ciego en ira
por los desiertos de la Libia ardiente
con grave paso cernejudo jira,
Baja del corderillo á la inocente
mansedumbre, que lame la impia mano,
que alza el cuchillo á herirle ferozmente.
Sube del asno rudo al soberano
instinto del castor, en ser dudoso,
sabio arquitecto á un tiempo y ciudadano

Compara ser á ser: maravilloso
cualquiera en sí, con el inmenso todo,
Jovino, aun lo hallarás mas milagroso.
¿Cual divino saber bastó á dar modo
á tanta relacion? ¿quien tan distinto,
quien tornar pudo un mismo inerte lodo?
Desde el orden supremo del instinto
va lenta la materia descendiendo
en vario sinuoso laberinto
Al primer elemento: ¿como, siendo
una en sí misma, á distinguirse empieza,
la primitiva sencillez perdiendo?
¿Cual es su último grado de rudeza?
Y si el fuego es su esencia, en pura nieve
¿como se torna?.... Inapeable alteza!
¡Abismos del gran ser, si á ello se atreve,
mientras yo reverente vos adoro,
el puro querubin sondaros pruebe.
Entre el ojo y la luz, entre el sonoro
aire y mi oido fines ciertos veo;
cómo obrar puedan, admirado ignoro.
Solo ofrécese un ser: sagaz rastréo
su esencia y calidades: ya le admiro
en relacion cumplida con su empleo.
Cada cual es un centro, de dó tiro
lineas á los demas: ninguno existe
sin que otro exista en no finible jiro.

El arbol, que de pompa el mayo viste,
debe al hombre su fruto perfumado;
y antes á seres mil próvido asiste.
Da en sus hojas un pueblo alimentado
de insectos, de aves otro con la fruta;
y hé allí el punzante erizo aun va cargado
De la tierra el humor su pie disfruta:
en torno empero en su agostada hoja
calor noviembre y sales le tributa.
La undosa lluvia apaga la congoja
de la tierra; y del monte en la agria frente
benéfica la nube á par se aloja.
Su seno esconde el mineral luciente,
de la insomne avaricia vil cimiento;
y allí bajó á labrarle el sol ardiente.
¿Donde hallarémos fin, dó tome asiento
tan vasta sucesion? Acaso el hombre....
un noble orgullo en tu interior ya siento,
Apenas resonó tan alto nombre;
y solo para tí crédulo esperas,
que mayo en flores mil el campo alfombre.
Los vientos surque el ave con lijeras
alas; discurra por la selva el bruto,
y alumbren soles tantos las esferas.
De todo escelso fin, justo tributo
todo al hombre dará, que ha merecido
la divina razon en atributo.
Si, si: que él solo ¡ó dicha! es admitido

á la inmortalidad: solo en su seno
el Numen su alto ser dejó esculpido.
Lo demas es vil lodo: él ve lo bueno,
adora la virtud, lidia, merece,
y á su autor se unirá de gloria lleno.
¿No es, Jovino, verdad? ¿no se engrandece
tu jenio, á cima tan gloriosa alzado?
Mas ya otra nueva escala aqui se ofrece.
Ven, subamosla á par. El hombre atado
el espíritu al barro nos presenta
con nudo estrecho sí, mas ignorado.
El crece con la planta y se alimenta:
se mueve cual el bruto, siente y vive;
y en querer y entender anjel se cuenta.
Goza el alma el deleite, que recibe
la nariz en la rosa: el alma ordena,
y el brazo á obedecerla se apercibe.
Si la mente se angustia, desordena
del cuerpo las funciones: si él padece,
siente el ánimo á par su acerba pena.
¡Que de misterios un misterio ofrece!
¿Donde se obra esta union? ¿cuando? ¿al formarse
el hombre? ¿y cómo con su fin fenece?
En ciegas conjeturas fatigarse,
sabios gritar, escuelas reñir veo:
y tercos, no entendiendose, impugnarse.

La causa ocasional colma el deseo
del uno: la armonía á aquel agrada,
y otro al físico influjo da este empleo.

Natura en tanto, en majestad velada,
sigue en nuevos milagros, y escarnece
del saber vano la arrogancia hinchada.

Uno es el hombre: pero ¡cual le ofrece
el cenegal ardiente, el bezo alzado,
llana la faz, que al ébano oscurece!

¿Que hay entre este comun y el bien formado
rubio aleman? El patagon compara
al samojedo torpe y abreviado.

Ve el feo Albino, y la belleza rara,
que á un vil serrallo en tráfico afrentoso
vende en Bizancio la Jeorjia avara.

Del hotentote indocil asqueroso
pasa al frances social y delicado,
del indio inerte al bátavo industrioso.

¡Qué estraña variedad! ¿donde ha empezado?
¿cuantas sus formas son? ¿donde natura
pone el primero, fija el postrer grado?

Corre de pueblo en pueblo: la estatura,
color, aspecto, voz, uno se ofrece,
y á hallar vienes al fin otra figura.

El mismo el tipo, si; ¿mas lo parece

al que á un tiempo sagaz el hombre mira,
que bajo el polo y cabe el Ganjes crece?
Aun mas estraña variedad se admira
en la forma mental. ¡Oh, que desprecio:
Oh, que respeto celestial me impira!
Contemplo al gran Neuton, y no hallo precio
para la humanidad: torno la mente
al rudo huron, y aun mas la menosprecio
De la patria en el ara heroicamente
se ofrece el gran Leonidas: Catilina
corre á incendiarla en su furor demente.
Sustituyó á Lucrecia Mesalina:
y Tito, las delicias de la tierra,
al monstruo, parricida de Agripina.
Aqui el hombre en sus cálculos encierra
la fuga del cometa en el vacío:
y contando alli seis, perdido yerra.
Mientras en mármol rudo el poderío
sentir del pitio númen me parece,
estático en su augusto señorío:
El africano estúpido me ofrece
de informe lodo la deidad mas fea,
y en arte igual á Fidias se envanece.
Un fútil vidrio al iroques recrea,
si absorto Galileo en su injeniosa

lente en el cielo inmenso se pasea.
Ora en paz blanda, en sociedad dichosa
este ser libre de comun concierto
rinde á la ley su independencia odiosa;
Negandose ora al yugo con pie incierto
vaga en las anchas selvas, y de un oso
á distinguirle en su rudez no acierto.
Ya la diestra bendice relijioso,
que ordenó el universo, allá elevado,
dó alzó el señor su trono misterioso:
Y corre de su lumbre encaminado
cual fijo norte al lauro inmarcesible,
que en el Eden eterno le ha plantado.
Ya sumido en tiniebla inconcebible,
doblando la vil faz al bajo suelo,
al grito de su ser sordo, insensible:
El Dios, que le pregonan tierra y cielo,
desconoce: ¡ó dolor! ¡y cual la fiera,
la fatal hora afronta sin recelo!
¿Es este el hombre mismo? tu severa
profunda reflexion, al contemplarle,
¿tan desigual, tan vario lo dijera?
Hé aqui el orden, Jovino: el que al formarle
rey le alzó de la tierra en su nobleza,
sabio acordó á sus climas apropiarle.

fecto aqui, del polo en la aspereza
le v. tió su rudez; en el ferviente
Congo latizne, con que el sol le ateza.

El mismo siempre, y siempre diferente:
del placer y el dolor á par movido,
el bien ansia, y á obrarlo es impotente.

Compasivo en su ser, corre á un jemido:
culpado tiembla, y con severo acento
la olvidada razon truena en su oido.

Este es el hombre, en su inmortal aliento
imajen de su autor, que la estructura
del orbe abarca en su alto pensamiento.

¿Y quien desde él la inmensurable altura,
que corre hasta el gran ser, trepará osado
y de una en otra intelijencia pura?

¿Quien desde la inferior al abrasado
mas alto serafin las perfecciones
intermedias dirá? ¿quién lo ha tentado?

Un santo velo sus sublimes dones
envuelve misterioso á nuestra mente,
ciega en mil insondables opiniones.

Mas iguales no son: quien diferente
formó un átomo y otro, ¿recojiera
con el anjel su diestra omnipotente?

Acaso alguno absorto considera

¡suerte inefable! del señor el seno,
y en él la creacion abarca entera.
Otro tal vez, de encojimiento lleno,
menos verá sin desigual ventura,
en paz eterna de zozobra ajeno:
O á par que otro de un mundo se apresura
la suerte á moderar, otro el destino
de mil puede rejir en paz segura.
Todos cantando en harpas de oro el trino,
con que al santo de santos, de esplendores
velado, acata el escuadron divino:
Bebiendo entre purísimos amores
de eterna vida en la inexausta fuente,
sin ver jamas templados los ardores.
¡O dicha! ¡ó pasmo! ¡ó diestra omnipotente!
¿Quién bastará á ensalzarte? ¿quien la alteza
jamas vió de tu diestra dignamente?
¿Quién ¡oh! de tanta, tan distinta pieza
sintió la perfeccion? ¿quien la armonía
de ser tanto, sus fines, su belleza?
Me confundo, me abismo: el alma mia
se pierde, una flor sola contemplando,

una de cuantas mayo alegre cria.
¿Qué será, que, si al cielo el vuelo
alzando,
ve tanto sol y mundo allá esparcido,
sobre un centro comun sin fin jirando:
Y este y ellos y todo dirijido
por una sola ley, y acaso en ellos
millones de entes ... ¿donde voy perdido?
¿Mas que el gran ser no es poderoso
á hacellos?
¿es de su saber sumo acaso indigno?
¿á que ese cuento de luceros bellos?
¿Solo á la tierra don tan peregrino,
inexausto fulgor?... Pues que no alcanza,
Jovino, la razon su alto destino,
ansieles otro al menos la esperanza.

El mismo.

A un amigo en la muerte de su hermano.

Es justo, si: la humanidad, el deudo,
tus entrañas de amor, todo te ordena
sentir de veras, y regar con llanto
ese cadáver para siempre inmovil,
que fue tu hermano. La implacable muerte
abrió sin tiempo su sepulcro odioso,

y derribóle en él. ¡Ay! á su vida
¡cuantos años robó, cuanta esperanza!
¡cuanto amor fraternal! y ¡cuanto, cuanto
miserable dolor y hondo recuerdo
á su hermano adelanta y sus amigos!
Vive el malvado atormentando, y vive,
y un siglo entero de maldad completa:
y el honrado mortal, en cuyo pecho
la bondadosa humanidad se abriga,
nace y deja de ser! ¡Ay! llora, llora,
caro Fernandez, el fatal destino
de un hermano infeliz: tambien mis ojos
saben llorar, y en tu afliccion presente
mas de una vez á tu amistad pagaron
su tributo de lágrimas. ¡Si el cielo
benigno oyera los sinceros votos
de la ardiente amistad! Al punto, al punto
hácia el cadáver de tu amor volando
segunda vida le inspirara, y ledo
presentandole á ti, *toma*, dijera,
vuelve á tu hermano y á tu gozo antiguo.
Mas ¡ay! el hombre en su impotencia triste
no puede mas que suspirar deseos.
La losa cae sobre el voraz sepulcro,
y cae la eternidad; y en vano, en vano
al que en su abismo se perdió, le llaman
de acá las voces del mortal doliente.

Ni poder, ni virtud, ni humildes ruegos;
ni el ay de la viudez, ni los suspiros
de inocente horfandad, ni los sollozos
de la amistad, ni el maternal lamento,
ni amor, el tierno amor, alma del mundo,
nada penetra los oidos sordos
de la muerte insensible. Nuestros ayes
á los umbrales de la tumba llegan,
y escuchados no son: que los sentidos
allí cesaron, la razon es muda,
helóse el corazon, y las pasiones
y los deseos para siempre yacen.
Yacen, sí, yacen: el dolor empero
tambien con ellos para siempre yace,
y la vida es dolor. Llama á tus años,
caro Fernandez: sin pasion pregunta,
que has sido en ellos; y con tristes voces
dirán: «si un dia te rió sereno,
ciento y ciento tras él tempestuosos
tronando sobre tí, huellas profundas
de mal y de temor solo dejaron.»
Hórrido yermo de inflamada arena,
dó entre aridez universal y muerte
solitario tal vez algun arbusto
se esfuerza á verdecer, tal es la imajen
de esta vida cruel, que tanto amamos.
Enfermedad, desvalimiento, lloro,
ignorancia, opresion; este cortejo

nos espera al nacer, y apesadumbra
la hermosa candidez de nuestra infancia,
que en nada es nuestra. Los demas ordenan
á su placer de nuestro débil cuerpo,
y nuestra mente á sus antojos sirve.
Si nuestro llanto su indolencia ofende,
manda que pare su feroz dureza,
y su bárbara mano enfurecida
sobre nosotros cae. Niño infelice,
llora ya, llora, cuando apenas naces,
de la injusticia la opresion sangrienta,
y el desprecio, el baldon y tantos males,
preludios ¡ay! de los que en pos te aguardan.
Tus años correrán, y por tus años
hombre te oirás decir: mas siempre niño
entre niños serás. Injusto y justo,
opresor y oprimido todo á un tiempo,
de tus pasiones en el mar furioso
perdido nadarás. En lucha eterna
de acciones y deseos, mal seguro
no sabrás que querer, y fastidiado
con lo presente, volarás ansioso
á otro tiempo y lugar, buscando siempre
allá tu dicha, donde estar no puedas.
¿Y que valdrá, que en tu virtud contento

goces contigo, sí mirando en torno
verás la humanidad acongojada
largamente jemir? Despedazado
tu tierno corazon verá los males,
querrá aliviarlos, no podrá, y el lloro,
solo un estéril lloro es el consuelo,
que puede dar su caridad fogosa.
¿Hay pena igual á la de oir al triste
sufrir sin esperanza? ¡O muerte, muerte:
ó sepulcro feliz! ¡Afortunados
mil y mil veces, los que allí en reposo
terminaron los males! ¡Ay! al menos
sus ojos no verán la escena horrible
de la santa virtud atada en triunfo
de la maldad al victorioso carro.
No escucharán la estrepitosa planta
de la injusticia quebrantando el cuello
de la inocencia desvalida y sola:
ni olerán los sacrílegos inciensos,
que del poder en las sangrientas aras
la adulacion escandalosa quema.
¡Oh, cuanto no verán! ¿Por que lloramos,
Fernandez mio, si la tumba rompe
tanta infelicidad? Enjuga, enjuga
tus dolorosas lágrimas: tu hermano
empezó á ser feliz: si, cese, cese
tu pesadumbre ya. Mira que aflije
á tus amigos tu doliente rostro

y á tu querida esposa y á tus hijos.
El pequeñuelo Hipólito suspenso,
el dedo puesto entre sus frescos labios,
observa tu tristeza y se entristece:
y marchando hácia atras, llega á su madre,
y la aprieta una mano, y en su pecho
la delicada cabecita posa,
siempre los ojos en su padre fijos.
Lloras y llora, y en su amable llanto
¿qué piensas qué dirá? «Padre, te dice,
¿será eterno el dolor? ¿no hay en la tierra
otros cariños que el vacío llenen,
que tu hermano dejó? Mi tierna madre
vive y mi hermana, y para amarte viven,
y yo con ellas te amaré. Algun dia
verás mis años juveniles llenos
de ricos frutos, que oficioso aora
con mil afanes en mi pecho siembras.
Honrado, injenuo, laborioso, humano,
esclavo del deber, amigo ardiente,
esposo tierno, enamorado padre,
yo seré lo que tú. ¡Cuantas delicias
en mí te esperan! Lo verás: mil veces
llorarás de placer y yo contigo.
Mas vive, vive: que si tú me faltas,
¡ó pobrecito Hipólito! sin sombra,
¡ay! ¿qué será de ti, huerfano y solo?
No, mi dulce papá: tu vida es mia,

no me la abrevies traspasando tu alma
con las espinas de la cruel tristeza.
Vive, sí, vive: que si el hado impío
pudo romper tus fraternales lazos,
hermanos mil encontrarás dó quiera,
que amor es hermandad y todos te aman.
De cien amigos que te rien tiernos,
adopta á alguno: y si por mí te guias,
Nicasio en el amor será tu hermano.»

D. Nicasio Alvarez de Cienfuegos.

Epístola escrita desde la Cartuja del Paular, á D. Mariano Colon, duque de Veraguas.

Fabio á Anfriso.

Credibile est illi numen inesse loco. = Ovid.

Desde el oculto y venerable asilo,
dó la virtud austera y penitente
vive ignorada, y del liviano mundo
huida en santa soledad se esconde,
el triste Fabio al venturoso Anfriso
salud en versos flébiles envia.
Salud le envia á Anfriso, al que inspirado
de las mantuanas musas tal vez suele
al grave son de su celeste canto
precipitar del viejo Manzanares
el curso perezoso; tal suave
suele ablandar con amorosa lira
la altiva condicion de sus zagalas.
¡Pluguiera á Dios, Anfriso, que el cuitado,
á quien no dió la suerte tal ventura,
pudiese huir del mundo y sus peligros!
¡Pluguiera á Dios, pues ya con su barquilla
logró arribar á puerto tan seguro,
que esconderla supiera en este abrigo

á tanta luz y ejemplos enseñado!
Huyera asi la furia tempestuosa
de los contrarios vientos, los escollos,
y las fieras borrascas tantas veces
entre sustos y lágrimas corridas.
Asi tambien del mundanal tumulto
lejos, y en estos montes guarecido,
alguna vez gozara del reposo,
que hoy desterrado de su pecho vive.
¡Mas ay de aquel, que hasta en el santo asilo
de la virtud arrastra la cadena,
la pesada cadena con que el mundo
oprime á sus esclavos! ¡Ay del triste
en cuyo oido suena con espanto
por esta oculta soledad rompiendo
de su señor el imperioso grito!
Busco en estas moradas silenciosas
el reposo y la paz, que aqui se esconden,
y solo encuentro la inquietud funesta,
que mis sentidos y razon conturba.
Busco paz y reposo, pero en vano
los busco, ó caro Anfriso; que estos dones,
herencia santa, que al partir del mundo
dejó Bruno en sus hijos vinculada,
nunca en profano corazon entraron,
ni á los parciales del placer se dieron.
Conozco bien que fuera de este asilo

solo me guarda el mundo sinrazones,
vanos deseos, duros desengaños,
susto y dolor: empero todavia
á entrar en él no puedo resolverme.
No puedo resolverme, y despechado
sigo el impulso del fatal destino,
que á muy mas dura esclavitud me guia.
Sigo su fiero impulso, y llevo siempre
por todas partes los pesados grillos
que de la ansiada libertad me privan.
De afan y angustia el pecho traspasado,
pido á la muda soledad consuelo,
y con dolientes quejas la importuno.
Salgo al ameno valle, subo al monte,
sigo del claro rio las corrientes,
busco la fresca y deleytosa sombra:
corro por todas partes, y no encuentro
en parte alguna la quietud perdida.
¡Ay, Anfriso, qué escenas á mis ojos,
cansados de llorar, presenta el cielo!
Rodeado de frondosos y altos montes
se estiende un valle, que de mil delicias
con sabia mano ornó naturaleza.
Partele en dos mitades despeñado
de las vecinas rocas el Lozoya,
por su pesca famoso y dulces aguas.
Del claro rio sobre el verde márjen
crecen frondosos álamos, que al cielo

ya erguidos alzan las plateadas copas,
ó ya sobre las aguas encorvados
en mil figuras miran con asombro
su forma en los cristales retratada.
De la siniestra orilla un bosque ombrío
hasta la falda del vecino monte
se estiende, tan ameno y delicioso,
que le hubiera juzgado el jentilismo
morada de algun Dios, ó á los misterios
de las silvanas driadas guardado.
Aqui encamino mis inciertos pasos,
y en su recinto ombrío y silencioso,
mansion la mas conforme para un triste,
entro á pensar en mi cruel destino.
La grata soledad, la dulce sombra,
el aire blando, y el silencio mudo
mi desventura y mi dolor adulan.
No alcanza aqui del padre de las luces
el rayo acechador, ni su reflejo
viene á cubrir de confusion el rostro
de un infeliz, en su dolor sumido.
El canto de las aves no interrumpe
aqui tampoco la quietud de un triste;
pues solo de la viuda tortolilla
se oye tal vez el lastimero arrullo,
tal vez el melancólico trinado
de la angustiada y dulce filomena.
Con blando impulso el zéfiro suave,

las copas de los árboles moviendo,
recrea el alma con el manso ruido;
mientras al dulce soplo desprendidas
las agostadas hojas revolando
bajan en lentos círculos al suelo;
cubrenle en torno, y la frondosa pompa,
que al arbol adornara en primavera,
yace marchita, y muestra los rigores
del abrasado estío, y seco otoño.
¡Asi tambien de juventud lozana
pasan, ó Anfriso, las livianas dichas!
Un soplo de inconstancia, de fastidio,
ó de caprícho femenil las tala,
y lleva por el aire, cual las hojas
de los frondosos árboles caidas.
Ciegos empero, y tras su vana sombra
de contino exalados, en pos de ellas
corremos hasta hallar el precipicio,
dó nuestro error y su ilusion nos guian.
Volamos en pos de ellas, como suele
volar á la dulzura del reclamo
incauto el pajarillo. Entre las hojas
el preparado visco le detiene;
lucha cautivo por huir, y en vano;
porque un traydor, que en asechanza atisba
con mano infiel la libertad le roba,
y á muerte le condena, ó carcel dura.
¡Ah! dichoso el mortal, de cuyos ojos

un pronto desengaño corrió el velo
de la ciega ilusion! ¡Una y mil veces
dichoso el solitario penitente,
que triunfando del mundo y de si mismo,
vive en la soledad libre y contento!
Unido á Dios por medio de la santa
contemplacion le goza ya en la tierra;
y retirado en su tranquilo albergue
observa reflexivo los milagros
de la naturaleza, sin que nunca
turben el susto ni el dolor su pecho.
Regalanle las aves con su canto,
mientras la aurora sale refuljente
á cubrir de alegria y luz el mundo.
Nacele siempre el sol claro y brillante,
y nunca á él levanta conturbados
sus ojos, ora en el oriente raye,
ora del cielo á la mitad subiendo
en pompa guie el reluciente carro,
ora con tibia luz mas perezoso
su faz esconda en los vecinos montes.
Cuando en las claras noches cuidadoso
vuelve desde los santos ejercicios,
la plateada luna en lo mas alto
del cielo mueve su luciente rueda
con augusto silencio: y recreando
con blando resplandor su humilde vista
eleva su razon, y la dispone

á contemplar la alteza y la inefable
gloria del padre y criador del mundo.
Libre de los cuidados enojosos,
que en los palacios y dorados techos
nos turban de contino, y entregado
á la inefable y justa providencia,
si al breve sueño alguna pausa pide
de sus santas tareas, obediente
viene á cerrar sus párpados el sueño
con mano amiga, y de su lado auyenta
el susto y las fantasmas de la noche.
¡O suerte venturosa, á los amigos
de la virtud guardada! ¡O dicha nunca
de los tristes mundanos conocida!
¡O monte impenetrable! ¡O bosque ombrío!
¡O valle deleytoso! ¡O solitaria
taciturna mansion! O quién de el alto
y proceloso mar del mundo huyendo
á vuestra eterna calma, aqui seguro
vivir pudiera siempre y escondido!
Tales cosas revuelvo en mi memoria
en esta triste soledad sumido.
Llega en tanto la noche, y con su manto
cobija el ancho mundo. Vuelvo entonces
á los medrosos claustros. De una escasa
luz el distante y pálido reflejo
guia por ellos mis inciertos pasos;
y en medio del horror y del silencio,

¡ó fuerza del ejemplo portentosa!
mi corazon palpita, en mi cabeza
se erizan los cabellos, se estremecen
mis carnes, y discurre por mis nervios
un súbito rigor, que los embarga.
Parece que oigo que del centro oscuro
sale una voz tremenda, que rompiendo
el eterno silencio, asi me dice:
»huye de aqui, profano, tú, que llevas
»de ideas mundanales lleno el pecho,
»huye de esta morada, dó se albergan
»con la virtud humilde y silenciosa
»sus escojidos. Huye, y no profanes
»con tu planta sacrílega este asilo.»
De aviso tal al golpe confundido,
con paso vacilante voy cruzando
los pavorosos tránsitos, y llego
por fin á mi morada, donde ni hallo
el ansiado reposo, ni recobran
la suspirada calma mis sentidos.
Lleno de congojosos pensamientos
paso la triste y perezosa noche
en molesta vijilia, sin que llegue
á mis ojos el sueño, ni interrumpan
sus regalados bálsamos mi pena.
Vuelve por fin con la risueña aurora
la luz aborrecida y en pos de ella

el claro dia á publicar mi llanto,
y dar nueva materia al dolor mio.

D. Gaspar Melchor de Jovellanos.

Jovino á Posidonio.

8 *de marzo de* 1802. (1)

¿Dudas? ¿la desconoces? de tu amigo
la letra es, aquella misma letra,
ó Posidonio, un tiempo tan preciada
de tu amistad, y con tan vivo anelo
deseada y leida. Estos sus rasgos
son, mal formados, pero siempre fieles
intérpretes de fe y amistad pura.
Lee, y tu tierno corazon reciba
en ello algun solaz: que si la envidia
tentó privarnos de este mútuo alivio,
la peñola rompiendo, á duros hierros
mi mano aprisionando, sus decretos
la amistad quebrantó; y á su despecho
me dicta aora intrépida estas líneas.
¿Resistirla podré? ¿quién á su impulso

(1) Esta epístola, inédita hasta aora, se copia del orijinal correjido por su autor en Sevilla en 1809.

no rinde el corazon? Tú, Posidonio,
cual nadie, tú la imperiosa fuerza
conoces de su voz; y la seguiste
¡con qué presteza, ay Dios! cuando bramaba
mas fiero el monstruo, y de uno en otro clima
á tu inocente amigo iba arrastrando.
¿Detúvote su ceño? ¿su amenaza
te intimidó? ¿cediste ó te humillaste
ni al rumor, ni al aspecto del peligro?
No: cuando todos al terror doblados,
medrosos se escondian, tú, tú solo
te acreditaste firme, y á su furia
presentastes impávido la frente.
¡O alma heróica! ¡ó grande y noble esfuerzo
de la amistad! ¿podré olvidarlo? ¡Oh! antes
me olvide yo de mí, si lo olvidare.
Nunca será: que en rasgos indelebles
está gravado en el profundo centro
de mi inocente corazon, que prueba
cada momento cuanto de dulzura
sobre mi alma derramó, cuan grata
me es su memoria y cuanto me consuela
en mi suerte infeliz. ¿*Infeliz* dije?
¿Acaso puede un inocente serlo?
Con la virtud, con la inocencia nunca

morará el infortunio: el justo cielo
no lo permite, caro Posidonio.
El las sostiene, las conforta, y tiende
para apoyarlas su invencible mano.
En mí lo siento, y sin temor lo afirma
serena y pura mi conciencia: nada
la turba: ni voraz remordimiento,
que es del crimen la fea adusta imájen,
ni ingratitud, ni deslealtad, ni alguno
de los verdugos de las almas viles,
sus senos ajitó. Contra esta blanda
consoladora voz ¿ qué vale el ronco
rumor de la calumnia, ó qué la envidia,
aunque con soplo venenoso incite
las furias del poder, su fragua encienda,
y sus rayos fabrique en mi ruina?
Yo en tanto escucho intrépido su alarma:
¿qué me podrá robar, dí, Posidonio?
¿La libertad? En vano sus cadenas
el tirano forjara, presumiendo
hasta el alma llegar, donde se anida
de su poder exenta: que esta pura
emanacion de la divina esencia,
este sutil y celestial aliento,
que nos anima y nos eleva, nunca
podrá ser entre muros ni con con hierros
encadenado ni oprimido. Mira
como cruzando el piélago tendido,

se lanza ora hácia tí, te abraza, y busca
conorte y paz en tu amigable pecho:
y ¡oh! ¡cuál los busca, cierto de encontrarlos!
Y luego en torno á los amados lares,
que me vieron nacer, rápido vuela,
besa el virtuoso umbral, se postra humilde
ante las santas sombras que le guardan,
y con piadosas lágrimas le riega.
¡O sombra ilustre de Paulino, cuánto
de amargura y rubor te aorró la muerte!
Libre está el alma, si: del globo entero
las rejiones recorre, contemplando
como la vida y la abundancia llenan
sus vastos climas: los remotos mares
surca veloz, desprecia entrambos polos
y á las altas esferas se remonta.
Ya en el éter se espacia, atravesando
los campos de la luz: sobre las lunas
de Herschel se encumbra: rápida las puertas
eternales penetra, y á los coros
querúbicos unida, alli estasiada
su patria encuentra y su hacedor venera
¿Y es esto esclavitud? no Posidonio:
por mas que esta porcion de polvo y muerte
yazga en estrecha reclusion sumida,
libre será quien al eterno alcázar

puede subir, al protector, al padre
de la inocencia y la virtud postrado,
estático adorar, y ver el rayo,
que arde en su mano omnipotente, como
contra la iniquidad vibrado llena
de espanto á la calumnia. Mas ¿si acaso
manchó este monstruo con su voz mi fama?
Si esta segunda y mas preciada vida
del hombre..... ¡Ay! de tu angustiado amigo
hé aquí el mayor, el mas cruel tormento.
Mas ¿qué es la fama? ¿quién la da y mantiene?
¿no es el supremo árbitro del mundo
su fiel dispensador? suyo es, no nuestro,
tan suspirado bien: próvido y justo
le da al que firme en la palestra lucha.
La inocencia le alcanza, con la ejide
de la virtud cubierta; y el que supo
respetarlas y amarlas, le conserva.
¿Le perderá quien nunca holló los santos
fueros de la verdad? ¿quien obediente
á su voz, del error y la ignorancia
fue jurado enemigo? Tú lo sabes,
tú compañero y siempre fiel testigo
de mi vida interior, de mis designios,
de mis estudios, y tal vez en ellos
mi auxilio y consultor. ¡Oh, cuanto aora
de esta feliz seguridad la idea

es á mi corazon dulce y sabrosa!
Tú de la atroz calumnia el grito infame
desmentir puedes: sabes que mis dias
partidos siempre entre Minerva y Temis,
corrieron inocentes, consagrados
solo al público bien: viste, que en ellos
sumiso y fiel la relijion augusta
de nuestros padres y su culto santo
sin ficcion profesé: que fui patrono
de la verdad y la virtud, y azote
de la mentira, del error y el vicio:
que fui de la justicia y de las leyes
apoyo y defensor, leal y constante
en la amistad; sensible, compasivo
á los ajenos males; de la pura
y cándida niñez padre, maestro,
celoso institutor, y de la patria,
¡ó cara patria! de tu bien, tu gloria
adicto ciego, promotor y amigo.
Dí, ¿son otros mis crímenes? el alto
testimonio, que grita en mi conciencia,
¿qué digo? el testimonio de la tuya,
el de todos los buenos, la voz misma,
esa voz fuerte y vigorosa, que oye
la envidia con terror, la voz del pueblo,
la pública opinion, ¿qué otros me imputa?
¿Mas por ventura sueño? ¿ó el orgullo

adula mi razon y la perturba
con tan grata ilusion? ¿ó es la voz pura
de la inocencia? Ella es, ó Posidonio:
que el delito es cobarde. Si, ella sola
valor dar pudo á un corazon, que firme
desconoce el temor, y fiel al cielo,
á la patria, al honor, adora humilde
la providencia altísima y tolera
del infortunio el golpe resignado.
¡Ah! si el destino de rubor y angustia
tal peso carga sobre mí: si tantos
bienes me roba, y de tan caras prendas,
¡ó dulces prendas por mi mal perdidas!
me priva injusto y de su amor me aparta,
si en fin las heces del amargo cáliz
ha de apurar, mi alma en tal conflicto
contrastada será, mas no vencida.
¿No ves siempre indefenso, empero nunca
rendido al fiero embate de las ondas,
inmoble estar el risco de Antromero,
cual roquero castillo á los doblados
ataques de rabiosos enemigos?
Asi ella inmoble esperará sus golpes.
Lloro, es verdad, negartelo no debo.
Lloro la ausencia de mi amada patria,
de mis caros penates, de mis pocos
fieles amigos, y de todo cuanto

mi corazon amaba, y reunido
colmo era de mi gloria y mi ventura.
Entre tantos, un alto, un digno objeto.....
Ay! cada instante su llorosa imajen
á mis ojos presente, las paredes
de esta medrosa soledad conturba.
Ya adivinas cual es. Tú mismo viste
el jeneroso afan, con que mi mano,
allá donde el paterno Piles corre
á morir entre arenas, una hermosa
viña plantó que con ardientes votos
consagraba á Sofía; á cuyo amparo
por siete abriles de abundancia llena
mostró su esquilmo, y ya de la comarca
era delicia y gloria.... y lo era mia.
¡Oh, cuál sus tiernos vástagos tendidos
por el terreno fértil, cual lozanos
sus pámpanos frondosos, de frescura
y verdor la cubrian! Tú admiraste
tan sazonados y tempranos frutos:
y estimulada de ilustrado celo
tu voz dió aliento y vida á su cultivo.
¡Ah! ¡cuán otra es su suerte! combatida
de violento uracan, toda su gala
yace agostada por el suelo al soplo
del viento asolador: aportilladas
sus altas cercas; secos de su riego
los copiosos raudales; auyentados

ó medrosos sus fieles viñadores,
llena está ya de espinas y de abrojos,
que á próxima ruina la condenan;
mientras cautivo el mayoral no puede
salvarla ni acudir á su socorro.
¡Ay! que nó verán ya mis tristes ojos
tan preciada heredad! ¡ni ella su influjo
recibirá ya mas! Tal vez los tuyos,
Posidonio, sobre ella detenidos
su antigua gloria buscarán en vano:
y con piadosas lágrimas un dia
honrarán mi memoria. ¡Ah! si la vieses
desamparada y yerma, huye, y maldice
el cruel astro, que influyendo adverso
su ruina decretó. Huye, si, huye;
y allá, dó su raudal injenioso
esconde Sartarua, oculta y mezcla
tu llanto en su corriente cristalina:
y este prez da á su nombre y mi memoria...
Mas no: sin duda suerte mas propicia
se guarda á la virtud. De su alto asiento
me lo anuncia el gran ser. *Sufre*, me dice,
y espera. De los míseros mortales
las suertes todas son en mi albedrío.
Pende en mi mano la balanza, y solo
puedo yo dar á la inocencia el triunfo,
y bendecir y eternizar sus obras.
Hé aquí mi apoyo y mi esperanza, amigo:

seguro de él, ni temo, ni provoco
de la suerte el rigor: sufro y espero
sin susto y sin afan. Tal vez un dia
á vernos volverá, gozosa entonces,
la triste Jijia unidos y felices.
Las verdes copas de los tiernos chopos,
con que la ornó mi mano, y que ya el tiempo
alzó á las nubes, cubrirán á entrambos
con su filial y reverente sombra.
En grata union las playas resonantes
tornarémos á ver, aquellas playas
tantas veces pisadas de consuno,
mientras el sol buscaba otro hemisferio,
y el mar cántabro con alternas olas
besar solia las amigas huellas.
¡Oh, si nos diese el cielo tal ventura,
cuanto dulces serán nuestros brazos!
¡Oh, cuanto nuestras pláticas sabrosas!
Y cantarémos, de zozobra exentos,
de la pasada tempestad la furia
y el horrendo peligro, mientra alegres
y asegurados en el puerto damos
al ocio blando las fugaces horas.
¡Cumplase ¡ó Dios! tan plácida esperanza!
Empero si este bien apetecido
tus decretos me niegan, si mas alta
retribucion á mi inocencia guardas,

brame la envidia, y sobre mí desplome
fiero el poder las bóvedas celestes:
que el alto estruendo de la horrenda ruina
escuchará impertérrita mi alma (1).

(1) El señor Jovellanos dirijió esta epístola á su fiel y constante amigo don Carlos Gonzalez de Posada, canónigo de Tarragona, desde su prision en el castillo de Bellver en Mallorca.

POESIA PASTORAL.

Egloga.

Salicio, Nemoroso, Poeta.

Poeta.

El dulce lamentar de dos pastores,
Salicio juntamente y Nemoroso,
he de cantar sus quejas imitando:
cuyas ovejas al cantar sabroso
estaban muy atentas, los amores,
de pacer olvidadas, escuchando.
Tú, que ganaste obrando
un nombre en todo el mundo
y un grado sin segundo,
agora estés atento, solo y dado
al ínclito gobierno del estado,
Albano; agora vuelto á la otra parte,
resplandeciente, armado,
representando en tierra al fiero Marte:
Agora de cuidados enojosos
y de negocios libre, por ventura
andes á caza el monte fatigando
en ardiente jinete, que apresura
el curso tras los ciervos temerosos,
que en vano su morir van dilatando;

espera, que en tornando
á ser restituido
al ocio ya perdido,
luego verás ejercitar mi pluma
por la infinita inumerable suma
de tus virtudes y famosas obras,
antes que me consuma
faltando á ti, que á todo el mundo sobras.

En tanto, que este tiempo, que adivino,
viene á sacarme de la deuda un dia,
que se debe á tu fama y á tu gloria;
que es deuda jeneral, no solo mia,
mas de cualquier injenio peregrino,
que celebra lo digno de memoria;
el árbol de vitoria,
que ciñe estrechamente
tu gloriosa frente,
dé lugar á la yedra, que se planta
debajo de tu sombra, y se levanta
poco á poco arrimada á tus loores:
y en cuanto esto se canta,
escucha tú el cantar de mis pastores.

Saliendo de las ondas encendido
rayaba de los montes el altura
el sol, cuando Salicio recostado
al pie de una alta haya en la verdura,
por donde una agua clara con sonido

atravesaba el verde y fresco prado:
él con canto acordado
al rumor, que sonaba,
del agua, que pasaba,
se quejaba tan dulce y blandamente,
como si no estuviera de alli ausente,
la que de su dolor culpa tenia:
y asi como presente
razonando con ella le decia:

Salicio.

¡Oh mas dura que mármol á mis quejas,
y al encendido fuego, en que me quemo,
mas helada que nieve Galatea!
Estoy muriendo, y aun la vida temo:
témola con razon, pues tú me dejas:
que no hay sin tí el vivir para que sea.
Vergüenza hé, que me vea
ninguno en tal estado,
de tí desamparado,
y aun de mí mismo yo me corro agora.
¿De un alma te desdeñas ser señora,
donde siempre moraste, no pudiendo
de ella salir un hora?
salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

El sol tiende los rayos de su lumbre
por montes y por valles, despertando
las aves, animales y la jente:
cual por el ayre claro va volando,

cual por el verde prado ó alta cumbre
paciendo va segura y libremente:
cual con el sol presente
va de nuevo al oficio
y al usado ejercicio,
dó su natura ó menester le inclina:
siempre está en llanto esta ánima mezquina
cuando la sombra el mundo va cubriendo
ó la luz se avecina:
salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Y tú de esta mi vida ya olvidada,
sin mostrar un pequeño sentimiento
de que por ti Salicio triste muera,
dejas llevar, desconocida, al viento
el amor y la fe, que ser guardada
eternamente solo á mí debiera.
¡Oh Dios! ¿por qué siquiera,
pues ves desde tu altura
esta falsa perjura
causar la muerte de un estrecho amigo,
no recibe del cielo algun castigo?
Si en pago del amor yo estoy muriendo,
¿qué hará el enemigo?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Por ti el silencio de la selva umbrosa,
por ti la esquividad y apartamiento
del solitario monte me agradaba:
por ti la verde yerba, el fresco viento,

el blanco lirio y colorada rosa
y dulce primavera deseaba.
¡Ay! cuanto me engañaba!
¡Ay! cuan diferente era
y cuan de otra manera
lo que en tu falso pecho se escondia!
Bien claro con su voz me lo decia
la siniestra corneja, repitiendo
la desventura mia.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¡Cuántas veces durmiendo en la floresta,
reputandolo yo por desvarío,
vi mi mal entre sueños, desdichado!
Soñaba, que en el tiempo del estío
llevaba por pasar alli la siesta
á beber en el Tajo mi ganado:
y despues de llegado,
sin saber de cual arte,
por desusada parte
y por nuevo camino el agua se iba:
ardiendo yo con la calor estiva,
el curso enajenado iba siguiendo
del agua fujitiva:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Tu dulce habla en cuya oreja suena?
¿tus claros ojos á quién los volviste?
¿por quién tan sin respeto me trocaste?
¿tu quebrantada fe dó la pusiste?

¿cuál es el cuello que como en cadena
de tus hermosos brazos añudaste?
No hay corazon que baste,
aunque fuese de piedra,
viendo mi amada yedra,
de mí arrancada, en otro muro asida,
y mi parra en otro olmo entretejida,
que no se esté con llanto desaciendo
hasta acabar la vida:
salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Qué no se esperará de aqui adelante,
por dificil que sea y por incierto,
ó qué discordia no será juntada?
Y juntamente, que terná por cierto,
ó que de hoy mas no temerá el amante,
siendo á todo materia por ti dada?
Cuando tú enajenada
de mí cuitado fuiste,
notable causa diste
y ejemplo á todos cuantos cubre el cielo,
que el mas seguro tema con recelo
perder lo que estuviere poseyendo.
Salid fuera sin duelo,
salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Materia diste al mundo de esperanza
de alcanzar lo imposible y no pensado,
y de hacer juntar lo diferente;
dando á quien diste el corazon malvado

quitandolo de mí con tal mudanza,
que siempre sonará de jente en jente.
La cordera paciente
con el lobo hambriento
hará su ayuntamiento,
y con las simples aves sin ruido
harán las bravas sierpes ya su nido:
que mayor diferencia comprehendo
de ti al que has escojido.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Siempre de nueva leche en el verano
y en el ivierno abundo: en mi majada
la manteca y el queso está sobrado:
de mi cantar pues yo te vi agradada,
tanto, que no pudiera el mantuano
Títiro ser de ti mas alabado.
No soy pues bien mirado
tan disforme ni feo:
que aun agora me veo
en esta agua, que corre clara y pura,
y cierto no trocara mi figura
con ese, que de mí se está riendo;
trocara mi ventura:
salid sin duelo, lagrimas, corriendo.

¿Cómo te vine en tanto menosprecio?
¿cómo te fui tan presto aborrecible?
¿cómo te faltó en mí el conocimiento?
Si no tuvieras condicion terrible

siempre fuera tenido de ti en precio,
y no viera este triste apartamiento.
¿No sabes, que sin cuento
buscan en el estío
mis ovejas el frio
de la sierra de Cuenca y el gobierno
del abrigado estremo en el ivierno?
¿Mas qué vale el tener, si derritiendo
me estoy en llanto eterno?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Con mi llorar las piedras enternecen
su natural dureza y la quebrantan:
los árboles parece que se inclinan:
las aves, que me escuchan, cuando cantan
con diferente voz se condolecen,
y mi morir cantando me adivinan:
las fieras, que reclinan
su cuerpo fatigado,
dejan el sosegado
sueño, por escuchar mi llanto triste:
tú sola contra mí te endureciste,
los ojos aun siquiera no volviendo
á lo que tú hiciste.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Mas ya que á socorrerme aqui no vienes,
no dejes el lugar, que tanto amaste,
que bien podrás venir de mí segura:
yo dejaré el lugar, dó me dejaste:

ven, si por solo esto te detienes:
ves aqui una espesura,
ves aqui una agua clara,
en otro tiempo cara,
á quien de ti con lágrimas me quejo:
quizá aqui hallarás, pues yo me alejo,
al que todo mi bien quitarme puede:
que pues el bien le dejo,
no es mucho, que el lugar tambien le
quede.

Poeta.

Aqui dió fin á su cantar Salicio,
y sospirando en el postrero acento
soltó de llanto una profunda vena:
queriendo el monte al grave sentimiento
de aquel dolor en algo ser propicio,
con la pasada voz retumba y suena.
La blanda Filomena,
casi como dolida
y á compasion movida,
dulcemente responde al son lloroso:
lo que cantó tras esto Nemoroso,
decidlo vos, pierides, que tanto
no puedo yo, ni oso:
que siento enflaquecer mi débil canto.

Nemoroso

Corrientes aguas, puras, cristalinas,
árboles que os estais mirando en ellas,

verde prado, de fresca sombra lleno,
aves, que aqui sembrais vuestras querellas,
yedra, que por los árboles caminas,
torciendo el paso por su verde seno;
yo me vi tan ajeno
del grave mal que siento,
que de puro contento
con vuestra soledad me recreaba,
ó con el pensamiento discurria
por donde no hallaba
sino memorias llenas de alegría.

Y en este mismo valle, donde agora
me entristezco y me canso, en el reposo
estuve yo contento y descansado.
¡O bien caduco, vano y presuroso!
Acuérdome, durmiendo aqui algun hora,
que despertando, á Elisa vi á mi lado.
O miserable hado!
¡O tela delicada,
antes de tiempo dada
á los agudos filos de la muerte!
Mas convenible fuera aquesta suerte
á los cansados años de mi vida,
que es mas que el hierro fuerte,
pues no la ha quebrantado tu partida.

¿Dó estan agora aquellos claros ojos
que llevaban tras sí como colgada
mi ánima dó quier que se volvian?

¿Dó está la blanca mano delicada,
llena de vencimientos y despojos,
que de mí mis sentidos le ofrecian?
Los cabellos, que vian
con gran desprecio al oro
como á menor tesoro,
¿adonde estan? ¿adonde el blanco pecho?
¿dó la coluna, que el dorado techo
con presuncion graciosa sostenia?
Aquesto todo agora ya se encierra,
por desventura mia,
en la fria desierta y dura tierra.
¿Quién me dijera, Elisa, vida mia,
cuando en aqueste valle al fresco viento
andabamos cojiendo tiernas flores,
que habia de ver con largo apartamiento
venir el triste y solitario dia,
que diese amargo fin á mis amores?
El cielo en mis dolores
cargó la mano tanto,
que á sempiterno llanto
y á triste soledad me ha condenado;
y lo que siento mas, es verme atado
á la pesada vida y enojosa,
solo, desamparado,
ciego, sin lumbre en carcel tenebrosa.

Despues que nos dejaste, nunca pace
en hartura el ganado ya, ni acude

el campo al labrador con mano llena.
No hay bien, que en mal no se convier-
ta y mude:
la mala yerba al trigo aoga, y nace
en lugar suyo la infelice avena.
La tierra, que de buena
gana nos producia
flores, con que solia
quitar en solo vellas mil enojos,
produce agora en cambio estos abrojos,
ya de rigor de espinas intratable:
y yo hago con mis ojos
crecer llorando el fruto miserable.
Como al partir el sol la sombra crece,
y en cayendo su rayo se levanta
la negra oscuridad, que el mundo cubre,
de dó viene el temor, que nos espanta,
y la medrosa forma en que se ofrece
aquello, que la noche nos encubre,
hasta que el sol descubre
su luz pura y hermosa:
tal es la tenebrosa
noche de tu partir, en que he quedado
de sombra y de temor atormentado,
hasta que muerte el tiempo determine,
que á ver el deseado
sol de tu clara vista me encamine.
Cual suele el ruiseñor con triste canto

quejarse entre las ojas escondido
del duro labrador, que cautamente
le despojó su dulce y caro nido
de los tiernos hijuelos, entre tanto
que del amado ramo estaba ausente;
y aquel dolor, que siente,
con diferencia tanta
por la dulce garganta
despide, y á su canto el aire suena;
y la callada noche no refrena
su lamentable oficio y sus querellas,
trayendo de su pena
al cielo por testigo y las estrellas:
De esta manera suelto yo las riendas
á mi dolor, y asi me quejo en vano
de la dureza de la muerte airada.
Ella en mi corazon metió la mano,
y de alli me llevó mi dulce prenda,
que aquel era su nido y su morada.
¡Ay muerte arrebatada!
Por ti me estoy quejando
al cielo, y enojando
con importuno llanto al mundo todo.
Tan desigual dolor no sufre modo:
no me podran quitar el dolorido
sentir, si ya del todo
primero no me quitan el sentido.
Una parte guardé de tus cabellos,

Elisa, envueltos en un blanco paño,
que nunca de mi seno se me apartan:
descójolos, y de un dolor tamaño
enternecerme siento, que sobre ellos
nunca mis ojos de llorar se hartan.
Sin que de alli se partan,
con suspiros calientes,
mas que la llama ardientes,
los enjugo del llanto, y de consuno
casi los paso y cuento uno á uno:
juntandolos con un cordon los ato:
tras esto el importuno
dolor me deja descansar un rato.

Mas luego á la memoria se me ofrece
aquella noche tenebrosa, escura,
que siempre aflije esta ánima mezquina
con la memoria de mi desventura.
Verte presente agora me parece
en aquel duro trance de Lucina,
y aquella voz divina,
con cuyo son y acentos
á los airados vientos
pudieras amansar, que agora es muda,
me parece que oigo, que á la cruda
inexorable diosa demandabas
en aquel paso ayuda.
Y tú, rústica diosa, ¿donde estabas?
¿Ibate tanto en perseguir las fieras?

¿Ibate tanto en un pastor dormido?
¿Cosa pudo bastar á tal crueza,
que conmovida á compasion, oido
á los votos y lágrimas no dieras,
por no ver hecha tierra tal belleza,
ó no ver la tristeza,
en que tu Nemoroso
queda, que su reposo
era seguir tu oficio, persiguiendo
las fieras por los montes y ofreciendo
á tus sagradas aras los despojos?
Y ¡tú, ingrata, riendo
dejas morir mi bien ante mis ojos!
Divina Elisa, pues agora el cielo
con inmortales pies pisas y mides,
y su mudanza ves estando queda:
¿por qué de mí te olvidas, y no pides,
que se apresure el tiempo, en que este velo
rompa del cuerpo, y verme libre pueda:
y en la tercera rueda
contigo mano á mano
busquemos otro llano,
busquemos otros montes y otros rios
otros valles floridos y sombríos,
dó descansar, y siempre pueda verte
ante los ojos mios
sin miedo y sobresalto de perderte?

Poeta.

Nunca pusieran fin al triste llanto
los pastores, ni fueran acabadas
las canciones, que solo el monte oia,
si mirando las nubes coloradas,
al tramontar del sol bordadas de oro,
no vieran que era ya pasado el dia.
La sombra se veia
venir corriendo apriesa
ya por la falda espesa
del altísimo monte, y recordando
ambos como de sueño, y acabando
el fujitivo sol de luz escaso,
su ganado llevando
se fueron recojiendo paso á paso.

Garcilaso de la Vega.

Canciones entre el alma y Cristo, su esposo:

EGLOGA.

El alma, el esposo, las criaturas.

El alma.

¿Adonde te escondiste,
amado, y me dejaste con jemido?
Como ciervo huiste,
habiendome herido:
salí tras ti clamando, y eras ido.

Pastores, los que fuerdes
allá por las majadas al otero,
si por ventura vierdes
aquel, que yo mas quiero,
decidle, que adolezco, peno y muero.

Buscando mis amores
iré por esos montes y riberas:
ni cojeré las flores,
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.

¡O bosques y espesuras,
plantadas por la mano de mi amado!
¡O prado de verdura,
de flores esmaltado!
Decid si por vosotros ha pasado.

Las criaturas.

Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura:
y yendolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de su hermosura.

Esposa.

¡Ay! ¿quién podrá sanarme?
Acaba de entregarte ya de vero:
no quieras enviarme
de hoy ya mas mensajero;
que no saben decirme lo que quiero.

Y todos cuantos vagan

de ti me van mil gracias refiriendo,
y todos mas me llagan;
y déjame muriendo
un no sé qué, que quedan balbuciendo.
Mas ¿cómo perseveras,
ó alma, no viviendo donde vives,
y haciendo por que mueras
las flechas, que recibes
de lo que del amado en ti concibes?
¿Por qué, pues has llagado
aqueste corazon, no le sanaste?
Y pues me le has robado,
¿por qué asi le dejaste,
y no tomas el robo, que robaste?
Apaga mis enojos,
pues que ninguno basta á desacellos;
y veante mis ojos,
pues eres lumbre de ellos,
y solo para ti quiero tenellos.
Descubre tu presencia,
y máteme tu vista y hermosura:
mira, que la dolencia
de amor no bien se cura
sino con la presencia y la figura.
¡O cristalina fuente!
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados,

que tengo en mis entrañas dibujados!
Apártalos amado,
que voy de vuelo.

Esposo.

Vuelvete, paloma;
que el ciervo vulnerado
por el otero asoma,
y al aire de tu vuelo fresco toma.

El alma.

Mi amado las montañas,
los valles solitarios temerosos,
las ínsulas estrañas,
los rios sonorosos,
el silvo de los aires amorosos:
La noche sosegada
en par de los levantes del aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena, que recrea y enamora.
Nuestro lecho florido,
de cuevas de leones enlazado,
en púrpura teñido,
de paz edificado,
con mil escudos de oro coronado.
A zaga de tu huella
las jóvenes discurren al camino
al toque de centella,
al adobado vino,

emisiones de bálsamo divino.
En la interior bodega
de mi amado bebí, y cuando salia
por toda aquesta vega,
ya cosa no sabia,
y el ganado perdí, que antes seguia.
Alli me dió su pecho:
alli me enseñó ciencia muy sabrosa;
y yo le di de hecho
á mí, sin dejar cosa:
alli le prometí de ser su esposa.
Mi alma se ha empleado
y todo mi caudal en su servicio:
ya no guardo ganado,
ni ya tengo otro oficio;
que ya solo en amar es mi ejercicio.
Pues ya, si en el ejido
de hoy mas no fuere vista ni hallada,
direis, que me he perdido:
que andando enamorada
me hice perdidiza y fui ganada.
De flores y esmeraldas,
en las frescas mañanas escojidas,
haremos las guirnaldas,
en tu amor florecidas
y en un cabello mio entretejidas:
En solo aquel cabello,
que en mi cuello volar consideraste:

mirástele en mi cuello,
y en él preso quedaste,
y en uno de mis ojos te llagaste.
Cuando tú me mirabas,
tu gracia en mí tus ojos imprimian;
por eso me adamabas,
y en eso merecian
los mios adorar lo que en ti vian.
No quieras despreciarme:
que si color moreno en mí hallaste,
ya bien puedes mirarme
despues que me miraste:
que gracia y hermosura en mi dejaste.
Cojednos las raposas,
que está ya florecida nuestra viña;
en tanto que de rosas
hacemos una piña
y no parezca nadie en la montiña.
Detente, cierzo muerto:
ven, austro, que recuerdas los amores,
aspira por mi huerto,
y corran sus olores,
y pacerá mi amado entre las flores.

Esposo.

Entradose ha la esposa
en el ameno huerto deseado;
y á su sabor reposa,
el cuello reclinado

sobre los dulces brazos del amado.
Debajo del manzano
allí conmigo fuiste desposada:
allí te dí la mano
y fuiste reparada,
donde tu madre fuera violada.
A las aves lijeras,
leones, ciervos, gamos saltadores,
montes, valles, riberas,
aguas, aires, ardores,
y miedos de la noche veladores:
Por las amenas liras
y canto de sirenas os conjuro,
que cesen vuestras iras,
y no toqueis al muro,
porque la esposa duerma mas seguro.

El alma.

¡O ninfas de Judea!
En tanto que en las flores y rosales
el ambar perfumea,
morá en los arrabales
y no querais tocar nuestros umbrales.
Escondete, carillo,
y mira con tu haz á las montañas,
y no quieras decillo:
mas mira las campañas
de la que va por ínsulas estrañas.

Esposo.

La blanca palomica
á la arca con el ramo se ha tornado:
y ya la tortolica
al socio deseado
en las riberas verdes ha hallado.
En soledad vivia
y en soledad ha puesto ya su nido:
y en soledad la guia
á solas su querido,
tambien en soledad de amor herido.

El alma.

Gocemonos, amado:
y vámonos á ver en tu hermosura
al monte ó al collado,
dó mana el agua pura:
entremos mas adentro en la espesura.
Y luego á las subidas
cavernas de la piedra nos iremos,
que estan bien escondidas:
y allí nos entraremos
y el mosto de granadas gustaremos.
Allí me mostrarias
aquello, que mi alma pretendia:
y luego me darias
alli tú, vida mia,
aquello, que me diste el otro dia:
El aspirar del aire,

el canto de la dulce filomena,
el soto y su donaire
en la noche serena,
con llama que consume y no da pena:
  Que nadie lo miraba,
Aminadab tampoco parecia,
y el cerco sosegaba;
y la caballería
á vista de las aguas descendia.

S. Juan de la Cruz.

POESIA TRAJICA.

Profecía de Abiud en la trajedia de Mardoqueo.

El cielo ya nos abandona
á la rabia de Aman; y me parece
ver ya á Israel como una grey inerme,
que de hambrientos leones asaltada
sin guia y sin pastor, incierta corre
del llano al monte y de la selva al prado,
de la sangrienta huyendo aguda garra
que la sigue, y á cada paso deja
muerto un cordero de su madre al lado.
¡Qué horrible ¡ay! qué cruel carnicería
se presenta á mis ojos! Los robustos
y fuertes de Jacob son las primeras
víctimas del furor y de la espada
de los hijos de Persia. A edad, á sexo
¡ay! no perdonan ya. Mujeres, hombres,
niños y ancianos del alfanje corvo
caen al golpe; y cual rozada selva
confusamente amontonados yacen
agonizando; y el persiano suelo
de santa sangre de Jacob se alaga.
¡Espectáculo atroz, impío, inumano!
Pasados de un puñal, á un tiempo miro

el blanco pecho de una tierna madre
y el tierno infante, que estrechaba al
pecho:
¡dichosas las que nunca concibieron!
Pero, infelices, ¡ay! ¿dónde os arrastran
vírjenes de Judá? Será la muerte
de vuestros males el menor... La mitra
y el venerando racional ludibrio
son de las jentes! ¡Ay de mí! que veo
sobre las fauces de un unjido anciano
la planta de un infiel, que enfurecido
le rompe el sacro efod, le rasga el pecho,
le arranca el corazon, y palpitante
pasto lo arroja á los voraces perros.
¡Oh! ¡la profanacion! el testamento
santo de nuestro Dios entre las manos
sacrílegas de un impío, que riyendo
le arroja en mil pedazos contra el cielo.
Llora, llora, Cedron: jemid, pastores:
el dia ya llegó de las venganzas
del Dios de Sabaot.

D. Juan Clímaco Salazar.

Razonamiento de Asuero á sus confidentes.

¿Y tú á un monarca
preguntas la razon de sus desvelos?

Despues de alegre y natural fatiga
y antes que de la noche el negro manto
resfrie el aire y enlutezca el suelo,
vuelve á su humilde casa el sano y duro
feliz agricultor: y recobrando
en simple mesa y parca de sus fuerzas
el perdido vigor, toda la noche,
sin afan, sin temor y sin cuidados
duerme á la vista de su hogar sagrado
entre los brazos de una casta esposa,
que de robusta y no dudosa prole
su seno carga y le corona el lecho.
Mas de un monarca la penosa y triste
pésima ocupacion, de los palacios
el eterno tumulto, su horroroso
estrépito de armas y de armados,
de nuestros techos la soberbia y ampla
altura resonante, el escesivo
ocio del cuerpo, la violenta é ingrata
del alma ajitacion, de nuestras mesas
la superflua abundancia, el necio empeño
de contrastar con tanta luz las sombras,
del dulce sueño amigas, finalmente
mil sospechas, temores y cuidados
á un reinante infeliz, Carsena, obligan
dia y noche á velar.

El mismo.

Oracion de Abiud en la ruina de Aman.

Dios poderoso,
santo Dios de Israel, único, eterno,
grandes tus obras son. Las maravillas
y los portentos de tu fuerte brazo
¿quién podrá referir? Sobre las cimas
de los sublimes cedros poco antes
yo vi elevado á Aman: y Aman aora
¿adonde, adonde está? toda su gloria
se disipó cual humo: él al profundo
cayó cual grave plomo, ó escollo, ó monte,
que se arroja en el mar! ¿y quién podia
aterrar su poder, y su soberbia
altiva confundir, si no es el grande
fuerte Dios de Jacob?

El mismo.

Razonamiento de Megara en la ruina de Numancia.

La sangre de Numancia destruida,
sangre inocente y justa, clama al cielo
contra Roma ambiciosa: estas cenizas,
cadaver de ciudad triste y sangriento;

testigos de mi gloria y tu injusticia,
han de existir eternos monumentos
contra vuestra perfidia: el cielo justo
mi alma elejirá por instrumento,
con que vengue mi patria, y con que oprima
la soberbia altivez de vuestro imperio.
Si: el alma de Megara, sombra errante,
furia será, que vaga por los pueblos
de España, los impela á la venganza:
en Roma, en vuestros hijos voraz fuego
sembraré de discordias, é iracundo,
feroz, rabioso, audaz y turbulento
del mediodía al septentrion helado,
de donde viene el sol, de donde muerto
sombras permite, ejércitos, provincias,
inauditas naciones, reinos nuevos
moveré vengativo, que feroces
á Roma despedácen, instrumentos
de un implacable Dios, que justifique
su providencia en el castigo vuestro.
Oid mi voz, deidades justicieras,
que gobernais el tenebroso infierno;
venganza y maldicion inexorable,
hija de los delitos; mis acentos
sean vuestra misma voz: dad á mis voces,
dad á mis ansias justo cumplimiento.
Burla de las naciones, torpe escarnio

de bárbaros feroces, menosprecio
de las jentes, despojo de sus hijos,
de vuestra ira lamentable objeto
llegue á ser Roma: caiga en ignominia
su tirano esplendor, si por desprecio
no la aniquila el ultrajado mundo:
ni mi alma descanse, hasta que tiempo
llegue, en que altiva España por vengarnos
con su pie vencedor la oprima el cuello.
Vendrá este tiempo, llegará este dia,
ó su justicia faltará á los cielos.

D. Ignacio Lopez de Ayala,

FIN DEL TOMO II Y ULTIMO.

INDICE

de los estractos contenidos en este tomo II.

Fábulas.

Cuentos, epígramas y otras poesias sueltas.

ODAS.

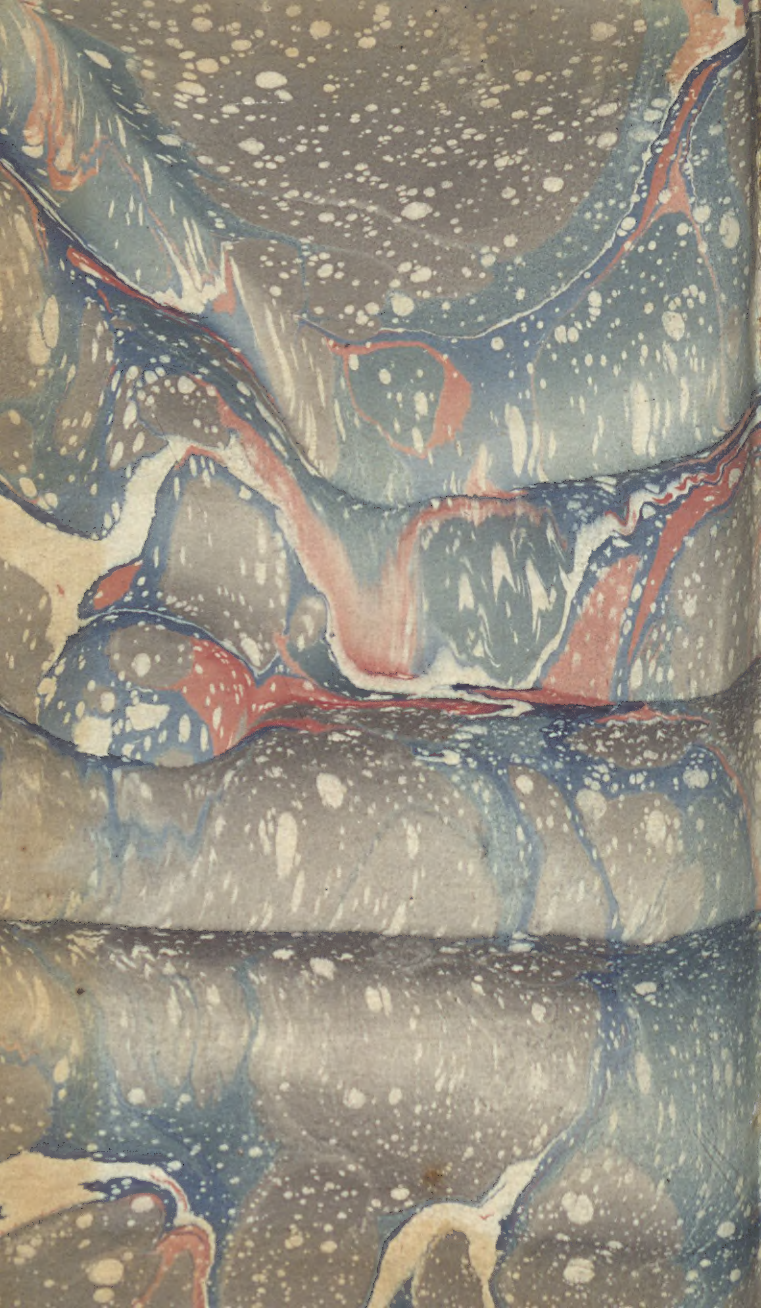
Poesias morales.

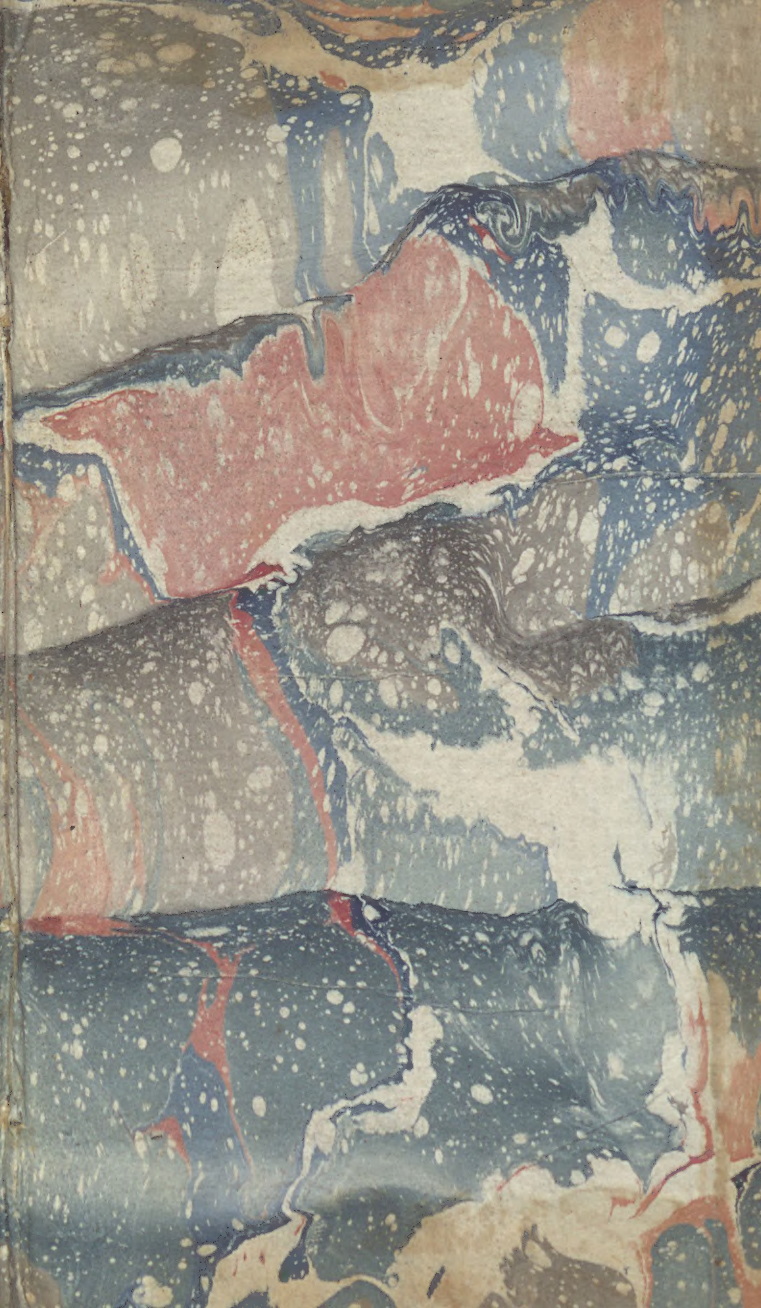
POESIA PASTORAL.

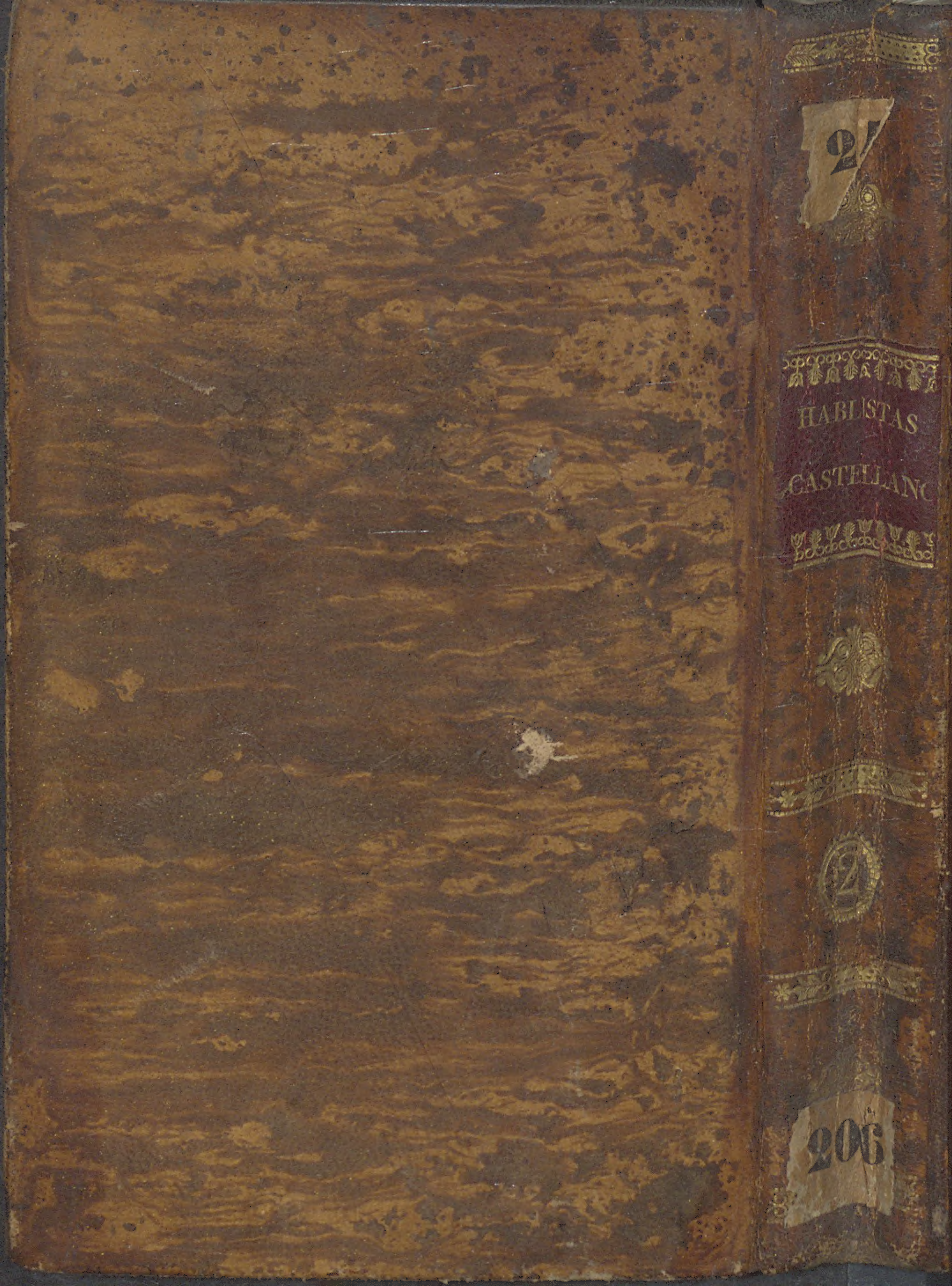
OES IA TRAJICA.

ERRATAS.

Pág.	*lin.*	*Dice.*	*debe decir.*
14	2	espanto,	espanto:
24	18	travieso	travieso:
25	4	*Asison*	*Así son*
37	4	*preligro*	*peligro.*
88	10	contramina	contamina
106	9	*velo*	*vela*
111	21	*si*	*así*
128	8	denrenga	derrienga
id.	17	*Haróscopo*	*Horóscopo*
138	28	las	á las
171	3	rogocijo	regocijo
180	última	inconstante	inconstante!
188	9	en	en el
192	26	cielo	suelo.
211	20	despedazado	despedazada.
224	17	casas	la casa, para el Cesar fabricada, ¡ay! yace de lagartos vil morada: casas
231	última	Tifio	Tifeo
237	8	plantal	planta
243	9	ignal	igual
251	3	oro	oro:
252	11	luzrecibes	luz recibes
280	última	al	el.
285	8	cenegal	senegal
288	3	latizne	la tizne
307	26	con con	con
314	17	brazos	abrazos
328	14	las riendas	la rienda







2
HABLISTAS
CASTELLANO
2
206


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm